

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DE

AMERICA

escrita en alemán por

JOAQUÍN ENRIQUE CAMPE

NOTAS Y ACLARACIONES DE

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

*de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes  
de San Fernando.*

Tomo segundo.

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 14.



HISTORIA  
DEL  
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA  
DE AMÉRICA

f. 1391192  
C.

# LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

## AÑO IV

Escrito por ARENAL (Doña Concepción), BARRANTES, CAMPOAMOR, CÁNOVAS, CASTELAR, ECHEGARAY, GALDÓS, MRNÉNDIZ Y PELAYO, PARDO BAZÁN (Doña Emilia), PALACIO VALDÉS, PÍ Y MARGALL, THEBUSSEM, VALERA Y ZORRILLA, y la parte extranjera estará redactada por BOURGET, CANTÚ, COPPÉE, CHERBULIEZ, DAUDET, DOSTOYUSKY, GLADSTONE, GONCOURT, RICHEPIN, TOLSTOY, TURGUENEV y ZOLA.

Precios de suscripción, pagando adelantado:

En España, seis meses, 17 *pesetas*; un año, 30 *pesetas*.— En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, 40 *francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven á partir del mes de Enero de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.

---

## LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA

ANTROPOLOGÍA, SOCIOLOGÍA

### Condiciones de suscripción:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscripciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes: en este caso se entregarán al suscriptor los números atrasados.

Número suelto.....	1,50 pesetas.
En España, un año.....	12 —
Fuera de España, lo mismo en Europa que en América.....	15 —

Se suscribe en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA y de LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta.

Se envían prospectos detallados á quien los pida por escrito.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

---

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DE

AMERICA

escrita en alemán por

JOAQUÍN ENRIQUE CAMPE

---

NOTAS Y ACLARACIONES DE

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

*de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes  
de San Fernando.*

~~~~~  
**Tomo segundo.**  
~~~~~

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16.

~~~~~  
*Es propiedad.-- Queda  
hecho el depósito que mar-  
ca la Ley.*  
~~~~~

=====

AGUSTIN AVRIAL.—Impr. de la Comp. de Impr. y Lib.  
S. Bernardo, 92.—Teléfono núm 3.074.

# HERNÁN-CORTÉS

---

## I

Expedición de Hernández de Córdoba.—La bahía de Campeche.—Dos bautismos: Julián y Melchor.—Combate.—Hernández queda herido.—Su muerte.—Grijalva.—La Nueva España.—Discurso de un cacique.—Un templo indio.—La isla de los Sacrificios.—Hernán Cortés.—Su retrato.—Preparativos de la expedición que debe mandar.—Se hace á la vela para Méjico.—Encuentro de un náufrago español.—Relación de sus aventuras.—Una batalla.—Derrota de los mejicanos.—Una embajada.—La hija de un cacique.—Los embajadores de Motezuma.—Situación crítica de Cortés.—Su destreza.—Un tribunal.—Dimisión de Cortés.—Su discurso.—Es de nuevo elegido comandante.

**L**a conquista de la isla de Cuba no podía satisfacer la ambición de Velázquez, que sufría con impaciencia la autoridad de D. Diego; deseando sustraerse á ella, pensó que lo lograría si tenía la fortuna de hacer algún descubrimiento importante que le proporcionase un gobierno independiente.

Por lo tanto equipó dos navíos y un bergantín y confió el mando de esta pequeña escuadra á Hernández de Córdova (1), prescribiéndole que siguiese el rumbo al Oeste, porque presumía que existiese hacia aquel paraje un gran continente no visitado todavía por ningún europeo.

Hernández se dirigió hacia la tierra firme llamada de Yucatán y cuando hubo llegado á la costa, siguió su rumbo, siempre remontándose, hasta la bahía de Campeche, donde crece la madera que sirve para los tintes. Habiendo desembarcado en diversos parajes de la costa, tuvo que sostener algunos combates con los habitantes, encontrando una resistencia inesperada; pero estos indios eran los menos salvajes y más aguerridos de cuantos los españoles habían visto hasta entonces, que estaban casi todos desnudos. Estos tenían vestidos hechos de una tela de algodón picado; sus armas,

---

(1) Otros historiadores llaman Francisco Fernández de Córdova al comandante de esta escuadra, en que iban ciento diez hombres, siendo piloto de las naves el célebre Antón Alaminos.—N. DEL T.

que manejaban con bastante destreza, eran espadas de madera guarnecidas de agudos pedernales, lanzas, arcos, flechas y escudos. Se pintaban el rostro de diversos colores y adornaban su cabeza con un penacho. Entre ellos fué donde se vieron las primeras casas de piedra y cal, edificadas con cierta regularidad. En algunos encuentros batieron á los españoles, haciéndolos desembarcarse, y estos hicieron prisioneros á dos jóvenes indios que después recibieron el bautismo. Les pusieron los nombres de Julián y Melchor, y prestaron grandes servicios á los españoles sirviéndoles de intérpretes y mediadores con los mejicanos.

Un día en que bajaron los españoles á tierra para renovar su provisión de agua, se les acercaron cincuenta indios para preguntarles si venían del país donde sale el sol. Como les respondiesen que sí, fueron llevados por aquellos indios á un templo de piedra donde un horrible espectáculo se ofreció á su vista. Allí estaban colocados ídolos horrorosos, teñidos de sangre que aún humeaba. Al instante se presentaron dos hombres con capas blancas y con sus

largos cabellos negros atados por detrás, los que se adelantaron hacia los españoles, trayendo en sus manos unas cazoletas de tierra. Cuando estuvieron enfrente de los advenedizos, echaron en las cazoletas una especie de sustancia resinosa, arrojando hacia los españoles el humo que levantaba. Terminada la ceremonia, les intimaron que saliesen del país amenazándoles con la muerte si no obedecían. Los españoles juzgaron que no era prudente el permanecer más tiempo entre aquellos indios y se volvieron prontamente á sus navíos.

Desembarcaron también en otro paraje cerca de Potonchán; pero fueron atacados por una numerosa tropa de indios, con tal impetuosidad y rabia, que mataron cuarenta y siete, hirieron á otros muchos que pudieron escapar con dificultad de la matanza general, refugiándose en sus navíos. El mismo Hernández, jefe de la expedición, quedó herido muy gravemente, por lo que tuvo que volverse al instante á Cuba, donde después de haber dado á Velázquez cuenta detallada de la expedición, murió de resultas de sus heridas.

---

Los nuevos descubrimientos hechos en su nombre sobrepujaban las esperanzas de Velázquez, que resolvió continuar su exploración, cuyos resultados habían sido tan brillantes, y que le prometía otros no menos ventajosos. Equipó de nuevo tres navíos y un bergantín, eligiendo para comandante de esta escuadrilla á Grijalva, oficial en quien corrían parejas el valor y la experiencia. Velázquez le intimó que se limitase á buscar nuevas tierras, sin detenerse á formar establecimientos en las que pudiese descubrir.

Grijalva se dirigió en línea recta hacia Yucatán; pero no advirtió que las corrientes le llevaban hacia el Sur, alejándole un poco del rumbo que se proponía seguir. A causa de este desvío, descubrió cerca de la costa oriental de Yucatán, la isla de Cozumel, y desde allí, siguiendo la costa, llegó á Potonchán, donde Hernández había tenido tan mal recibimiento. Los compañeros de Grijalva que estaban impacientes por vengar la muerte de sus compatriotas y la afrenta hecha al pabellón español, pidieron se les dejase desembarcar, y su jefe bajó con ellos á tierra.

Estaban los indios tan orgullosos con la victoria que habían conseguido poco tiempo antes, que salieron muy ufanos al encuentro de los españoles; pero bien cara les costó su valentía. Doscientos quedaron en el campo y los demás huyeron llevando el terror por todas partes; pero Grijalva no quiso aprovecharse de esta ventaja, y satisfecho con haber dado una severa lección á los indios de Potonchán, se hizo á la vela para seguir costeando. Júzguese cuál sería la sorpresa de los españoles al ver por todas partes pueblos y ciudades construidas con regularidad; casas de piedra y de cal que su imaginación transformaba en palacios, y encontrando grande semejanza entre la España y este país, le llamaron Nueva España, nombre que todavía conserva.

La expedición llegó después á la embocadura de un río, al que los naturales llamaban Tabasco y al que los españoles, para honrar á su digno jefe, pusieron el nombre de Grijalva: el río no ha conservado este nombre, pero la comarca que riega se llama todavía Tabasco. La extraordinaria fertilidad del país, que estaba también muy po-

---

blado, convidó á Grijalva á bajar á reconocerle; desembarcó con todas sus gentes bien armadas; pero apenas habían puesto el pié en la costa, cuando una muchedumbre de indios, dando horribles gritos, les prohibió pasar adelante. Grijalva, sin intimidarse por sus amenazas, fué avanzando hacia los indios, y cuando estuvo á tiro de flecha, mandó hacer alto y formó sus tropas en batalla. Después ordenó á Julián y Melchor, los dos americanos llevados por Hernández, que fuesen á decir á los indios que lejos de haber venido para hacerles daño, no deseaba más que hacer alianza con ellos.

Si los indios quedaron asombrados á vista del orden de batalla, uniformes y armas de los españoles, no menos les sorprendieron las proposiciones pacíficas que les hacía el comandante de los enemigos. Algunos jefes se acercaron sin temor y no tuvieron motivo de arrepentirse, porque Grijalva los recibió con mucho cariño. Díjoles por medio del intérprete, que él y los que le acompañaban eran súbditos de un gran rey, dueño de todos los países por donde el

sol sale, y que venía enviado á ellos por este monarca, para que se sometiesen á su dominio.

Esperaba Grijalva el resultado de esta intimación, que produjo murmullos de cólera entre los indios, indignados de la audacia de aquellos insolentes extranjeros; y uno de los jefes, imponiendo silencio á la turba irritada, vino á dar esta respuesta: «Que no podían comprender se les hablase de paz al mismo tiempo que se quería esclavizarlos. Que era también muy extraño se les quisiese sujetar á un nuevo dueño antes de saber si estaban ó no contentos con el suyo, y que de todas maneras, supuesto que la cuestión era de paz ó de guerra, ellos no podían resolverla sin consultar á sus superiores acerca de las proposiciones que acababan de oír.» Alejóse en seguida, dejando á los españoles admirados de la firmeza y sabiduría de esta contestación.

Poco tiempo después volvió á decir á Grijalva que sus jefes, informados de cuanto había pasado en Potonchán, no tenían miedo á la guerra, como lo manifestarían

en caso necesario, pero que siempre preferían la paz. Que le habían encargado trajese al jefe de los hombres blancos una gran cantidad de víveres que le regalaban como una prueba de sus pacíficos sentimientos.

Apenas había acabado de hablar, cuando se presentó el mismo cacique, sin armas y con una muy corta escolta de los suyos. Después de las mutuas saluciones entre el príncipe indio y el comandante español, sacó aquél de una cesta que sus gentes habían traído magníficas armaduras de oro guarnecidas de piedras preciosas y adornadas con plumas de colores, y ofreciendo estos regalos á Grijalva le dijo le suplicaba los aceptase como una prueba de su amor á la paz; pero que para evitar un rompimiento entre ellos era preciso que se alejase del país lo más pronto posible.

El jefe español, á su vez, correspondió al cacique con varios regalos, que él recibió con la más viva satisfacción, y se comprometió además á salir prontamente; por lo que, fiel á su palabra, se dió prisa á embarcarse. La expedición continuó avan-

---

zando á lo largo de la costa hasta llegar á una isla que tenía casas de piedra y un templo. En el centro de este templo, abierto por todas partes, había colocados sobre sus altares diferentes ídolos horribles, y delante de ellos estaban expuestos los cadáveres de seis hombres que parecían haber sido inmolados la noche anterior. Horrorizados los españoles á vista de estos crímenes de una feroz superstición, dieron á esta isla el nombre de isla de los Sacrificios. Bien pronto se convencieron de que la bárbara costumbre de sacrificar víctimas humanas á los ídolos reinaba en todos los pueblos de aquellas regiones, porque habiendo llegado poco tiempo después á una isla llamada Kulva por los naturales, vieron todavía mayor número de cadáveres humanos sacrificados á las divinidades indias. Los soldados españoles se estremecieron á vista de estos abominables sacrificios. Grijalva añadió el nombre de Juan al que ya tenía la isla, que todavía se llama de San Juan de Ulúa.

Los españoles encontraron por todas partes oro en abundancia, y seducidos por

---

las riquezas de aquellas fértiles comarcas, algunos compañeros de Grijalva querían formar un establecimiento en la costa; pero su jefe, conformándose á las instrucciones de Velázquez, les negó el permiso, limitándose á tomar posesión, en nombre del rey de España, de todos los países adonde llegaba, y sin detenerse siguió costeando hasta la provincia de Panuco, que por aquella parte es la última de Nueva España y de Méjico. Allí tuvo que rechazar un furioso ataque de los indios, matando una buena porción de ellos, y como la violencia de las corrientes contrarias no le dejase seguir la exploración de la costa, tuvo que dar la vuelta á Cuba.

Al llegar á esta isla sufrió injustas reconvenciones de parte de Velázquez, que le acriminaba por haber cumplido escrupulosamente sus órdenes, no fundando una colonia en el rico territorio que había descubierto. El gobernador de Cuba resolvió reparar lo que él llamaba la falta de su teniente, y equipó con la mayor prontitud diez navíos de ochenta á cien toneladas.

Pero ¿á quién Velázquez, este hombre

---

tan suspicaz y desconfiado, daría el mando de esta flota considerable? No quería correr en persona los peligros de una expedición larga y difícil, además de que, por otra parte, su presencia era necesaria en Cuba. Su previsora ambición tenía bien calculados todos los azares, principalmente el de un desastre que hubiera tal vez estorbado su regreso á una isla, en la que, si le era posible, quería mantenerse contra la autoridad de D. Diego. La elección de comandante inquietaba á Velázquez, que tardó mucho en fijarse entre todos los concurrentes que solicitaban el honor y la responsabilidad de una empresa tan grandiosa; porque temía que eligiendo un jefe de valor é inteligencia y el más á propósito para el desempeño, le arrebatase la utilidad y la gloria, no queriendo resignarse á desempeñar un papel subalterno el conquistador de tan vastas regiones. Velázquez, en fin, deseaba encontrar un jefe de capacidad y que sin embargo consintiese en estar bajo la dependencia del gobernador de Cuba, siendo el instrumento dócil de su voluntad.

---

La casualidad le hizo encontrar al hombre que parecía destinado por la Providencia á la ejecución de la empresa preparada por Velázquez.

Hernán Cortés había nacido, en 1485, en Medellín, villa de Extremadura, de una familia noble, y había cursado en su primera juventud en la Universidad de Salamanca. Su padre quería que se aplicase á la jurisprudencia; pero una profesión grave no podía convenirle: el estudio de las leyes contrariaba sus inclinaciones y la viveza de su carácter, por lo que, cediendo al ascendiente de una vocación irresistible, prefirió la carrera de las armas. Obtuvo el permiso de pasar á Italia para servir á las órdenes del famoso Gonzalo de Córdoba; pero una enfermedad peligrosa que le sobrevino el mismo día de su partida le impidió hacer su aprendizaje militar en la escuela del Gran Capitán, aunque no pudo impedir sus inclinaciones y sus proyectos. Todas las miradas se dirigían entonces á las Indias Occidentales, y Cortés cedió al impulso que lanzaba tantos aventureros al Nuevo Mundo, resuelto á ir

á buscar también en él la fortuna y la gloria.

Llegó á Santo Domingo en el año de 1504, provisto de cartas de recomendación para D. Nicolás de Ovando, el gobernador de la isla Española, y fué muy bien recibido. Apenas tendría entonces unos veinte años, y ya dió pruebas de su valor y energía durante su viaje, en el que se vió expuesto á grandes peligros. Ovando, á quien agradó desde un principio, le tuvo á su lado por algún tiempo, confiándole comisiones importantes y quedando satisfecho de sus talentos y su celo. La fisonomía de Cortés prevenía á favor suyo: era bien formado y realzaba sus ventajas exteriores con cualidades que le granjeaban el afecto de cuantos le conocían. Generoso, discreto, chistoso en su conversación, tenía gusto en hacer un favor, pero sin ostentación y sin pretender sacar partido de su condescendencia. Sencillo y modesto en sus modales é indulgente con los demás, tenía horror á la maledicencia.

En 1511, Velázquez, que había oído hablar del mérito de Cortés, le propuso el

---

empleo de secretario y le llevó consigo á Cuba; pero el Gobernador descontentó á algunos, y Cortés, que había caído en desgracia suya, se encargó de presentar las quejas de los descontentos en la Real Audiencia de Santo Domingo. Habiendo sido descubierto este proyecto, Cortés fué preso y sentenciado á la pena capital. Intercedieron por él personas de consideración y pidieron su indulto, que fué concedido por el Gobernador, limitándose á enviarle preso á Santo Domingo.

Le embarcaron en un navío pronto á partir; pero como á bordo no tuviesen cuidado de él, se atrevió por la noche á saltar al mar, llevándose agarrada una tabla. Con su ayuda, y luchando contra las olas, consiguió llegar á la costa, donde volvió á caer en poder de Velázquez; pero esta desgracia fué el origen de su elevación, porque el Gobernador, admirando la energía é intrepidez de Cortés, le perdonó y quiso atraérsele, colmándole de favores. Creyó haber encontrado en aquel joven lo que buscaba, es decir, un acérrimo partidario de su voluntad y sus intereses; pero se

equivocaba, y todos los que habían podido observar de cerca al nuevo comandante y traslucir la ambición que le dominaba pronosticaron que Velázquez no tardaría en arrepentirse de haberle elegido.

Un día que el Gobernador y el Capitán general de la Armada fueron juntos al puerto para inspeccionar y activar los preparativos de la expedición, un bufón, llamado Francisquillo, se acercó á ellos y se puso á decir que Velázquez no tenía previsión y que debía prevenir otra escuadra para ir en persecución de Cortés. «Compadre — dijo el Gobernador, que llamaba así familiarmente á Cortés, por haber sido padrino de una hija suya: — ¿oís lo que dice ese pícaro Francisquillo? » — «Es un loco — dijo Cortés — y es preciso dejarle hablar.»

La envidia y resentimiento de algunos oficiales que habían pretendido el mando concedido á Cortés consiguieron despertar la desconfianza de Velázquez, y para evitar sus consecuencias trató aquél de acelerar su partida. En pocos días reunió bajo sus órdenes cerca de trescientos hombres, entre los que se hallaba Bernal Díaz del

Castillo, que escribió la historia de esta expedición memorable. El estandarte que dió á sus tropas llevaba el signo de la cruz, con estas palabras latinas por divisa: «*Vincemus hoc signo.*» *Con esta señal venceremos.* Era la inscripción del Labarum, adoptado por Constantino después de su célebre victoria contra Maxencio.

Era tanto lo que Cortés temía los efectos de la desconfianza, ya manifestada varias veces por el Gobernador, que resolvió embarcarse sin despedirse de él. Velázquez, que se hallaba acostado, sabiendo que la escuadra iba á hacerse á la vela, se levantó prontamente al amanecer para ir á la costa con un numeroso acompañamiento. Apenas Cortés le vió, vino á saludarle en una chalupa, donde había cuidado se embarcasen hombres de toda su confianza y bien armados. Al acercarse á la costa, Velázquez le dijo: «Y qué, compadre, ¿os marcháis sin despediros? Abandonar así á los amigos es cosa muy extraña.» — «Señor—le respondió Cortés—os suplico me perdonéis; pero sabed que las grandes empresas reclaman la mayor diligencia; indicadme

solamente lo que deseáis que ejecute por serviros y vuestras órdenes serán inmediatamente cumplidas.» Velázquez, atónito, guardó silencio, y Cortés, volviendo al instante á su flota, partió de Santiago el 18 de Noviembre de 1518, y costeando del Norte hacia el Este fué á fondear al puerto de la Trinidad.

Había sido precedido por una orden de Velázquez al alcalde de dicha villa para que recogiese á Cortés su nombramiento, es decir, el título de Capitán general de la flota.

El alcalde se apresuró á participar á Cortés la orden que había recibido; pero éste manifestó al alcalde que tan súbita mudanza en el ánimo del Gobernador no podía provenir más que de un error ó mala inteligencia, y comprometió al primer magistrado de la Trinidad á que retardase la ejecución de la orden hasta que Velázquez respondiese al mensaje que iba á dirigirle, demostrando al mismo tiempo el más profundo respeto á la autoridad del gobernador de Cuba. Como el Alcalde no se hallaba en disposición de obligar á Cortés á que le

---

obedeciese, tuvo que pasar por lo que éste quiso y le concedió la prórroga que solicitaba. Cortés escribió, en efecto, á Velázquez; pero levantó áncoras al instante y se dirigió á la Habana.

Obligado á detenerse en este punto, aprovechó el tiempo para desembarcar la artillería, hacer que limpiasen las armas y ejercitar á los artilleros. Como el territorio de la Habana producía algodón en abundancia, mandó hacer una especie de arma defensiva ó coraza formada de algodón entretelado, á la que dió el nombre de estampilla. Se adoptó generalmente esta armadura como mejor defensa que el hierro contra las flechas y dardos americanos.

La escuadra de Cortés se componía de diez navíos y un bergantín. Dividió su pequeño ejército en once compañías, al mando cada una de un capitán, que lo era al mismo tiempo de uno de los buques, para que así tuviesen la misma autoridad en tierra que en mar. El se encargó de la primera compañía, declarando que las ponía todas bajo la protección especial de San

Pedro, cuyo nombre había de ser, por decirlo así, su grito de guerra.

Se hizo á la vela del puerto de la Habana el 10 de Febrero de 1519, y después de haber luchado por algunos días contra vientos muy impetuosos, toda la escuadra se reunió en la isla de Cozumel, donde se verificó una revista general. El número de tropas ascendía á quinientos ocho soldados, sin contar los oficiales, y ciento nueve hombres para el servicio de los navíos. Entre los soldados había trece con mosquetes, treinta y dos con ballestas y los demás no tenían más que espadas y lanzas. La caballería de Cortés, esta caballería que había de hacer un papel tan importante en la expedición, sólo constaba de diez y seis jinetes. Su artillería estaba reducida á diez cañoncitos de los llamados de montaña, y cuatro culebrinas, especie de cañón largo y delgado que ya no está en uso.

Entre tanto Velázquez, informado de que Cortés había salido de la Trinidad á pesar de sus órdenes, acusó de traición al oficial que no las había ejecutado, y tomó sus medidas para que Cortés, detenido en la Ha-

---

bana, fuese enviado preso á Santiago. Aviado el capitán general de la escuadra del peligro que le amenazaba, halló medio de eludir el furor de Velázquez y salvarse de sus violencias. Dió parte á sus compañeros, con cuyo afecto podía contar, del proyecto formado por Velázquez, y les indicó la suerte que les estaba reservada por la injusticia del Gobernador, pidiéndoles en el acto su parecer sobre el modo con que debería conducirse. Todos le respondieron á una voz que no debía inquietarse por las malélicas disposiciones de Velázquez contra él, y le indujeron á que siguiese con el mando que se le había confiado, suplicándole no les privase de un jefe que merecía toda su confianza. Todos juraron que estaban prontos á seguirle adonde quisiese llevarlos, arrostrando todos los peligros y hasta la muerte.

Seguro de esta suerte Cortés del afecto y decisión de sus soldados, dió la orden de la partida, y se hizo á la vela para ir á conquistar un imperio mucho más vasto que todos los países reunidos entonces bajo el dominio del rey de España.

Estaba resuelto á seguir el mismo rumbo que había conducido á Grijalva á sus importantes descubrimientos, así es que se detuvo primeramente en la isla de Cozumel. Su llegada fué una dicha para un español, arrojado por un naufragio á la costa y hecho esclavo por los salvajes. Este hombre, llamado Aguilar, había pasado ya ocho años en la esclavitud, y costó trabajo el reconocerle, porque había adoptado las costumbres, maneras, lenguaje y hasta la misma figura de los indios. El sello de su origen europeo estaba completamente borrado en aquel infeliz que apenas se acordaba de su patria. Se hallaba desnudo como los salvajes, cuyo color bronceado tenía: sus cabellos estaban trenzados al rededor de la cabeza, á la moda del país, y tenía en la mano un arco, llevando el escudo, aljaba y flechas á la espalda. No tenía más bienes que una bolsa de punto, en la que guardaba sus víveres y un antiguo libro de horas, que leía con piadosa constancia. Cuando hablaba, su lenguaje era casi ininteligible; apenas se acordaba del idioma castellano, que en su boca se había converti-

do en un dialecto bárbaro, formado en gran parte de palabras indias.

Contó á Cortés que cuando él y sus compañeros naufragaron en la costa, eran diez y nueve, pero que el hambre y las fatigas hicieron que muriesen siete; los demás fueron cogidos por un cacique del país, hombre feroz, que sacrificó en el acto cinco á sus ídolos, y se los comió después. Los que por el pronto no saciaron el horrible apetito de aquel antropófago, estaban destinados á un suplicio más cruel que la muerte: los encerró en una jaula para que fuesen engordando. Habiendo logrado escaparse, pasaron mucho tiempo una vida errante en los bosques, alimentándose de hierbas y raíces, y estaban á punto de sucumbir, cuando, descubiertos por algunos indios, fueron presentados á un cacique, el que los recibió con benignidad y les prodigó todas las atenciones de una hospitalidad generosa, porque era enemigo del que los había tratado tan cruelmente. A pesar de esto, fueron condenados á un trabajo muy penoso que excedía sus fuerzas. Sólo dos pudieron resistir el exceso de la fatiga y sobrevivir á

sus compañeros de infortunio: estos fueron Aguilar y Guerrero; pero su suerte mejoró, porque habiendo prestado singulares servicios al cacique, su amo, en una guerra que sostuvo contra otros jefes, se mostró tan agradecido que los hizo amigos y confidentes suyos. Gracias á esta nueva situación, Guerrero se casó con una india de una de las familias más poderosas del país, y poco tiempo después de su matrimonio, obtuvo un mando de importancia. Poco á poco se aficionó de tal manera á la vida y costumbres de los americanos, que á la llegada de los españoles no quiso unirse ni aun presentarse á ellos, lo que se debe atribuir á la vergüenza que pasaría presentándose á sus compatriotas con todos los signos distintivos de los salvajes, porque, según decía Aguilar, tenía la nariz taladrada á modo de los indios y su cuerpo estaba pintado de diversos colores.

Cortés abrazó al pobre Aguilar, dando su misma capa para cubrir la desnudez de aquel español, feliz por volver á verse entre sus hermanos. El Capitán general esperaba con fundamento que Aguilar le sería

muy útil en sus negociaciones con los indios, cuyo idioma hablaba con facilidad.

Saliendo de Cozumel, Cortés avanzó hacia la provincia de Tabasco, queriendo llegar al paraje en que el río de Grijalva desemboca en el mar. Como su predecesor, que puso su nombre al río, no había tenido motivo de queja por parte de los habitantes, esperaba el Capitán general que á él le sucedería lo mismo; pero se engañaba, y cuando la nave capitana fué descubierta por los naturales, acudieron manifestando intención de oponerse al desembarco. Cortés les envió al instante el intérprete Aguilar, para que renunciasen á sus designios hostiles; pero ellos rehusaron escucharle, y sin dejarle hablar tuvo que volverse á bordo sin haber adelantado nada.

Cortés no quería ser el primero á romper las hostilidades: impaciente por llegar lo más pronto posible á las costas más inmediatas al vasto imperio mejicano, la resistencia de los salvajes era para él un sensible contratiempo. Puesto en la alternativa de ceder á las amenazas de los salvajes, dando así alas á su insolencia, ó dar prin-

cipio en un país tan distante del término de sus esfuerzos á una guerra, que por feliz que fuese le había de ocasionar grandes pérdidas de hombres y de tiempo, se decidió por fin á tomar el partido violento de un ataque que juzgó necesario.

Al amanecer, todos los preparativos para el combate estaban terminados. Dispuesta la escuadra en semicírculo, empezó á subir contra la corriente del río; pero antes de empezar el combate quiso Cortés hacer nueva tentativa para ver si los indios se sosegaban. Aguilar, en calidad de intérprete, fué á decirles que de ellos dependía el ser tratados como amigos ó enemigos; pero ellos, sin escucharle, dieron en medio de espantosos aullidos la señal del ataque, avanzando todas sus canoas contra la flota española.

Comenzaron por lanzar flechas y piedras contra los españoles, que padecieron mucho, acribillados por aquella nube de proyectiles. Hasta entonces se habían mantenido inmóviles, sin contestar más que con su desdén á las amenazadoras bravatas de sus enemigos; pero ya era tiempo de pen-

---

sar en la defensa, y Cortés mandó disparar algunas piezas de artillería, que bastaron para que terminase el combate. Asustados los indios con el estrépito de aquel trueno que retumbaba contra ellos, y sobre todo de los terribles efectos de su poder, se precipitaron en el agua para salvarse á nado. En un momento quedaron abandonadas todas las canoas, y acercándose la flota española á la costa, Cortés desembarcó sin dificultad con todas sus tropas.

La contienda no estaba todavía terminada. Los indios que habían abandonado sus canoas para huir á los bosques, se incorporaron á un crecido número de naturales que venían para atacar á los españoles, y sorprendiendo á Cortés en el momento en que formaba su pequeño ejército en batalla, le empezaron á acribillar con flechas y piedras. El general español continuó formando sus líneas con una sangre fría extraordinaria, marchando después contra los enemigos; aunque para llegar hasta donde estaban sus masas compactas había que atravesar profundos pantanos y espesos bosques. Cuando los salvajes vieron venir á los sol-

dados españoles en buen orden y alineados unos con otros, no se atrevieron á esperarlos, y con su pronta huida evitaron los golpes de un enemigo, cuyo marcial continente y brillantes armas les ofrecían un espectáculo tan nuevo como terrible.

El valor que manifestó Cortés en este combate, reveló ya á sus soldados lo que debían esperar de semejante general. Al principio de la acción se le quedó un zapato en el fango de un pantano que tuvo que atravesar, sin que lo echase de ver hasta que, puestos los indios en completa derrota, consiguió una victoria general.

El enemigo había corrido á refugiarse en Tabasco, pueblo fortificado con una hilera de troncos clavados en tierra, como las empalizadas que se usan en las poblaciones fortificadas de Europa. El único camino que conducía á la ciudad era tan sumamente estrecho y tortuoso, que era muy temible aventurarse en él con imprudencia. Otro que Cortés, hubiera titubeado á vista de tales dificultades; pero él marchó vía recta á la población, de la que pensaba apoderarse sin resistencia; más los habi-

---

tantes estaban resueltos á defenderse hasta la extremidad. Habían cortado con piés derechos la entrada del pueblo y de las calles, en términos que Cortés tuvo que dar un nuevo ataque, cuyo resultado no fué dudoso. Los indios, arrojados de todas sus posiciones, dejaron entrar á los españoles; pero rehaciéndose en la plaza principal, sostuvieron una pelea aún más encarnizada. En fin, los indios cedieron, y yendo á refugiarse á las selvas, dejaron á los españoles por dueños de Tabasco.

Cortés mandó á sus soldados que no persiguiesen á los fugitivos. El botín que esta victoria proporcionó á los españoles sobrepujó á sus esperanzas, porque si los indios se había llevado á los bosques lo más precioso, dejaron por lo menos en la población abundantes víveres que tanta falta hacían á los españoles, extenuados de hambre y de fatiga.

No menos prudente que animoso, Cortés tomó todas las precauciones necesarias para poner en salvo á su tropa, y sobre todo, preservarla de una sorpresa. Al acercarse la noche alojó á todos sus compañeros en tres templos situados en los sitios más do-

minantes de Tabasco; colocó sus centinelas por escalones para que en caso de alarma los soldados tuviesen tiempo de ponerse á la defensiva. Infatigable en su vigilancia, no disfrutó un momento de reposo, y cuando dormían casi todos sus soldados para reparar sus fuerzas agotadas en combates y marchas penosas, él rondaba para ver si los centinelas que había colocado cumplían con su deber. Al salir la aurora encargó á algunos oficiales que fuesen á reconocer los bosques inmediatos; pero no encontraron ni un indio siquiera, lo que pareció de mal agüero á Cortés. Mandó que se hiciese el reconocimiento más lejos, y entonces se descubrió un ejército como de cuarenta mil salvajes, preparándose á presentar batalla á los vencedores de la víspera. Semejante aviso, en la posición en que se hallaba Cortés, era para desalentar al jefe más animoso, viéndose al frente con tal multitud de hombres, estimulados por el doble fanatismo de la religión y la libertad, y pudiendo reparar tan fácilmente sus pérdidas, mientras que la muerte de un solo español no era compensada con la de un millar de in-

dios. El Capitán general no ignoraba á qué peligros se veía expuesto ; pero sin dar parte á las tropas de sus inquietudes, les presentaba siempre un semblante con tal aire de firmeza y seguridad, que logró inspirarles una confianza que él estaba muy lejos de tener, y cuando su pequeño ejército vió á su General siempre tranquilo y sereno, no dudó un solo instante de la victoria.

El primer cuidado de Cortés fué tomar una posición favorable al corto número de sus tropas, formándolas en batalla al pié de una colina, cuya elevación impedía que el enemigo acometiese por detrás. Colocando la artillería sobre esta colina, podían sus disparos hacer más estragos en los apiñados pelotones de los indios. El, con los pocos jinetes que había, se apostó en un bosque vecino, para salir y caer de improviso sobre los enemigos. Tomadas estas disposiciones, esperó á los indios, que no tardaron en presentarse.

La mayor parte venía armada de flechas y de arcos, cuya cuerda era de un nervio de buey ó pelos de ciervo retorcidos; la punta de las flechas estaba formada con

un hueso cortante ó una fuerte espina de pescado. Se servían también de un venablo que arrojaban desde lejos, ó con el que combatían de cerca manejándole como una espada; pero la más mortífera de sus armas era un sable de madera muy dura, y con el corte formado de piedras agudas, engastadas en la madera. Este sable era tan pesado, que era preciso servirse de las dos manos para manejarle. Muchos salvajes llevaban también mazas; otros hondas, con las que arrojaban á bastante distancia y con buen tino, piedras muy grandes. Sólo los jefes tenían armas defensivas, que consistían en una coraza de algodón entretelado y un escudo hecho de madera ó con la concha de una tortuga. Por lo que hace á los soldados, iban enteramente desnudos, y creían aparecer más formidables pintándose la cara y el cuerpo de diversos colores. Con el fin de aparecer más altos, se ponían en la cabeza grandes plumas enlazadas entre sí para formar un ancho penacho.

Su música militar no era menos extraña que el traje, pues consistía en una flauta de caña y un tambor hecho del ahuecado tron-

---

co de un árbol. Aunque ignorasen completamente el arte de alinearse para combatir, observaban, sin embargo, cierto orden, y su ejército estaba dividido en pequeñas divisiones, cada una con su jefe particular. En una sola cosa se parecía su estrategia á la táctica europea, y era en que rara vez acometían con toda la fuerza al enemigo, sino que reservaban una parte, que constituía su refuerzo, ó como se dice en el lenguaje militar, su cuerpo de reserva.

Anunciaban siempre con grandes gritos su primer ataque, el que siempre era muy impetuoso; pero si el enemigo se sostenía y el desorden llegaba á introducirse entre los primeros acometedores, resultaba inmediatamente una grande confusión, una mezela general, seguida bien pronto de la fuga y derrota de todo el ejército.

Tal era el enemigo cuyos cerrados y numerosos batallones se acercaban para combatir, ó más bien aniquilar el pequeño ejército de Cortés, que firme en sus posiciones, esperaba el ataque. Apenas los indios llegaron á tiro de flecha, empezaron la batalla dando espantosos gritos y lanzando tan-

ta cantidad de flechas, que oscurecían el aire. Los españoles, que hasta entonces habían guardado un profundo silencio, contestaron al enemigo con una descarga general de sus cañones y arcabuces, cuyo fuego abrió anchas brechas en los batallones indios; pero aquellos truenos que enviaban la muerte á sus filas no asustaron á los salvajes, atentos sólo á llenar los huecos que entre ellos hacían los disparos de la artillería y arcabucería. Hasta se les vió coger tierra y arrojarla al aire, para que aquella nube de polvo ocultase á los enemigos las pérdidas que sufrían.

Por vigorosa que fuese la defensa de los españoles, el encarnizamiento, y sobre todo la superioridad numérica del enemigo, debían al fin triunfar de su valor. Ya les había costado mucho trabajo rehacer sus filas rotas por la impetuosidad de los indios, ya se les acababan las fuerzas, cuando Cortés salió de improviso del bosque al frente de su caballería, y se precipitó en medio de los indios, que nunca habían visto un hombre á caballo. La vista de los jinetes, que con su caballo se les representaban como un

---

solo animal, les causó tal sorpresa, que las armas se les caían de las manos. Los españoles se aprovecharon de aquellos momentos en que aflojaba el combate para establecer el orden en su línea de batalla y en sus movimientos; rompieron un fuego más vivo de cañones y arcabuces, y tomaron á su vez la ofensiva con tanta energía, que los indios, puestos al fin en completa derrota, huyeron en todas direcciones.

Cortés mandó á sus soldados que diesen cuartel á los fugitivos, y satisfecho de haber probado por segunda vez á los indios la superioridad de las armas españolas, se contentó con hacer algunos prisioneros, de los que pensaba servirse para establecer la paz con la nación que acababa de vencer. Contáronse en el campo de batalla los cadáveres de ochocientos indios. Los españoles no perdieron más que dos hombres, pero tuvieron hasta setenta heridos. En cuanto al número de heridos indios no se pudo averiguar, porque los que no recibieron heridas de consideración desaparecieron mezclados en el tropel que ocasionó la derrota general.

Al otro día de la batalla llevaron algunos prisioneros á la presencia de Cortés: estaban pálidos y temblando porque creían que los iban á matar; pero ¡cuál fué su asombro cuando el General español, que los recibió con benevolencia, les anunció por medio de Aguilar que ya estaban libres! Su alegría fué aún más estrepitosa al recibir algunas bagatelas de Europa que les regaló Cortés. Se les hacía tarde para ir á contar á sus compatriotas la generosidad de los españoles, la que bastó para que los indios cambiasen en pacíficas disposiciones sus transportes de furor y sus proyectos de venganza.

Todo aquel pueblo que había jurado guerra á muerte á los españoles, se hizo bien pronto amigo suyo: los indios empezaron á traer víveres al campamento, y Cortés los recompensó con magnificencia. Hasta el mismo cacique envió sus embajadores con regalos á pedir la paz que le fué concedida sin tardanza. El vino poco tiempo después y recibió regalos que le agradaron mucho, y para dar á Cortés una brillante prueba de agradecimiento le ofreció

---

veinte jóvenes indias diestras en hacer el pan de maíz.

Entre aquellas jóvenes había una notable por su belleza. Era hija de un cacique indio, y arrebatada en su edad temprana del lado de su padre, fué vendida al cacique de Tabasco. Después fué bautizada y se le puso por nombre Marina. Como tenía una rara inteligencia, aprendió en poco tiempo la lengua española, y el General se valió útilmente de ella en sus repetidas negociaciones con los mejicanos. Algunos historiadores aseguran que Cortés, en agradecimiento á los servicios que le había hecho, la elevó al rango de esposa suya, y que un hijo llamado Martín Cortés fué el fruto de esta unión.

En el momento en que el cacique y los principales indios estaban reunidos en la tienda del General, los caballos españoles se pusieron á relinchar. Al instante, los indios, llenos de espanto, preguntaron por qué aquellos seres tan poderosos daban unos gritos tan terribles. Se les respondió que así manifestaban su cólera, porque el cacique y su pueblo no habían sido severamente casti-

gados por su audaz resistencia á los españoles. Apenas escucharon esta respuesta, cuando discurrieron el medio de apaciguar la cólera de aquellos formidables cuadrúpedos, yéndoles á buscar mantas en que pudiesen descansar sus fatigados miembros, volatería y frutas de toda clase para su alimento. Después se hincaron de rodillas delante de los caballos, pidiéndoles perdón y jurando que en lo sucesivo serían súbditos constantes y decididos de los españoles.

Cortés, que deseaba llegar á las costas occidentales del país, dispuso los preparativos de la partida. El brillante triunfo que acababa de obtener le hacía esperar igual felicidad en sus demás empresas. Sus soldados estaban también poseídos del más vivo entusiasmo. Terminados los preparativos, la escuadra se hizo á la vela dirigiéndose al Oeste.

En esta segunda expedición, Cortés visitó todos los parajes en que Grijalva le había precedido, y abordó á la isla de San Juan de Ulúa, ondeando la escuadra entre la isla y la tierra firme. Apenas se había

---

anclado, cuando dos piraguas (este era el nombre que daban los indios á sus grandes barcas hechas de un solo tronco de árbol) se acercaron á los navíos españoles. Venían en ellas algunos indios, al parecer personajes de distinción, los que no manifestaron la menor inquietud, aumentándose su confianza con el buen recibimiento que Cortés les hizo á bordo de su navío. Como venían comisionados para hacerle proposiciones, mandó á Aguilar que le explicase lo que decían; pero el intérprete no pudo entender una palabra siquiera de aquel idioma: era el mejicano, y Aguilar no entendía más que el idioma de Yucatán, diferente en un todo del primero.

La posición de Cortés en presencia de los enviados mejicanos, se iba haciendo embarazosa, cuando advirtió de repente que Marina, la bella esclava de que ya hemos hablado, conversaba con muchos de aquellos indios, y supo bien pronto que aquella joven, nacida en una de las provincias de Méjico, de donde había sido arrebatada y conducida á Yucatán, hablaba con igual facilidad el idioma de los dos países. Por su

intermedio se entablaron las negociaciones, porque hablando á los mejicanos en su idioma, traducía en el acto sus palabras en el lenguaje de Yucatán á Aguilar, quien inmediatamente se las explicaba en español á Cortés.

Así fué como el Capitán general supo que Pilpatoc, gobernador de la provincia, y Teutile, general del gran emperador Moctezuma, le enviaban aquellos indios para preguntarle cuál era el objeto de su viaje y ofrecerle cuanto pudiera necesitar para continuarle.

Cortés respondió del modo más afable, que sólo le traía á su territorio el deseo de hacer alianza con su nación, comunicando noticias del mayor interés para ella. Después de haber transmitido esta respuesta á los embajadores, los despidió muy contentos de su munificencia, y en seguida hizo que desembarcasen inmediatamente las tropas, los caballos y la artillería. Los españoles fueron ayudados en esta operación por los naturales, que rivalizando en celo y presteza les construyeron cabañas de hojas. ¡Infelices, no se figuraban cuánto les

iba á costar aquella hospitalidad tan generosa!

Al día siguiente llegaron Pilpatoe y Teutile, seguidos de una numerosa tropa de mejicanos armados; todo su tren anunciaba el poder del monarca á quien representaban. Cortés juzgó también que por su propio interés debía desplegar el mayor fausto para imponer á los mejicanos y darles alta idea del poderío del soberano que le enviaba por embajador. Mandó á sus guerreros que formasen á su alrededor con todo el aparato militar que podía herir la imaginación de los enviados mejicanos, y él mismo los recibió con cierta dignidad que infundía respeto.

Habiendo preguntado á Cortés los enviados de Motezuma cuáles eran sus intenciones, de qué tierra venía y qué monarca le enviaba, él les respondió en pocas palabras: «Que venía en nombre de Carlos de Austria, grande y poderoso emperador de Oriente; que venía encargado por este monarca de diversas proposiciones para el emperador Motezuma; pero que estas proposiciones eran de tal naturaleza, que exi-

gían un colóquio particular con él, por lo que pedía que inmediatamente le llevaran á la presencia del emperador.

El monarca á quien Cortés daba el pomposo título de emperador de Oriente, era Carlos V, nieto de Fernando el Católico. Este, que no había tenido hijos, sino una hija llamada Juana, concedió su mano á un príncipe austriaco llamado Felipe. De esta unión nació un hijo á quien pusieron el nombre de Carlos, el que, muerto su abuelo Fernando, resultó ser el heredero más inmediato de la corona. Proclamado rey de España, unió á esta soberanía la de los Países Bajos, y después fué elegido emperador de Alemania con el nombre de Carlos V, porque había habido otros cuatro antes que él.

Los enviados mejicanos, que estaban muy lejos de esperar semejante respuesta, la oyeron con tanta sorpresa como disgusto, porque no ignoraban cuán desagradable sería al emperador Motezuma la visita que el General español tenía empeño en hacerle. En efecto, aquel monarca estaba atormentado por los más tristes presenti-

---

mientos desde la primera aparición de los españoles en las costas de Méjico. Aumentaba sus terrores una antigua tradición que anunciaba que una nación poderosa vendría tarde ó temprano del Oriente á invadir y conquistar el imperio de Méjico. Esta antigua profecía, transmitida de generación en generación, explica el espanto de los mejicanos en general y de Motezuma en particular, así como el compromiso en que puso á los dos enviados la respuesta de Cortés, que exigía imperiosamente ser conducido á la capital del imperio.

A pesar de todo, abrigaban la esperanza de obligar al General español con magníficos regalos á que abandonase su proyecto: Cortés los recibió manifestando su profundo agradecimiento, y esta manifestación engañó por un momento á los enviados, que se animaron á declarar al General español que era imposible satisfacer á su demanda. Cortés, variando entonces de tono y de lenguaje, respondió á los emisarios estupefactos, que tenía suma precisión de insistir en su demanda y que llegaría hasta Méjico, quisieran ó no los enviados de

Motezuma, porque tenía que cumplir las órdenes que había recibido, antes de volver á dar cuenta de ellas al grande y poderoso monarca que representaba.

Este ultimatum amenazador, no dejó replicar á los enviados mejicanos, y suplicaron tan sólo á Cortés que les diese tiempo para participar sus intenciones al emperador Motezuma, y Cortés concedió lo que pedían.

Durante el coloquio de Cortés con los enviados, se vieron unos pintores que habían traído en su comitiva para dibujar en blancas telas de algodón las cosas más notables y que más les llamasen la atención entre los europeos. Sabiendo Cortés que aquellos cuadros eran para enviarse á Motezuma, quiso que representasen asuntos más interesantes y de más efecto en el espíritu y la imaginación de los mejicanos. Con esta idea formó su tropa en orden de batalla y presentó á los indios el simulacro de un combate europeo. Se asustaron de tal manera, que unos huyeron, otros cayeron al suelo y costó mucho trabajo á los españoles hacerles comprender que todo

---

aquello no era más que un juguete, dispuesto con el fin de que se divirtiesen.

Los pintores, sin volver enteramente del susto que les causó aquella diversión militar, pintaron con mano trémula las escenas que acababan de presenciar. Terminados los cuadros fueron enviados á Méjico, capital del imperio, juntamente con algunas bagatelas de Europa, y la relación detallada de todo lo acaecido durante la permanencia de los diputados mejicanos en el campamento español: todas estas cosas iban destinadas al Emperador. Entre las sabias disposiciones que los españoles encontraron establecidas en este país, había una para que en todos los grandes caminos, desde las más remotas provincias hasta la capital, hubiese andarines prácticos, empleados exclusivamente en servicio del emperador: se mantenían en todo tiempo á distancias calculadas con exactitud, para comunicar prontamente al monarca la noticia de cualquier suceso que acaeciese en su inmenso imperio.

Como unas cuarenta leguas separaban á los españoles de la capital, y á pocos días

de la partida de los enviados, ya los corretores imperiales transmitieron á Cortés la respuesta de Motezuma. Consistía en una negativa formal, absoluta; pero venía acompañada de regalos cuya riqueza correspondía al poderío del monarca que se los enviaba al General español. La generosidad de Motezuma estaba calculada para que Cortés no mirase su negativa como una ofensa. Pilpatoe y Teutile, empezaron, pues, por depositar á los piés del General español los regalos que cien indios conducían, y que fueron extendiendo sobre unas esteras.

Aquí se veían telas de algodón que, en finura y brillo, competían con las de seda; allí imitaciones de animales, de árboles y otros objetos, hechas con plumas de varios colores, pero con tanto arte, que se equivocaban con la realidad. Más allá brillaban brazaletes, collares y otras joyas preciosas que revelaban en los artífices mejicanos suma habilidad unida á mucho gusto. Los españoles no se cansaban principalmente de admirar dos globos de gran dimensión: uno de ellos, de oro macizo, representaba el sol

y el otro, de plata, representaba la luna. Había también entre aquellos regalos, muchas cajas llenas de piedras preciosas, perlas y oro en granos.

Cortés aceptó estos regalos, manifestándose muy complacido de las primeras demostraciones amistosas del Emperador, tanto que los dos embajadores, animados con el cortesano lenguaje y aire afable del General español, creyeron que era aquella la ocasión más oportuna para darle á entender, en nombre de su soberano, que era imposible el permitir que entrasen tropas extranjeras en la capital, y aguantar que permaneciesen más tiempo en el imperio de Méjico, y que el Emperador invitaba al General español y á sus soldados á que se volvieran á embarcar lo más pronto posible.

Al escuchar esta constestación, que Cortés fingió recibir como una ofensa, les declaró nuevamente que no podía conformarse con tan terminante negativa, y que su honor y el de su soberano exigían ya que no diese la vuelta á su país antes de haber tenido con el emperador Motezuma la entrevista que reclamaba.

---

Júzguese ahora la sorpresa de aquellos mejicanos, de aquellos hombres acostumbrados á humillar sus frentes á la voluntad omnipotente de su amo, cuando escucharon las palabras del hombre audaz que se atrevía, no sólo á entrar en contestaciones, sino á oponerse abiertamente al grande Emperador. En concepto de aquellos esclavos, la respuesta de Cortés era un atentado horrible, un abominable sacrilegio, y por esta causa permanecieron durante algún tiempo inmóviles y mudos. Cuando al fin se recobraron de su turbación, suplicaron al General español que les concediese nueva prórroga para dar parte al Emperador de la obstinación del jefe de los extranjeros: Cortés accedió á la petición de los diputados; pero exigiéndoles pronta respuesta.

Aunque ostentaba mucha calma y seguridad, no dejaba de tener sus inquietudes, y la incertidumbre del resultado de aquellas largas negociaciones, tenía su ánimo en continua y profunda ansiedad. No podía desconocer la temeridad de su empresa, ni engañarse acerca del poder del Estado que se proponía invadir con una pequeña

---

tropa de aventureros, que todos habían de sucumbir tarde ó temprano en lucha tan desigual. Estas consideraciones no le detuvieron; insistió en su designio, bien resuelto á desafiar y sufrir las consecuencias de su audacia, porque tampoco le era posible volver á Cuba sin exponerse á la venganza de Velázquez, irritado por su desobediencia á sus órdenes. Habiendo de elegir entre una empresa cuyo triunfo justificaría la temeridad de acometerla ó le haría sucumbir con gloria, y la perspectiva de una muerte ignominiosa por mano del verdugo, prefirió el partido que más convenía á su emprendedor carácter y á su alma ambiciosa: resolvió llegar hasta Méjico, abriéndose paso con la punta de su espada.

No todos sus compañeros estaban tan determinados como él. Había entre ellos algunos partidarios de Velázquez, los que se esforzaban á comunicar sus inquietudes á los demás soldados, incitándolos á pedir al General que los volviese á Cuba. Estos manejos fueron ineficaces, porque se estrellaron en el entusiasmo que animaba á la mayor parte de los españoles, que esperaban ha-

llar inmensas riquezas en Méjico, de donde todavía aguardaban una respuesta favorable.

Sus esperanzas, sin embargo, quedaron frustradas: Motezuma, aunque alarmado de la obstinación de Cortés, seguía con el mismo empeño de negarle la entrada en Méjico, y para alejar de una vez aquellos extranjeros de sus estados, envió á Teutile con este terrible mensaje al General español. Esta vez Cortés se manifestó menos orgulloso, y deseando ensayar el efecto de la moderación en el monarca mejicano, respondió con estudiado comedimiento: «Que uno de los principales deberes de la religión cristiana, era la instrucción religiosa del prójimo, y su iniciación en las verdades que aseguran la eterna felicidad; que había sido enviado por el gran emperador de Oriente, su soberano, á Méjico, para libertar al dueño de este grande imperio y á todos sus habitantes de los errores y falsedades de la superstición y la idolatría; que para conseguir un resultado tan feliz necesitaba hablar con el Emperador, y que por tanto les declaraba de nuevo que era indis-

---

pensable se verificase esta entrevista cuanto más antes.»

Teutile, indignado, estuvo á punto de interrumpir al intérprete que le comunicaba el discurso de Cortés, porque apenas podía dominar su impaciencia y su enojo. Se levantó diciendo con acento colérico, que puesto que las representaciones amistosas de nada servían, vería él de emplear otros medios más eficaces para que se cumplieren las órdenes de su soberano. Apenas hubo pronunciado estas palabras, se retiró precipitadamente con toda su comitiva y cuantos mejicanos había en el campamento español.

La retirada de Teutile y la huida de todos los habitantes que hasta entonces habían surtido de víveres á los españoles, sumergieron á éstos y á Cortés en una profunda consternación. Bien se les alcanzaban las graves consecuencias de aquella retirada simultánea y empezaban á sentir las rigores del hambre. Bien pronto el desaliento se hizo general, y los descontentos se aprovecharon de él para intentar que Cortés diese la vuelta á Cuba, acusándole

entre los soldados de que los conducía á la muerte, queriendo sacrificarlos á su temeraria ambición.

El prudente General, tan sagaz como valeroso, quiso conocer la disposición de la mayor parte de sus soldados; las personas de confianza á quienes encargó que los preguntasen, disiparon los temores que le habían hecho concebir las intrigas y las pérfidas sugestiones de los secretos partidarios de Valázquez. Contando para lo sucesivo con el afecto de casi todos sus compañeros, reunió á los promotores de la insurrección, y se presentó á ellos sin la menor señal de disgusto á vista de sus enemigos, á quienes la serenidad de su rostro tranquilizó completamente. Consultóles acerca del partido que convenía tomar en aquellas circunstancias, invitándoles á que manifestasen su opinión. Ellos entonces se creyeron autorizados para decir á Cortés lo que pensaban, y todos opinaron que era preciso embarcarse inmediatamente.

Cortés los había escuchado con la mayor calma, y les respondió con la misma serenidad, que él no era de la misma opi-

---

nión acerca de los peligros que tanto les asustaban, y que el temor les hacía exagerar; pero que de todos modos no pretendía que le acompañasen por fuerza, ni oponerse á su deseo.

Al instante mandó que se anunciase en el campamento el próximo reembarco de las tropas, avisando á los soldados que estuviesen dispuestos para él. Esta noticia dejó pasmados á los españoles que, desde que habían puesto el pié en aquella tierra, lisonjeaban su codicia con las más brillantes esperanzas. ¡Haber de renunciar á las ilusiones de tesoros, al porvenir de conquistas y de gloria que Cortés había prometido á su ambición! ¡Iban, pues, á volver vergonzosamente sin haber recibido la más pequeña indemnización de las fatigas sufridas, de los peligros en que habían aventurado su existencia, al punto de donde habían salido, acompañados de los más venturosos presagios y de los estímulos de la muchedumbre! No: desobedecerán á su General, y no se someterán á una orden que le deshonra. En todos los parajes del campamento, la indignación de los solda-

dos se desahogaba en violentas murmuraciones y en amenazas contra Cortés.

Esto era lo que él quería: la cólera de los soldados favorecía tanto sus proyectos, que para estimularla envió á sus confidentes para que acriminasen con vigor la conducta del General, insinuando que sólo el miedo le obligaba á renunciar á su empresa. Esta diestra maniobra excitó un gran tumulto en el campo, y los soldados pidieron á una voz que Cortés renunciase el mando de una tropa, á la que abandonaba, y que se volviese á Cuba. Este era el momento que Cortés esperaba para presentarse.

Empezó manifestando la mayor sorpresa á vista de aquel desorden; pero éste se aumentó con la gritería. Los soldados furiosos rodeaban á su General para reconvenirle, porque desconfiaba de los ventajosos resultados de una empresa de gloria para España, y le declararon que ellos, por su parte, sabrían elegir jefe más digno de mandarlos, y que á sus órdenes lograrían el noble fin de sus trabajos y sus esfuerzos.

Semejante conducta y tal lenguaje eran

---

graves ataques á la disciplina militar; pero Cortés estaba en el colmo de sus deseos, viéndose atacado con tal violencia, porque observaba que esta comedia caminaba al desenlace que él tenía preparado.

Respondió que jamás se le hubiera ocurrido renunciar á una empresa gloriosa, cuyo triunfo no le parecía dudoso, si no le hubieran participado el desaliento del ejército, y que había tenido que ceder á una imperiosa necesidad, dando la señal de una retirada que todos los soldados pedían; que con el mayor sentimiento había tomado una resolución tan contraria á sus deseos y esperanzas. Fué interrumpido por sus soldados, que le decían á gritos que le habían engañado indignamente; que unos pocos cobardes habían tomado el nombre del ejército para calumniarle, y que, lejos de ser cómplices de su cobardía, los demás soldados de Cortés estaban prontos á seguirle adonde quisiera guiarlos, y que á las órdenes de tal jefe arrostrarían los mayores peligros y aun la muerte.

El General español dió gracias á sus soldados por haberle desengañado, y los feli-

citó por su constancia, anunciándoles que iba á tomar todas las disposiciones para fundar una colonia en el paraje en que se encontraban, para penetrar así con más seguridad en el centro del imperio, cuyo soberano pretendía insolentemente obligarlos á salir de sus costas. Con gritos de alegría fueron recibidas estas palabras, que habían electrizado á los guerreros españoles.

Quería entre tanto Cortés aprovechar una circunstancia tan favorable para legitimar su mando, porque su autoridad podía ser puesta en duda y gravemente comprometida, desde que Velázquez había revocado los poderes que le otorgó.

Como se proponía fundar una colonia, formó para ella su ayuntamiento, teniendo cuidado de que le compusiesen hombres afectos á sus intereses. Cuando esta especie de tribunal quedó establecido, y el General hubo instalado en él á los nuevos magistrados, se presentó á ellos, llevando en la mano su bastón de mando, y con el más profundo respeto al tribunal le dirigió el siguiente discurso:

---

«Desde este día, señores, os considero como los representantes y delegados de nuestro augusto soberano; por consiguiente, vuestros fallos tendrán para mí la autoridad de las más sagradas leyes. Sin duda os halláis convencidos de la necesidad que tiene el ejército de ver á su frente un General cuyo poder no esté sometido al capricho de soldados; pues bien, señores, mi autoridad está en cierto modo á merced de su inconstancia. Desde que el gobernador de Cuba me destituyó de las funciones que me había confiado, se pueden poner en duda mis derechos al mando: esto es lo que me obliga á depositarlo en vuestras manos. Ahora, señores, elegid, nombrad comandante en nombre del Rey al oficial que os parezca más digno de este honor. Por mi parte, estoy pronto á dar á mis compañeros, como soldado raso, el ejemplo de la obediencia al que tengáis á bien elegir por comandante.»

Al pronunciar estas últimas palabras, inclinó su bastón de mando, presentándosele con respeto al presidente, dejó sobre la mesa el título de su autoridad militar, y se retiró.

La dimisión de Cortés fué admitida por los jueces, que desempeñaron con singular gravedad el papel de que él mismo los había encargado. Procedióse en seguida á nueva elección, y por segunda vez Cortés fué proclamado por unanimidad de votos. Concluido este acto, el tribunal anunció su resultado á las tropas reunidas, que con su adhesión y sus aplausos ratificaron la elección verificada.

## II

Fundación de la Villa-Rica de la Veracruz.—El cacique de Cempoala.—Obesidad extraordinaria de este cacique.—Llegada de los españoles á Quiabislán.—Alianza de muchos caciques con Cortés.—Destrucción de los ídolos indios.—Transformación de un templo mejicano en iglesia cristiana.—Una conspiración descubierta.—Cortés destruye sus naves.—Una embajada.—Discurso del embajador.—Batalla.—Xicotencal.—Sabias exhortaciones de un sacerdote católico.—Cortés avanza sobre Cholula.—Entrevista de Cortés y Motezuma.—Entrada de los españoles en Méjico.

El ayuntamiento formado por Cortés puso á la nueva colonia el nombre de *Villa-Rica de la Veracruz*, llamándola rica porque allí era donde los españoles habían juzgado por primera vez de las inmensas riquezas de Méjico, á vista de los magníficos regalos que Motezuma había ofrecido á Cortés, y porque esperaban que los tesoros del imperio vendrían á parar allí también. Añadieron al nombre de *Villa-Rica* el de *Veracruz*, porque el día en que habían des-

embarcado era precisamente un Viernes Santo.

Sin embargo, la villa que entonces se fundó no es la misma conocida hoy con el nombre de Veracruz. Cortés tuvo que trasladar bien pronto la colonia á algunas millas más al Sur, á otro paraje más favorable para un establecimiento de este género.

En el momento en que se disponía la partida, ocurrió una circunstancia que favorecía grandemente los proyectos de Cortés. Cinco indios, enviados por un cacique vecino, se presentaron en el campamento de los españoles y solicitaron el favor de ser presentados al General. Consintió en recibirlos, y entonces uno de ellos declaró por medio del intérprete: «Que la fama de las hazañas y gloriosas proezas de los españoles en Tabasco había llegado á noticia del cacique de Cempoala, su señor, y que admirando el valor de tan ilustres extranjeros, anhelaba ser su aliado y su amigo.»

Altamente satisfecho quedó Cortés de estas demostraciones amistosas y de esta proposición de alianza, y más todavía cuando por las preguntas que hizo á los embajado-

---

res supo que los vasallos de Motezuma, y entre otros los de Cempoala, sufrían con impaciencia la dominación del Emperador, que su orgullo y su crueldad habían hecho insoportable su gobierno, y que sus enemigos estaban prontos á aprovechar la primera ocasión favorable para libertarse de su tiranía. Cortés, sabiendo que un imperio, por poderoso que sea, está próximo á su ruina, cuando el soberano ha perdido el amor de sus vasallos, ya no dudó del buen resultado de su empresa. Despidió á los embajadores, colmándoles de regalos y encargándoles que dijese á su señor que el General español iría muy pronto á visitarle. Deseaba él, por otra parte, visitar un país que le habían pintado como mucho más á propósito para establecer una colonia que el paraje que entonces ocupaba.

Púsose inmediatamente en marcha con sus tropas, mientras que la escuadra iba costeando. Al fin de la primera jornada, el ejército español entró en un pueblo indio enteramente desierto, porque los habitantes habían abandonado sus casas. En los templos se encontraron ídolos, huesos huma-

nos, restos horribles de sus abominables sacrificios, y muchos libros. Eran éstos los primeros que se encontraban en América, pero en nada se parecían á los libros de Europa. Estaban formados de pergamino ó de pieles engomadas y dobladas para formar las hojas, presentando en lugar de letras una gran variedad de figuras y emblemas, lo que hizo sospechar con fundamento que aquellos libros servían para las ceremonias del culto mejicano.

Continuaron los españoles su marcha al día siguiente, encontrando siempre al paso abandonadas las poblaciones. Esta soledad les pareció de mal agüero, y se temían que el cacique de Cempoala los hubiera engañado para llevarlos á alguna emboscada. No obstante, al anochecer llegaron doce indios con víveres que el cacique enviaba á los españoles. Les había encargado, además, suplicasen al General español llegase hasta su residencia, que sólo distaba un sol, lo que en el lenguaje mejicano quería decir que sólo faltaba un día de camino. Allí esperaban á los extranjeros refrescos de toda clase.

---

Queriendo saber por qué el cacique no salía á recibir á los españoles, contestaron los indios que una grave incomodidad le obligaba á estarse en casa. Cortés se quedó con seis de aquellos indios para que le sirviesen á un tiempo de rehenes y de guías, y envió los restantes para que anunciassen al cacique la pronta llegada de los españoles.

Al día siguiente, el ejército español dió vista á la ciudad en que habitaba el cacique, situada en país agradable y fértil, y con una perspectiva que anunciaba desde lejos una ciudad de bastante importancia. Los compañeros de Cortés se pusieron muy alegres al verla, y más todavía cuando los soldados de vanguardia vinieron diciendo que las paredes de la población eran de plata. Este fué un cruel engaño para las tropas de Cortés, que pronto advirtieron que la blancura de las paredes consistía en la cal con que estaban blanqueadas, á la que los rayos del sol comunicaban un vivo resplandor.

Esta ciudad presentó á los españoles un notable contraste con las otras que habían

---

encontrado en el camino: lejos de huir, los habitantes se agolpaban en las calles y plazas para ver entrar á los hombres blancos y gozar de un espectáculo tan nuevo. Este apresuramiento no era brutal y grosero, y los españoles no fueron molestados con las demostraciones de una curiosidad indiscreta ó demasiado estrepitosa. Al llegar á la habitación del cacique se presentó éste, y entonces se conoció qué especie de incomodidad era la que le había impedido el salir al encuentro de sus nuevos aliados: era una gordura monstruosa que apenas le dejaba moverse, y para que pudiese dar un paso tenían que irle sosteniendo algunos de su servidumbre. Esta obesidad que tanto le desfiguraba, le hacía tener al mismo tiempo una facha tan grotesca, que á Cortés le costó mucho trabajo el mantenerse serio y contener la algazara de sus soldados, á quienes retozaba la risa en el cuerpo al ver el desmesurado volumen y anchas proporciones de aquel abdomen. Por lo demás, el cacique era un personaje muy grave; llevaba un brillante traje, formado de un manto de algodón, guarnecido de piedras

preciosas, las que también llevaba en las narices y en las orejas, taladradas de parte á parte para colgarse adornos de esta clase.

Las palabras que dirigió al General español al tiempo de saludarle estaban llenas de benevolencia y sabiduría, y al fin del discurso, que agradó mucho á Cortés, le convidó á pasar á su habitación para que allí pudiesen tratar con más comodidad de sus comunes intereses. Cortés aceptó este atento convite, disfrutando en casa del cacique una hospitalidad que prevenía todas sus necesidades y sus deseos, mientras que también se suministraban con abundancia á los españoles cuantos auxilios podían necesitar.

Conferenciando con este jefe indio, Cortés, que deseaba conocer sus verdaderos sentimientos y sus disposiciones respecto del soberano de Méjico, le habló del objeto de la expedición de los españoles, anunciando al cacique cómo había sido enviado por el emperador de Oriente para exterminar á los opresores de los pueblos en aquella parte del mundo. Animado el cacique con esta declaración, dejó desahogar todo

el odio que le animaba contra Motezuma en amargas quejas y en violentas reconven-  
ciones: representó al emperador de Méjico  
como un déspota sanguinario, cuyo yugo  
deseaban sacudir todos sus vasallos. Era  
tal la emoción de este cacique trazando el  
cuadro de la tiranía de Motezuma, que todo  
su rostro estaba bañado de lágrimas.

El General español procuró calmarle,  
tranquilizándole con la promesa de la pro-  
tección poderosa de los españoles contra el  
tirano de Méjico, puesto que Dios protegía  
los esfuerzos de los españoles y combatía á  
favor suyo.

Al día siguiente el ejército se puso en  
marcha para Quiabislán, punto elegido por  
Cortés para fundar una colonia. Después  
de haber cruzado campos notables por su  
fertilidad y bosques muy amenos, llegaron  
á la ciudad de Quiabislán, situada en una  
altura y rodeada de peñascos, que formaban  
en rededor suyo una muralla natural. No  
se encontró un habitante siquiera, porque  
todos habían huido al acercarse los españo-  
les; pero al llegar á la plaza principal, quin-  
ce indios salieron de repente de un templo.

---

Después de saludar á los españoles, les dijeron que el cacique y todos los habitantes volverían en el acto á sus casas si se daba palabra de no hacerles daño ninguno. Cortés les habló en términos de tranquilizarlos completamente, y bien pronto la ciudad volvió á poblarse, pues el mismo cacique hizo volver á los habitantes, que huían con el miedo.

Este cacique y el de Cempoala fueron conducidos en andas al campamento español. Los dos jefes, en el coloquio que tuvieron con Cortés, manifestaron con mucha viveza su aversión al gobierno tiránico de Motezuma, y obligaron de esta suerte al General español á que les ofreciese nuevamente su auxilio para romper un yugo que se les hacía insoportable.

Esta conferencia fué turbada é interrumpida por unos indios que llegaron muy azorados á decir algunas palabras al oído de los dos caciques. Así que éstos la escucharon, dieron muestras de su turbación, y se levantaron para salir, acompañados de algunos oficiales de Cortés. A poco rato se vieron seis ministros de Motezuma, vesti-

---

dos con ricos trajes y acompañados de numerosos esclavos, algunos de los cuales les iban llevando quitasoles de pluma. Cruzaron por el campamento español, y al pasar por delante de Cortés y sus oficiales, se atrevieron á ejecutar algunos ademanes de desprecio; pero cara hubieran pagado su insolencia, si Cortés no hubiera contenido á sus soldados que iban á precipitarse sobre los indios. Envióse á Marina para que se informase de lo que iba á suceder, y volvió bien pronto diciendo, que aquellos ministros habían hecho comparecer á los caciques y los habían reconvenido ásperamente por su amistad con los extranjeros, declarándoles que su conducta era una vil traición, y que el único medio que les quedaba de aplacar á su irritado monarca y obtener su perdón, era entregarle además del tributo ordinario, veinte indios destinados á apaciguar con su sangre la cólera de las divinidades ultrajadas.

Al oír esta relación, Cortés apenas podía contener su enojo; pero escuchando al fin los consejos de la prudencia, se limitó á llamar á los caciques para mandarles que

---

no obedeciesen las sanguinarias órdenes del Emperador y que prendiesen á los ministros encargados de transmitírselas, asegurándoles que él aceptaba la responsabilidad de los sucesos. Los caciques titubearon un momento, tan acostumbrados estaban á una ciega obediencia á su soberano; pero Cortés hablaba en unos términos que no admitían réplica ni incertidumbre. Los ministros de Motezuma fueron arrestados, sin que al parecer los españoles se hubiesen mezclado en este asunto.

Entonces los mismos caciques, que primeramente habían dudado echar mano á los mensajeros del Emperador, quisieron degollarlos en lugar de los indios que Motezuma reclamaba. Cortés libró estos prisioneros del cobarde furor de los caciques y los mandó custodiar por soldados españoles.

Como deseaba ante todas cosas evitar un choque con las tropas de Motezuma, recurrió á una astucia para disponer favorablemente el ánimo del Emperador á disposiciones pacíficas. Queriendo hacer creer á este monarca, que él no había tenido

parte en el mal trato que habían sufrido sus ministros, y que hasta habían sido preservados de una suerte cruel por la intervención del general español, hizo que le trajesen por la noche dos de los prisioneros, y quitándoles sus cadenas, les anunció que estaban libres para volverse á su señor. Además les encargó que dijesen al Emperador, que el General español haría los esfuerzos posibles para librar también á los demás prisioneros, y á éstos se les dijo al día siguiente que sus dos compañeros de armas se habían escapado por la noche.

Entre los caciques de las montañas vecinas había algunos que no sufrían con menos impaciencia la tiranía de Motezuma; estos jefes de razas indias, que tenían el nombre común de totonaques, se sometieron voluntariamente á los españoles, y declararon que reconocían al rey de España por su único señor.

Entonces los españoles empezaron sus trabajos para la fundación de una colonia en un paraje situado entre Quiabislán y el mar. Cortés eligió este sitio á causa de la

---

fertilidad del suelo y cercanía de las costas: las inmediatas selvas proporcionaban en abundancia maderas de construcción. El nombre de Villa-Rica de la Vera-Cruz que tuvo en un principio esta colonia, se ha reducido hoy sólo á Veracruz. Cortés se puso al frente de los trabajadores para animarles, y vió con satisfacción elevarse tan rápidamente las construcciones, que al cabo de un mes, la plaza estaba formada y circuida de murallas bastante sólidas para resistir los ataques de los indios.

Entre tanto los dos indios soltados por Cortés, habían dado cuenta á Motezuma de lo sucedido en el campamento de los españoles, elogiando mucho la generosidad de su General. El Emperador, que ya se disponía á marchar contra los españoles á la cabeza de un ejército poderoso, cayó en el lazo que le armó Cortés, y se creyó, por lo que le contaron los indios, que todavía podría por medio de la persuasión alejar de su imperio aquellos extranjeros. Se determinó por lo tanto á enviar otros embajadores que ofreciesen á Cortés regalos considerables y le presentasen dos jóvenes

príncipes, parientes cercanos del Emperador.

Llegaron los embajadores al campamento español al tiempo que se acababan las murallas de la nueva ciudad; entregaron al General los regalos que le estaban destinados, y después de haberle dado las gracias en nombre del Emperador por lo que había hecho en favor de sus representantes, le invitaron á salir de los estados mejicanos. Según su costumbre, Cortés recibió con mucha distinción á los enviados de Moctezuma, y antes de contestar al objeto principal de su misión, puso en libertad á los cuatro prisioneros. Después declaró que sentía mucho lo que había pasado, pero que el Emperador ya debía entenderse sólo con él por la prisión de sus ministros: que los cristianos detestaban los sacrificios humanos, y que su religión les prescribía abolir tan bárbara costumbre dondequiera que la hallasen establecida; que el cacique de Cempoala y el de Quiabislán tenían derecho á la clemencia del emperador, y que su conducta con los españoles había sido con arreglo á los deberes de una generosa

---

hospitalidad; procurando hacer olvidar al General de los extranjeros las faltas en que Teutile había incurrido por su culpable insolencia. En fin, que tocante á la cuestión de su partida, el emperador debía tener entendido, que él no podía retirarse y volver á su patria antes de haber tenido una entrevista con el soberano de Méjico, y que, por otra parte, los españoles no retrocedían ante ningún peligro cuando se trataba de cumplir las órdenes de su rey.

La serenidad y aire majestuoso del General impusieron á los embajadores, que se apresuraron á volver á dar cuenta al Emperador de la respuesta de Cortés.

Determinado éste á llegar hasta Méjico, hacía los preparativos militares de tan arriesgada expedición; pero su excesivo celo por los intereses de la religión, estuvo á punto de comprometer una empresa, que todo concurría á presentar como muy fácil. Noticioso de que debía verificarse un sacrificio humano en un templo de sus aliados, acudió con algunos de sus campeones, y amenazó que lo llevaría todo á sangre y fuego si no eran puestos al instante en li-

bertad los prisioneros que estaban bajo el cuchillo de los sacerdotes. Esta providencia era loable y la humanidad la justificaría en caso necesario. De aquí no debía pasar el celo del General; pero quiso que los ídolos fuesen hechos pedazos por los mismos sacerdotes, y obligar á los ministros de un culto bárbaro á renunciar á sus supersticiones. Cortés se olvidaba de que aquellos hombres no conocían todavía una religión mejor que la que él les mandaba abjurar.

Cuando los sacerdotes escucharon la orden del General español, prorrumpieron en gritos y lamentos, y puestos de rodillas delante de Cortés, le suplicaban que no les impusiese tan cruel sacrificio: su cacique, temblando, no se atrevía á interceder por ellos, y guardaba un sombrío silencio. Cortés fué inflexible y mandó á sus soldados que derribasen los ídolos. Entonces los sacerdotes, sacando fuerzas de su misma desesperación, llamaron al pueblo á las armas, y en pocos instantes Cortés y los suyos se vieron rodeados de una multitud de hombres furiosos. En tan crítica situación, el General español no dió señales de acobar-

---

darse y anunció por medio de Marina á los indios, que si se atrevían á disparar una sola flecha contra los españoles, perdería la vida el cacique, y con él perecería todo su pueblo. Los soldados, ejecutando las órdenes de Cortés, echaron á rodar, todos revueltos por las gradas abajo, los ídolos, altares y vasos sagrados, que se hicieron menudos pedazos. Laváronse las paredes, salpicadas de sangre, y una imagen de la Virgen ocupó el lugar del principal ídolo mejicano.

Los indios, mudos testigos de esta ejecución terrible, se imaginaban que el fuego del cielo iba á consumir á los profanadores de su templo, á los destructores de sus divinidades; pero cuando vieron que los españoles quedaban sanos y salvos, esta impunidad les hizo suponer que el Dios de los extranjeros debía ser mucho más poderoso que los ídolos mejicanos, y recogiendo los fragmentos esparcidos los quemaron, para manifestar el desprecio que les inspiraban tan impotentes divinidades. Los españoles transformaron el templo en iglesia cristiana, y el mismo día en que Cortés estuvo tan au-

---

daz y temerario, un sacerdote católico celebró el oficio divino en presencia de un gran número de indios, asombrados del imponente espectáculo de esta ceremonia (1).

Peligros de otro género venían á entorpecer la ejecución de la empresa. Algunos marineros y soldados, á quienes fatigaba el trabajo que les imponía Cortés y que no participaban de la confianza de su General, formaron una conspiración para apoderarse de un navío y huir á Cuba. La conspiración fué descubierta y Cortés mandó prender y castigar á los autores; pero el espíritu de insubordinación que hacía tiempo reinaba en su pequeña tropa, no estaba completamente extinguido, y para quitar á los descontentos toda esperanza de salir con su idea, tomó una resolución enérgica, desesperada: resolvió destruir su escuadra, para

---

(1) Para cuidar del culto de la Virgen y ornato de la capilla, se ofreció un anciano, natural de Córdoba, llamado Juan de Torres. Este, que era el más anciano de los soldados de Cortés, se quedó solo y entre los indios para ejecutar su propósito, en el que no se sabe qué admirar más, si la piedad ó el valor.—  
N. DEL T.

---

que convencidos sus soldados de que la fuga era imposible, se resolviesen á vencer ó morir. Mas ¿cómo era posible que el ejército se prestase á ejecutar una resolución tan atrevida?

Mandó primero que se dismantelasen los navíos, es decir, que se les quitasen los mástiles, las jarcias y los cañones, que fueron sacados á tierra: después los carpinteros examinaron el casco de cada buque, y ganados por Cortés, declararon que todos los navíos estaban tan deteriorados, que era imposible componerlos. Entonces el General arengó á sus soldados con tanto calor y energía, que ellos mismos se brindaron á demoler los navíos sacando á la costa las tablas y las vigas. Uno solo fué reservado para despacharle á España, porque aunque el Ayuntamiento que había creado hubiese confirmado á Cortés en sus funciones de general, no se le ocultaba á éste la irregularidad de un acto que constituía una verdadera usurpación de poder. Deseaba que la corte de España le declarase gobernador de los países que iba á conquistar. Para conseguirlo, y neutralizar los envidiosos esfuerzos de

TOMO II. 6

Velázquez, que no se había olvidado de afear al Gobierno español la conducta de su teniente, era necesario presentar una brillante muestra de las riquezas del imperio mejicano. Sólo se podía formar esta remesa con los regalos de Motezuma que habían sido distribuidos por Cortés á sus soldados; pero á la menor insinuación de aquél, ofrecieron éstos cuanto habían recibido, devolviéndolo sin murmurar, sin embargo de que ya era una legítima propiedad suya. Esta prueba feliz manifestó á Cortés el ascendiente que tenía sobre sus soldados. ¿A qué no podía él atreverse con unos hombres que le eran tan adictos y que se resignaban á un sacrificio de este género?

Tomó entonces sus disposiciones para partir. Tenía quinientos hombres de á pié y quince de á caballo, con seis piezas de campaña. Como unos cincuenta soldados casi todos inválidos, se quedaron con dos caballos en Veracruz, para formar la guarnición. Fácil hubiera sido á Cortés aumentar su ejército con numerosas tropas auxiliares que los caciques le ofrecían; pero rehusó las ofertas de aquellos jefes, no ad-

mitiendo más que cuatrocientos hombres con doscientos *támenes* ó indios de carga para llevar las provisiones del ejército. Para seguridad de los españoles que dejaba á su espalda, escogió entre los indios cincuenta de los más ricos y de más suposición, para que le sirviesen de rehenes y respondiesen de la seguridad de los españoles que iban á constituir la escasa guarnición de Veracruz.

El pequeño ejército de Cortés, partió de Cempoala el 16 de Agosto de 1519. No ocurrió suceso notable en los primeros días de marcha; como que se atravesaba por un país, cuyos caciques, como el de Cempoala, eran aliados de los españoles; así es que en todas partes hallaron víveres en abundancia. Llegaron por fin á Tlascala, cuyo territorio tendría como unas cincuenta millas de circuito. Cruzan este país montañas que se consideran generalmente como una continuación de las que se extienden á lo largo de la América meridional y que se llaman la cordillera de los Andes ó simplemente las Cordilleras.

Un valor á toda prueba, un ardiente amor á la libertad distingúan á los habi-

tantes de estas montañas entre los naturales de los demás puntos de América. Sometidos durante mucho tiempo al Gobierno mejicano, habían conquistado al fin su libertad y formaban una poderosa república, respetada por los pueblos vecinos. El país estaba dividido en distritos, que tenían sus representantes en Tlascala, cabeza de la república. La reunión de estos diputados formaba el gran Congreso, que ejercía el poder legislativo de la nación, ofreciendo tal vez el único ejemplo de un Gobierno aristocrático, es decir, un Gobierno en que el supremo poder se halla en manos de los habitantes más principales, en medio de un pueblo cuyas groseras costumbres debían hacerle considerar como salvaje.

La nación no era numerosa; pero su fuerza residía en su valor, en su amor á la independencia, y en su carácter vengativo. Había rechazado todos los ataques de Moctezuma para volverla á su dominio, por lo que conociendo Cortés las ventajas de una alianza con semejante pueblo, resolvió enviar á Tlascala una embajada que propusiese al Gobierno un tratado de paz.

---

Escogió para esta importante comisión á cuatro cempoales, dictándoles por medio de Marina un discurso que aprendieron de memoria. Queriendo que se observasen en esta circunstancia todas las ceremonias acostumbradas entre los indios, se puso á los embajadores una gran capa de tela de algodón; en el brazo izquierdo una gran concha en forma de escudo, y en la mano derecha una larga flecha adornada con plumas blancas. La punta de la flecha estaba vuelta hacia abajo, lo que anunciaba disposiciones enteramente pacíficas: la flecha adornada con plumas rojas hubiera sido una señal de guerra.

Cuando los embajadores estuvieron adornados así á la usanza india, partieron; debiendo tener cuidado de no salirse del camino real, porque apartándose de él se hubieran visto expuestos á los insultos, perdiendo la inmunidad que debían á su traje. El nombre con que los indios designaban esta singular costumbre, corresponde á lo que se entiende en Europa por derecho de gentes.

Llegados á Tlascala los embajadores, fue-

ron conducidos á una casa particular, donde se les trató con todas las atenciones y el esmero que exigía su carácter. Al día siguiente el Senado los admitió para escuchar las proposiciones que les habían encomendado. Los miembros de aquel consejo estaban sentados, por orden de edad, en unos taburetes de una pieza y de madera muy rara. Los embajadores se presentaron en una actitud respetuosa, es decir, con la cabeza cubierta con el manto y la flecha levantada en alto. Entonces los senadores se levantaron un poco de los asientos para saludar, y los diputados, haciendo una humilde reverencia, se adelantaron hasta el medio de la sala de las deliberaciones, donde se hincaron de rodillas. Allí esperaron con los ojos bajos el permiso de dirigir su discurso á la augusta asamblea. El consejo les hizo seña de que podían hablar, y entonces, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, el que había aprendido el discurso le relató en estos términos:

«Pueblos libres, valientes é invencibles: el cacique de Cempoala y los caciques de las montañas, vuestros aliados y amigos,

---

os saludan y os desean una abundante cosecha y el exterminio de todos vuestros enemigos. Os participan como han sido visitados por unos hombres extraordinarios venidos de Oriente. Estos hombres, semejantes á los dioses, puesto que manejan las armas de que éstos se sirven ordinariamente, es decir, el trueno y el rayo, han llegado á nuestras tierras en grandes castillos que vuelan por el mar. Dicen que adoran un dios más poderoso que los nuestros, y que aborrece la tiranía y los sacrificios humanos. Su jefe es el enviado de un soberano de gran poder, al que su religión previene poner fin á las vejaciones é injusticias de Motezuma. Nosotros debemos ya á este capitán la dicha de vernos libres de la tiranía del Emperador. Teniendo precisión de pasar por vuestro territorio para ir á Méjico, quiere saber las injurias que el tirano os ha hecho, para defender vuestros derechos y los suyos, asociaros á su noble causa y hacer que triunfen vuestros comunes intereses. No podéis, por lo tanto, dudar de sus amistosas intenciones, y os pide únicamente el permiso de pasar por vuestro territorio.

---

Estad seguros de que no desea más que vuestro bien; que sus armas no son más que instrumentos de justicia, porque los guerreros que las llevan sólo las emplean para castigar á quienes les atacan ú ofenden.»

Terminada la arenga, los embajadores se arrodillaron de nuevo, tocaron casi con la frente el pavimento de la sala, y después, cruzando las piernas, esperaron en un respetuoso silencio la contestación del Senado. Se les dieron las gracias por las noticias que acababan de dar, declarándoles que ya se les pasaría una respuesta en debida forma, así que se deliberase acerca del objeto principal de la arenga; es decir, la cuestión del paso por el territorio tlascalteca. Se les invitó en seguida á que se retirasen y empezó la deliberación.

Estaban divididas las opiniones de los consejeros, porque unos querían la paz y otros la guerra. El más ardiente campeón de la guerra era el general Xicotencal, joven magnate lleno de valor; pero arrebatado por el exceso de su bélico entusiasmo. Consiguió que su dictamen fuese apro-

bado por la mayoría, que decidió fuesen los embajadores retenidos en Tlascala para dar tiempo á los preparativos de defensa.

Pasados ocho días y no viendo Cortés volver á sus embajadores, se determinó seguir adelante para averiguar su paradero; pero apenas se había puesto en camino, cuando encontró una multitud de indios armados para disputarle el paso. Trabóse un combate en el que los indios, batidos y dispersos, perdieron mucha gente, quedando heridos algunos españoles. Cortés pudo entonces penetrar en el país, y al otro día del combate vió llegar á dos de sus embajadores, acompañados de cierto número de tlascaltecas que acusaron á sus aliados llamados otomíes, de haber atacado imprudentemente á los españoles; imprudencia de la que habían sido bien castigados con su derrota y la muerte de sus más intrépidos jefes. Después de haberse excusado de esta manera, se retiraron, dejando á Cortés en la misma incertidumbre respecto de las verdaderas disposiciones del pueblo tlascalteca.

Bien pronto supo á qué atenerse, porque

al día siguiente llegaron los otros dos embajadores en un estado que excitó á la vez la piedad y la indignación de los españoles. Noticiaron á Cortés, que habían sido apasionados en contra del derecho de gentes y que debían ser sacrificados por los tlascaltecas á sus dioses, pero que habían conseguido escaparse por la noche. A juzgar por lo que decían estos embajadores, el pueblo tlascalteca había jurado inmolar también á todos los españoles.

Entonces Cortés no titubeó en arrostrar el peligro que le amenazaba: siguió su marcha, y bien pronto se halló rodeado de una innumerable multitud de enemigos, al frente de los cuales se hallaba el joven Xicotencal. Era preciso dar la batalla y se dió en efecto; pero estuvo en muy poco que fuese funesta á Cortés y todo su ejército, por un suceso de poca importancia. Un jinete español que, separándose de los suyos, se había precipitado en los batallones enemigos, recibió muchas heridas, y su caballo, acribillado de flechas, cayó muerto en el suelo. Los indios cortaron entonces la cabeza del animal, y levantándola en lo

alto de una pica, la llevaron en triunfo por todas partes, á fin de probar (que aquel monstruo podía ser vencido y muerto. La vista de la cabeza cortada reanimó el valor de los indios, siendo su ataque tan impetuoso, que los españoles empezaron á ceder, sin que pudiesen resistir á las masas que los oprimían y que iban á acabar con ellos.

De repente cesa el combate, las bocinas de los indios tocan retirada, y el enemigo abandona un campo de batalla en el que á poca costa hubiera conseguido una completa victoria. La causa de esta retirada que salvó á los españoles, era que habiendo muerto ya los principales jefes indios, era preciso nombrar quien los reemplazase; el enemigo además se retiraba satisfecho, llevándose como un glorioso trofeo la cabeza del caballo, la que Xicotencal cuidó de enviar al Senado.

El General español buscó una posición en que pudiera fortificarse contra un enemigo tan peligroso; pero no perdiendo la esperanza de hacer paces con los tlascaltecas, envió á su General algunos prisioneros, que al presentarle sus proposiciones pacíficas,

le hiciesen conocer las terribles consecuencias de una resistencia más prolongada. Indignése Xicotencal de tal manera con las proposiciones y amenazas del General español, que maltrató á los infelices que se las habían hecho, enviándolos cubiertos de heridas, para que dijese á Cortés que al día siguiente al amanecer, Xicotencal se presentaría con un poderoso ejército para prender al General español y todos sus soldados, y sacrificarlos ante los altares de sus dioses.

Aunque esta noticia no correspondiese á las esperanzas de Cortés, venía acompañada de un regalo que daba á entender no se hallaba el General tlascalteca tan irritado como parecía. Este regalo consistía en trescientas gallinas y en víveres de varias clases: verdad es que Xicotencal había cuidado de advertir á Cortés, que enviaba aquellas provisiones á sus enemigos para que estuviesen bien mantenidos antes de ser inmolados, y su carne fuese de mejor gusto, porque se proponía regalarse con ella en compañía de sus principales guerreros.

Esta fanfarronada causó risa á los españoles, que se comieron alegremente lo que

el enemigo les había enviado, mientras se preparaban al combate del día siguiente. Xicotencal cumplió su palabra: al romper el día, se presentaron numerosos batallones que atacaron con furor á los españoles; pero la táctica militar y la superioridad de las armas, triunfaron también esta vez del tesón y del valor, siendo derrotados los tlascaltecas, que abandonaron el campo de batalla á los españoles. No fué suficiente á abatirlos esta tercera derrota, porque persuadidos de que los españoles eran unos hechiceros, esperaban también que los magos de su nación podrían saber más que ellos. Además, sus sacerdotes, que pretendían adivinar lo futuro, les prometían siempre la victoria. Consultados de nuevo, respondieron que los españoles, hijos del sol, debían toda su fuerza á los rayos de este astro durante el día; pero que por la noche quedaban tan débiles que era cosa muy fácil vencerlos y exterminarlos.

Determinados los tlascaltecas á aprovecharse del aviso, intentaron un ataque nocturno contra los españoles; pero Cortés, siempre vigilante, había tomado todas sus

precauciones para no ser sorprendido : así es que cuando se presentaron, fueron rechazados con gran pérdida. Entonces se llegaron á convencer de que los españoles eran más que hombres, puesto que sin morir uno siquiera habían dejado tendidos en el campo millares de tlascaltecas. Empezaron por sacrificar á los dioses algunos de sus magos para castigar su embuste, y después enviaron á Cortés una embajada solemne pidiendo la paz, y escogiendo para embajadores á los principales de la nación.

Vestidos con sus trajes de ceremonia, adornados con plumas blancas, que eran, como ya se ha dicho, un símbolo de paz, llegaron los embajadores al campamento español, deteniéndose de rato en rato, para tocar la tierra con la mano que besaban en seguida : repitieron muchas veces esta ceremonia hasta llegar á las líneas españolas donde quemaron perfumes.

Admitidos en presencia de Cortés, pronunciaron este discurso : « Si sois divinidades malélicas, ahí tenéis cinco esclavos para que bebáis su sangre y os saciéis con

su carne : si sois dioses benignos, aquí tenéis perfumes y plumas de diferentes colores ; pero si sois hombres, aquí tenéis carne y pan para vuestro alimento.» Anunciaron después que el objeto principal de su misión era pedir perdón de las hostilidades cometidas por sus imprudentes compatriotas, y arreglar al mismo tiempo las condiciones de la paz. El General español, conservando el ademán de dignidad y grandeza con que había recibido á los embajadores tlascaltecas, les dirigió enérgicas reconvenciones por la conducta de su gobierno, y su terquedad en despreciar las proposiciones pacíficas que se le habían hecho. Les declaró, sin embargo, que estaba dispuesto á perdonar con tal que la república guardase una estricta neutralidad, y le diese una satisfacción de las injurias hechas á los españoles y á su jefe.

Así que el senado de Tlascala supo la respuesta de Cortés, mandó á todos los habitantes de las cercanías de la ciudad que llevasen víveres á unos extranjeros tan extraordinarios, proporcionándoles cuanto necesitasen sin pedir ni recibir el pago, que-

dando los españoles admirados del celo y exactitud con que se cumplió esta orden. Dos días después llegó al campo una magnífica comitiva, á cuyo frente venía Xicotencal : formábanla cincuenta magnates de la nación, todos ricamente vestidos. El jefe traía puesto un largo vestido blanco, adornado de plumas y piedras preciosas : era un joven alto y delgado, cuyo marcial aspecto revelaba la costumbre del mando.

Saludó á la usanza del país al General español, después tomó asiento sin que nadie se lo mandase y sin pedir permiso, y dirigió á Cortés este discurso : «A mí sólo hay que culpar por las hostilidades cometidas contra los españoles ; pero me había equivocado : creía que los españoles eran aliados de Motezuma, mi enemigo, el enemigo de mi patria. Deseando expiar mi culpa y obtener el perdón de un pueblo que es inocente, vengo á ponerme en manos del vencedor. Que disponga de mí como quiera; resignado estoy á sufrir todas las consecuencias de mi falta ; pero que conceda la paz que pide todo un pueblo. Tlascala espera recibir dentro de sus muros al jefe de

los extranjeros y á sus soldados que no encontrarán más que amigos.»

La franqueza generosa de estas palabras, pronunciadas con notable firmeza, agradó mucho á Cortés, que después de haber reprendido severamente á este jefe por su resistencia, que había hecho correr tanta sangre, mudó de tono y le prometió que dentro de algunos días pasaría á Tlascala.

Mientras que sucedía todo esto en el campamento español, llegó nueva embajada de Motezuma, para traer regalos á Cortés é inducirle de nuevo á renunciar á su proyecto de ir á Méjico. Sospechábase ya con razón, que no era tanto esto lo que pretendía Motezuma, como el estorbar que hiciese alianza con la república de Tlascala. Los embajadores mejicanos se esforzaron, sí, á inspirar al General español desconfianza de los tlascaltecas, á quienes representaban como gentes sin fe y prontos á vender á sus nuevos aliados; pero Cortés le contestó de manera que conociesen no se le ocultaban sus interesadas calumnias.

Entre tanto el terror reinaba en Tlascala, porque no viendo los habitantes llegar

al General español á su ciudad, se imaginaron que la tardanza era un efecto de las sugerencias é intrigas de los embajadores de Motezuma. Para neutralizarlas de una vez, tomó el Senado la resolución de trasladarse al campamento de los españoles, ofreciéndose en rehenes á su jefe. Desplegóse gran pompa en la ejecución de este proyecto: cada individuo del Senado llevaba un traje blanco, símbolo de paz, y era conducido en unas andas ó palanquín por oficiales de un rango inferior.

Venía á la cabeza de esta reunión imponente el padre de Xicotencal; este anciano, que estaba ciego, se distinguía por un vigor de espíritu y una energía de carácter que su edad avanzada no había podido debilitar. Haciendo que le llevasen junto á Cortés le abrazó y le pasó la mano por la cara, para formar alguna idea de él por medio del tacto. He aquí el discurso que le atribuyen los historiadores españoles, el que ofrece algunos rasgos de varonil elocuencia.

«¿Qué importa que tú seas un dios ó un hombre?; de todos modos tienes á tu dispo-

---

sición el senado de Tlascala, y ya no puedes dudar de su rendimiento y obediencia. Lejos de nosotros la idea y la intención de excusar la falta de nuestro pueblo; al contrario, aceptamos toda la responsabilidad, esperando así aplacar tu célera y desarmar tu venganza. Nosotros resolvimos hacerte la guerra; pero también nosotros somos los que venimos á pedirte la paz. Motezuma se esfuerza, ya lo sabemos, á introducir el odio y la desconfianza entre nosotros, para que nos rehuses tu alianza; pero si das oído á sus pérfidas insinuaciones, acuérdate de que es nuestro enemigo. ¿Podrás tú dudar todavía de que es un hombre malo y pérfido, cuando en este momento mismo quiere que seas injusto con nosotros? No es tu auxilio el que solicitamos contra él: no nos hace falta, y tú eres el único enemigo á quien no podemos combatir con esperanzas de vencer; pero nos duele que te alucine con sus artificios y falaces promesas: conocemos mejor que tú á este jefe acostumbrado á burlarse de los juramentos. Escucha, generoso capitán, aunque estoy ciego, veo bien claramente la desgracia que te va á

ocasionar tu noble confianza. Tú estás propenso á concedernos la paz, si Motezuma no te retrae de ello; mas, ¿por qué desea retraerte? ¿Por qué dudas en acceder á nuestros votos y á nuestras súplicas? ¿Por qué rehusas á nuestra ciudad el honor de tu presencia? Estamos determinados á merecer, á obtener tu confianza y tu amistad, ó hacerte el sacrificio de nuestra libertad. Escoge ahora: es preciso que seamos tus amigos ó tus esclavos: fija nuestra suerte, que respetuosamente esperamos la sentencia que salga de tu boca.»

Cortés respondió que se apresuraría á satisfacer los deseos del senado de Tlascala, y pidió solamente algunos hombres para conducir los bagajes y la artillería. Al día siguiente por la mañana ya estaban en el campo quinientos tamenes ó indios de carga, rivalizando entre sí sobre quién había de cargar con el fardo más pesado. El ejército se puso en camino, pero marchando en columna, como si se fuese á combatir; precaución ordinaria de Cortés, con la que este jefe, tan prudente como animoso, solía asegurar el resultado de todas sus operaciones.

Los españoles hicieron en Tlascala una entrada triunfal; el pueblo se agolpaba en las calles por donde pasaban, mezclando sus gritos de alegría con el ruido de los tambores y de los pífanos; las jóvenes les arrojaban flores, y los sacerdotes, revestidos con sus trajes, quemaban incienso delante de ellos. Los individuos del Consejo Supremo ó Senado, y los habitantes más principales, vinieron á ofrecerles su respetuoso homenaje. Condujeron á tan ilustres huéspedes, á quienes designaban con el nombre de Teules, es decir, dioses, á una casa tan espaciosa, que todos pudieron alojarse en ella.

Apenas Cortés se instaló en ella con su tropa, colocó centinelas en todas las avenidas: esta precaución, que anunciaba desconfianza, desagradó á los tlascaltecas; pero se les hizo entender que era costumbre de los ejércitos europeos, y que, aun en tiempo de paz, la disciplina y las ordenanzas militares prescribían precauciones de este género. Entonces los tlascaltecas no hicieron más objeciones contra la medida adoptada por el General español, y hasta

el mismo Xicotencal se propuso seguir una costumbre cuya sabiduría y utilidad no pudo menos de confesar.

Conociendo Cortés el poderoso auxilio que le podría proporcionar la alianza con una nación tan generosa como valiente, recomendó á sus soldados que trataran á los tlascaltecas con mucha dulzura é igualdad. El fué el primero en darles ejemplo de esta política hábil y previsora, esforzándose con su buen proceder á estrechar los lazos de amistad que le unían ya al caudillo de los guerreros de Tlascala; pero estuvo á punto de malograr todas las ventajas que le ocasionaba, por su exagerado celo en favor de la religión.

En una conferencia que tuvo con uno de los individuos del Senado, le indujo á que renunciase el culto de los falsos dioses, para no adorar más que al Dios de los cristianos; pero el indio le dió una respuesta muy singular. Según él, un solo general, que era un hombre, podía mandar muy bien, á un mismo tiempo, á los españoles y á los tlascaltecas; pero el único Dios de los cristianos no podía bastar para unos y otros,

Los tlascaltecas necesitaban muchos dioses; necesitaban uno que les protegiese contra las tempestades, otro para preservarlos de las inundaciones, otro que les favoreciese en la guerra, y otro, en fin, para los casos extraordinarios en que tuviesen que valerse de él. Cortés le replicó, que el Dios de los cristianos, Supremo Señor y árbitro de todas las cosas, cuidaba de remediar todas las necesidades de los hombres; pero el tlascalteca no pudo acabarse de persuadir de que un solo Dios pudiera multiplicarse para atender á tan diversas obras. Entonces el General español llamó en su auxilio al capellán de la expedición, que trató de persuadir al senador y á los tlascaltecas que se encontraban con él. Escucharon con la mayor atención al sacerdote cristiano; pero cuando acabó de hablar, el individuo del Supremo Consejo suplicó á Cortés que no volviera á suscitar tan delicadas cuestiones fuera de su campamento, para preservar á los tlascaltecas de la temible cólera de sus Teules.

Estas palabras irritaron á Cortés, en términos que ya se disponía, como en Cem-

poala, á destruir en el acto el culto de los ídolos en Tlascalá; pero el P. Bartolomé de Olmedo, digno ministro de una religión de tolerancia y de paz, retrajo á Cortés de la ejecución de este proyecto imprudente, cuyas consecuencias podían ser fatales á los españoles.

En el momento que el ejército español, reforzado con un cuerpo de seis mil tlascaltecas, iba á romper la marcha, llegó nueva embajada de Motezuma, para convidar á Cortés á dirigirse á Cholula, porque el Emperador había dispuesto que se le hiciese allí el conveniente recibimiento y que se proporcionasen víveres con abundancia al ejército. Por lo demás, los embajadores no suscitaron la cuestión de la marcha á Méjico.

Esta invitación pareció sospechosa á los tlascaltecas, que suplicaron á Cortés no aceptase, porque ocultaba alguna emboscada. El General español dió gracias á sus aliados por el aviso; pero les declaró que no había peligro que hiciese retroceder á los españoles, y marchó con su ejército hacia Cholula. Fueron recibidos los españoles con

las más amistosas demostraciones; pero se prohibió á los tlascaltecas la entrada en la ciudad, bajo pretexto de que eran enemigos declarados de los cholulanos, y tuvieron que acampar fuera de la población; cosa que ellos supieron hacer con sorprendente habilidad, imitando á los españoles y rodeándose, como ellos, de fosos y trincheras.

Durante los primeros días, los cholulanos se manifestaron muy solícitos en festejar á sus huéspedes; pero los españoles advirtieron ciertos hechos que justificaban la desconfianza de los tlascaltecas. Los víveres cesaron de llegar con abundancia; los caciques se manifestaban más fríos, y se notaron frecuentes reuniones de los embajadores de Motezuma. Dos tlascaltecas que habían conseguido introducirse en la ciudad á favor de un disfraz, informaron á Cortés de que habían visto por la noche un gran número de mujeres y de niños que se refugiaban en paraje seguro; y que seis niños habían sido sacrificados á los ídolos en el templo principal; sacrificio que era el preludio ordinario de una expedición militar. En consecuencia, Cortés debía tomar sus

disposiciones, para no ser sorprendido por un enemigo pérfido y desleal.

El General español estuvo alerta y observó á los cholulanos para penetrar sus intenciones; pero una feliz casualidad le hizo descubrir cuanto tramaban contra sus huéspedes. La intérprete Marina había sabido inspirar tan vivo y sincero afecto á una cholulana, esposa de uno de los principales habitantes de la ciudad, que esta mujer, deseando salvar á la joven, puso en su noticia toda la conspiración formada contra los españoles, que habían de perecer sin distinción, aconsejándola que los abandonase para no perecer con ellos. Marina, partidaria de los españoles, fingió que se aprovechaba del aviso de la cholulana, para obtener de ella todos los pormenores de la conspiración. Así, consiguió saber que un cuerpo de tropa mejicana estaba oculto en las cercanías de Cholula, para presentarse á una señal convenida; que se habían formado barricadas en muchas calles, y que en otras había fosos ligeramente encubiertos para que se hundiesen los caballos; que además habían subido una gran cantidad

---

de piedras y otros proyectiles á lo alto de las casas y de los templos, para arrojarlos contra los españoles y dejarlos aplastados.

Cortés, viendo el peligro que corría, se apresuró á tomar sus disposiciones para desconcertar la trama. Hizo venir primeramente á la mujer india que había hablado con Marina y á tres de los principales sacerdotes, y habiéndolos encerrado, les hizo confesar á fuerza de amenazas la matanza que estaba dispuesta por los cholulanos. Juzgó entonces que era indispensable dar un gran golpe para aterrar á Motezuma y á sus parciales, y mandó que sus soldados y los cempoales que los acompañaban formasen en batalla en el gran patio del alojamiento, y avisó á los tlascaltecas acampados fuera de puertas, que invadiesen la ciudad al primer tiro que oyesen. Los principales caudillos de Cholula fueron atraídos con varios pretextos al cuartel español y arrestados en él: en seguida Cortés mandó que saliesen las tropas para empezar el ataque.

Entonces los españoles y los cempoales se precipitaron en las calles, mientras que

los tlascaltecas entraban en la ciudad. Bien pronto el suelo quedó cubierto de cadáveres, porque los habitantes, sin jefes, se dejaban matar sin resistencia. Verdad es que los mejicanos, saliendo de su emboscada, acudieron á socorrerlos, pero fueron derrotados y buscaron su refugio en las torres y en el templo principal. Cortés anunció que se perdonaría la vida á los que se rindiesen; pero sólo un mejicano bajó de las torres; los demás prefirieron la muerte al oprobio del vencimiento. Cortés, dejándose arrebatarse de la cólera en el calor del combate, deshonoró su vitoria con un acto de crueldad, mandando pegar fuego al templo, donde muchos infelices perecieron entre las llamas.

Durante dos días los irritados españoles hicieron que corriese la sangre en la ciudad de Cholula entregada al saqueo. El cansancio de los soldados puso fin á la matanza, y Cortés vengado, dió libertad á los magistrados prisioneros, y echándoles en cara su perfidia y el haber sido causa de todas las desgracias de su ciudad, les mandó que hiciesen venir á todos los habitantes que

habían huido, puesto que él les concedía una amnistía general. Era tal la impresión de supersticioso temor, producida por las sangrientas escenas con que habían señalado su venganza los españoles, que todos los cholulanos fugitivos volvieron á la ciudad, que en breve se vió llena de un pueblo sumiso y obediente.

Pero el mismo hombre que había autorizado unos excesos que tanta sangre costaron á los infelices cholulanos, se propuso ser el mediador de una sincera reconciliación entre dos pueblos animados entonces uno contra otro de los más hostiles sentimientos. Cortés hizo que tlascaltecas y cholulanos se jurasen, con todas las ceremonias que aseguran la inviolabilidad de los juramentos, una amistad que, uniéndolos entre sí, le proporcionaba al mismo tiempo el auxilio de dos aliados tan poderosos. Esta reconciliación fué á la vez un acto de humildad y de previsoría política.

Continuó entonces su marcha á Méjico, oyendo al paso en todas partes las quejas de los indios contra el despotismo de Motezuma. Los gobernadores no deseaban otra

cosa más que libertarse de él. Entre los caciques que recibieron á los españoles como unos libertadores, el de Tezcucó, una de las ciudades más considerables del Imperio, manifestó á Cortés el odio más violento al Emperador. ¿Pero qué hacía este monarca, señalado en todas partes como un tirano, al ver que un enemigo formidable llegaba á la capital?

La conducta de Motéuzuma revelaba la indecisión, síntoma de miedo y debilidad: tan pronto enviaba mensajeros á Cortés para invitarle á entrar en Méjico, tan pronto le enviaba á decir que se detuviese; pero el General español avanzaba siempre: cruzando las montañas de Chalco, llegó á Tezcucó y de allí á Iztapalapa. Al bajar de las montañas de Chalco, quedaron los españoles agradablemente sorprendidos á vista de un delicioso paisaje. A su frente se extendía un inmenso y delicioso país, donde se divisaba un lago semejante á un mar, y en medio de este lago, ciudades y villas que parecían salir del seno de las aguas. Entre las ciudades era fácil reconocer á la capital, notable por sus muchos templos. De-

---

tuviéronse los españoles á vista de tal espectáculo, cuya magnificencia excitaba su sorpresa y admiración, creyéndose transportados al país de las encantadoras. Olvidaron entonces los males que habían sufrido para no acordarse más que de la recompensa reservada á su constancia y valor; ya llegaban al término de sus afanes, y se distribuían con la imaginación los tesoros que encerraba la brillante capital: ya podía Cortés imponerles nuevos sacrificios y nuevas penalidades, porque prontos estaban á seguirle á todas partes. Así, el General, viendo el universal ardor y el entusiasmo que animaban á su ejército, trató de aprovecharse de ellos, avanzando, lleno de confianza, por una de las calzadas del lago, hacia el palacio del Emperador.

De repente se vieron salir de la ciudad como unos mil mejicanos que traían mantos de tela de algodón y penachos en la cabeza. Salían á recibir al ejército español, por lo que al acercarse saludaron al General con respeto y le anunciaron la próxima llegada del mismo Emperador. Poco después se descubrió la vanguardia de su

---

brillante comitiva, formada por doscientos hombres de la servidumbre del Emperador, los que traían también mantos blancos y penachos; pero caminaban descalzos, de dos en dos, y guardando un profundo silencio.

Así que llegaron al frente del ejército español, hicieron alto y se formaron á los lados de la calzada, para que llegase hasta los extranjeros otra comitiva de servidores de Motezuma, vestidos con mayor magnificencia. En el centro de esta comitiva descollaba el monarca sentado en una silla de oro llevada en andas por cuatro señores principales de su Imperio. Otros dependientes sostenían sobre la cabeza del monarca un dosel de tela, entretejida de plata, sobre la que ondeaban plumas verdes.

Precedían á esta comitiva ocho magistrados, llevando en la mano unos bastones de oro que levantaban de rato en rato con solemne gravedad. Cada vez que los magistrados levantaban sus bastones, el pueblo se prosternaba, tapándose la cara con las manos, como si se juzgase indigno de levantar los ojos hacia su soberano. Cuando

---

esta tropa llegó junto á los españoles, Cortés se apeó del caballo y se adelantó respetuosamente hacia Motezuma. En el mismo instante, el Emperador se levantó de su silla, y bajando de las andas, se adelantó lentamente hacia Cortés por encima de unas alfombras que los de su comitiva iban tendiendo para que no tocase con los piés en el suelo.

Cortés saludó al monarca á la usanza europea, y Motezuma contestó al saludo, besando su propia mano, con la que había tocado la tierra; signo, como ya se ha dicho, del mayor respeto entre aquellas gentes. Por esta causa, los mejicanos quedaron altamente sorprendidos de ver á un monarca tan orgulloso, que ni aun á los ídolos honraba más que con una inclinación de cabeza, rendir tal homenaje á los extranjeros. Ya no dudaron de que eran unas divinidades, y el nombre de *Teules*, que en lengua mejicana significa *dioses*, era repetido con frecuencia por los numerosos espectadores de esta escena.

Después de los primeros cumplidos, Cortés se quitó una cadena de piedras falsas

que llevaba sobre la armadura, y se la echó al cuello.

Motezuma, que pareció quedar muy satisfecho del regalo, mandó que trajesen al instante la alhaja más preciosa de su tesoro, que consistía en un collar de conchas muy raras, de cuyas puntas pendían cuatro cangrejos de oro. El mismo echó este collar al cuello de Cortés, lo que redobló la sorpresa de los mejicanos.

El Emperador era de mediana estatura y más bien delgado que grueso; tenía aire de majestad y viveza en sus miradas; su piel era menos tostada que la de los demás mejicanos, y tendría como unos cuarenta años. Traía un largo manto de fina tela de algodón, cubierto de joyas de oro, perlas y piedras preciosas. La corona de oro que llevaba en la cabeza era parecida á una mitra, y su calzado se componía de placas de oro macizo, sujetas con hebillas del mismo metal.

Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad, que no se llamaba entonces Méjico, sino Tenuchitlán. Los historiadores españoles aseguran que se contaban más de

veinte mil casas de un solo piso, y hablan también del extraordinario número y magnificencia de los templos que embellecían esta ciudad; pero sus relaciones son algo exageradas. En lo que no cabe duda, es en que la capital del imperio mejicano era muy grande y estaba muy poblada.

Un palacio, que por sus altas murallas y sus puertas, parecía desde lejos una fortaleza, fué el alojamiento adonde el mismo Motezuma condujo á los españoles. Según su costumbre, Cortés colocó en todas las avenidas centinelas y cañones, recomendando á sus oficiales y soldados que observasen la más exacta disciplina y estuviesen alerta para evitar toda sorpresa, porque desconfiaba, no sin fundamento, de la hospitalidad mejicana.



### III

Visita de Motezuma á Cortés.—Sacrificios humanos.— Muerte de Escalante, gobernador de Veracruz.— Motezuma es llevado prisionero al cuartel de los españoles.—Suplicio de Qualpopoca y de sus hijos.— Tentativa de Cortés contra los ídolos.—Proyectos de rebelión contra los españoles.—Situación crítica de Cortés.—Narvaez viene contra él.—Cortés sale de Méjico y marcha en busca de su enemigo.

Aquella misma noche fué Cortés visitado por el Emperador, que traía un magnífico acompañamiento. Después de las ordinarias atenciones de cortesía, el monarca y Cortés tomaron asiento familiarmente, uno al lado del otro, mientras que la comitiva de Motezuma y los españoles estaban de pié junto á la pared. Entonces el Emperador dirigió á Cortés un discurso, que fué en el acto traducido por Marina, y en el que fueron muy notables estas palabras: «Unos te habrán dicho que yo provengo de la estirpe de los dioses, y otros que soy un tira-

no orgulloso y sanguinario; ambas cosas son mentira.» En seguida distribuyó algunos regalos á los españoles que estaban presentes, y dando por terminada la visita, se volvió á su palacio.

Al día siguiente le pagó Cortés la visita, presentándose en la residencia imperial acompañado de sus principales oficiales. Esta vez la conversación duró más tiempo y giró sobre los usos y costumbres de los europeos. Cortés satisfizo á las repetidas preguntas del Emperador; pero haciendo que recayese el coloquio sobre punto de religión, y mostrándose horrorizado de los sacrificios humanos, así como de la costumbre establecida en Méjico de comerse los prisioneros de guerra. Al fin consiguió que Motezuma le prometiese desterrar de su mesa la carne humana.

Conforme ya se ha dicho, la nación mejicana consideraba los sacrificios humanos como el homenaje más grato á sus ídolos. Muchas veces la guerra que se hacía á los pueblos vecinos, no tenía más objeto que el de procurarse prisioneros para sacrificarlos en los altares de los dioses y comérselos

---

después. Solían á veces sacrificarse mil víctimas en un mismo día; algunos historiadores hacen subir este número á veinticinco mil (1). Si durante una larga paz, faltaban prisioneros que degollar, los sacerdotes representaban al Emperador que los dioses tenían hambre, y entonces el monarca mandaba publicar en todos sus dominios que los dioses querían tener un buen banquete, que era lo mismo que declarar una guerra general á todos los pueblos vecinos.

Cuando suficiente número de prisioneros había caído en poder de los mejicanos, eran conducidas las víctimas al atrio del templo. Poco después llegaba un sacrificador revestido con una túnica blanca, llevando en sus manos un idolillo, hecho con harina de cebada y miel, el que tenía los ojos verdes y los dientes amarillos. Subiéndose sobre una piedra que le permitía asomarse por enci-

---

(1) Este número deberá entenderse en un año, y aun en este período de tiempo, el cálculo es excesivo. Nuestro grave historiador Solís, que más bien peca de exagerado en sus narraciones, no hace subir el número de víctimas más que á veinte mil.—N. del T.

ma de la pared, presentaba aquella horrible figura á cada uno de los prisioneros, gritándole: «¡He aquí á tu dios!» Bajándose en seguida, marchaba á la cabeza de los prisioneros hacia el sitio en que los esperaban los otros sacrificadores. El director de estas execrables ceremonias se llamaba el Topilzin; su vestido, muy largo, estaba guarnecido con pedazos de tela encarnada; llevaba en la cabeza una corona de plumas verdes y amarillas, y le colgaban de las orejas y del labio inferior unos arillos de oro en que había engastadas piedras verdes. Su rostro era negro como el azabache, y tenía en la mano un cuchillo formado con un pedernal ancho y punzante. Le asistían otros cinco sacerdotes, cada uno con sus funciones particulares, y se inmolaban los prisioneros sobre una ancha losa.

Apartemos la vista de este horrible cuadro de una bárbara superstición y veamos cómo Cortés va á salir de la posición peligrosa en que le ha colocado su audaz empresa, pues no tardó en conocer que tanto él como su ejército, se hallaban en cierto modo á merced de un pueblo innumerable

y de un príncipe cuyo afecto le parecía poco sincero.

Los avisos que le daban los tlascaltecas, sus exhortaciones incesantes para que desconfiase de Motezuma, habían en fin, hecho conocer al General español los peligros de su posición. Bastaba, en efecto, cortar los puentes de las calzadas, para dejarle enteramente separado de tierra, y en este caso ¿cómo hubiera podido resistir á los ataques de un pueblo entero, que hubiera concluido por aniquilar aquel puñado de extranjeros á pesar de su valor? Un suceso lamentable, acaecido en Veracruz, aumentó todavía más la inquietud de Cortés. Supo que después de su partida, un general americano llamado Qualpopoca, había acometido á los pueblos que bajo la protección de los españoles, habían sacudido el yugo de Motezuma; que Escalante, gobernador de Veracruz, había querido socorrer á sus aliados, y que había quedado herido de muerte en una batalla contra Qualpopoca; que siete españoles habían perecido, y que otro, hecho prisionero, había sido muerto por los mejicanos. Cortés supo además, que la ca-

beza de este soldado había sido llevada en triunfo por las diferentes ciudades del Imperio, para probar que los españoles no eran inmortales, y que después este sangriento trofeo había sido enviado á Méjico.

Otros datos no le dejaron duda de las intenciones hostiles de los mejicanos: algunos fieles tlascaltecas le informaron de que los principales ministros del Emperador hacía algún tiempo que tenían conferencias secretas, en las que se tramaba una conspiración contra los españoles. Cortés tomó una resolución atrevida, decisiva, que comunicó á sus oficiales, insistiendo en la necesidad de su pronta ejecución. Se trataba nada menos que de apoderarse de la persona de Motezuma: en una palabra, llevársele preso, como una prenda que garantizaba la seguridad del ejército español y de su jefe.

Cortés se valió tan pronto de buenas razones como de amenazas, para determinar al Emperador á que pasase al cuartel de los españoles. El Emperador se mantenía inflexible, hasta que el joven oficial español, Velázquez de León, exclamó con gesto amenazador: «¿Para qué son tantos mira-

mientos? ¡Apoderémonos de ese hombre á la fuerza, ó matémosle si se atreve á resistir! » Motezuma preguntó al intérprete que significaban aquellas palabras tan coléricamente pronunciadas, y Marina al explicárselas, tuvo cuidado de insinuarle que era perdido si no se sometía inmediatamente á la voluntad de Cortés. Entonces aquel príncipe que al principio había manifestado alguna energía, cayó en un profundo abatimiento. Temblando por su vida, se resignó á seguir á Cortés, anunciándole que estaba pronto á ir al cuartel de los españoles.

Cortés procuró hacer más llevadero el cautiverio del monarca, permitiendo á sus principales funcionarios que viniesen á visitarle; no obstante, bajo pretexto de evitar confusión, no permitía que se reuniese gran número de visitas en el aposento de Motezuma. En cuanto á éste, continuó manifestándose alegre, para engañar á sus vasallos y no dejarles sospechar el oprobio de su situación. Fiel á este sistema de disimulo, manifestaba el mayor cariño á los españoles, sin embargo de que realmente eran sus carceleros.

Durante estos sucesos, Qualpopoca, su hijo y cinco de sus capitanes, llegaron á Méjico en virtud de la orden dada por Motezuma. Este, que persistía en sostener que había obrado contra sus instrucciones, los abandonó á la justicia de los españoles. Formóseles un consejo de guerra, ante el cual aquellos infelices prestaron las más explícitas declaraciones, y en consecuencia fueron sentenciados á ser quemados vivos. Hasta entonces habían tomado sobre sí la responsabilidad de su conducta, esforzándose por disculpar á su soberano; pero su valerosa lealtad se desmintió á vista del suplicio, declarando antes de morir que habían obedecido á las órdenes de Motezuma. Apenas hicieron esta confesión, mandó Cortés que los llevasen al sitio en que había de cumplirse la sentencia, y acompañado de algunos oficiales y un soldado que llevaba unos grillos, se presentó en la habitación de Motezuma. «Los culpables—le dijo—han declarado al fin que habéis sido la causa del crimen cometido por orden vuestra: la justicia exige que seáis castigado como ellos.» Apenas dijo estas

palabras, salió sin esperar respuesta, haciendo seña al soldado de que pusiese los grillos á Motezuma. No opuso éste resistencia á la humillación vergonzosa que le hacían sufrir, lo que, por otra parte, de poco le hubiera servido; antes figurándose que también iban á conducirlo al suplicio, se abandonó á una violenta desesperación.

Cuando los sentenciados exhalaban el último suspiro, Cortés volvió á presentarse á Motezuma y le dijo: «Ahora ya queda satisfecha la justicia, y la muerte de los cómplices ha expiado vuestro crimen.» En seguida mandó que le quitasen los grillos, lo que hizo pasar á Motezuma desde la desesperación á la más viva alegría, dando las gracias y abrazando á Cortés como á su libertador.

El poder de los españoles parecía suficientemente asegurado en Méjico; pero el prudente Cortés se consideraba como encerrado en una isla, y discurría sin cesar el medio de abrirse paso para salir de la capital, aun en el caso en que los mejicanos llegasen á romper los diques y calzadas. Así en sus coloquios con Motezuma, le ha-

blaba con frecuencia de la construcción extraordinaria de los navíos europeos, á ver si excitaba su curiosidad y manifestaba deseos de contemplar tan maravillosas embarcaciones. Habiendo al fin Motezuma manifestado este deseo, Cortés le prometió procurarle esta satisfacción, y por orden del Emperador se enviaron suficientes indios de carga á Veracruz, para transportar hasta Méjico los restos que aún se conservaban de los navíos españoles. Otros obreros fueron á cortar en los vecinos bosques las maderas necesarias, y en poco tiempo quedaron contruidos dos bergantines, en los que algunas veces salía á paseo el monarca enajenado de gozo. El General español se aprovechaba de estos paseos para estudiar la situación del lago y de todas sus cercanías.

Conforme ya se ha visto, Motezuma se había manifestado muy docil á las exigencias de Cortés; pero cierto día le envió á llamar, y Cortés, que no ignoraba las secretas entrevistas de su prisionero con los sacerdotes y los principales de la nación, tomó las precauciones que autorizaba su

---

justa desconfianza, presentándose á Motezuma con doce de sus valientes compañeros. El aire sombrío que advirtió en el semblante del monarca, le confirmó en sus sospechas; pero mayor fué su asombro cuando Motezuma, cogiéndole de la mano, le dijo con voz casi amenazadora: «Que esperaba dispusiese cuanto antes su partida, supuesto que ya había desempeñado la comisión que su monarca le había confiado.» Era la primera vez que el Emperador se expresaba con tanta firmeza y resolución.

Cortés se volvió al instante hacia uno de los oficiales que le acompañaban, y le dió secretamente la orden de poner la tropa sobre las armas; después, sin manifestar la menor turbación, respondió á Motezuma que deseaba vivamente volver á su patria; pero que tenía necesidad para ejecutarlo de construir algunos navíos que sustituyesen á los que habían sido destruidos; que por lo tanto suplicaba al monarca diese órdenes para que los españoles fuesen ayudados en este trabajo largo y difícil.

Motezuma, al escuchar estas palabras,

hizo tales demostraciones de alegría, que no dejaron duda ninguna á Cortés de cuáles eran las disposiciones del monarca y de su pueblo: el Emperador saltó al cuello del General, abrazándole una y más veces, y asegurándole que los mejicanos y sus dioses quedarían igualmente satisfechos de aquella declaración, porque pedían con la misma impaciencia la salida de los extranjeros. Cortés conoció cuánta astucia era menester para salir de aquel compromiso y evitar los peligros que le amenazaban: continuó disimulando sus verdaderas intenciones, y después de haber dado públicamente y en voz alta la orden de construir los navíos, encargó á los carpinteros españoles que trabajasen con excesiva lentitud, para dar tiempo que llegasen los refuerzos que esperaba de España.

Ocurrió por entonces el acontecimiento que mejor puso á prueba la intrepidez de Cortés, y que estuvo á pique de arruinar su prosperidad. Cierta día, Motezuma le avisó que tenía una noticia muy importante que comunicarle, y cuando el General español se presentó á saberla, desarrolló

---

una tela de algodón, en la que estaban pintadas, á la manera de los mejicanos, diez y ocho embarcaciones europeas. El correo que había traído aquel cuadro al Emperador, declaraba que todas aquellas embarcaciones estaban ancladas en la costa.

Esta noticia colmó de alegría á Cortés, figurándose que en aquellos navíos venían los refuerzos que aguardaba, y que, al mismo tiempo, le traerían el nombramiento en debida forma, de gobernador de todos los países que había descubierta; pero una carta de Sandoval, gobernador de Veracruz, disipó todas sus ilusiones. Por ella supo que la referida escuadra había sido equipada por Velázquez, el que había mandado á Narvaez (1), jefe de la expedición, que hiciese prisioneros á Cortés y todos sus

---

(1) Pánfilo de Narvaez, natural de Valladolid, hombre ambicioso y de altivo carácter. Pasó con treinta hombres desde la Jamaica á Cuba, y ayudó á Diego Velázquez en la pacificación de esta isla. Después fué gran privado del gobernador, que le confió la escuadra.—N. DEL T.

partidarios, y los llevase á Cuba para que fuesen juzgados.

La posición de Cortés se agravaba de día en día, complicándose con nuevas dificultades y nuevos peligros. Si se decidía á marchar en contra de un ejército europeo, dos veces más fuerte que el suyo, le era preciso abandonar á Méjico, y abandonándole, perdía el fruto de tantos trabajos y tantos esfuerzos. Por otra parte, ¿qué esperanza podría tener de la victoria, combatiendo con un enemigo que le igualaba en valor y destreza militar, y cuyos adalides no estaban quebrantados con tan prolongadas marchas y tan continuos combates como los de Cortés? Pero si esperaba en Méjico á Narvaez, se esponía á tener dos enemigos con quien combatir, porque los mejicanos no hubieran desperdiciado una ocasión tan favorable á sus deseos y á sus proyectos de venganza. ¿Debería desarmar la cólera de Velázquez con una sujeción voluntaria, y entregar su cabeza á los jueces de Cuba, hartos dispuestos á sacrificar un rival á la envidia y rencor del gobernador?

Pero las más desconsoladoras noticias se sucedían y se multiplicaban, anunciándole á cada instante reveses. Supo que un cierto número de sus soldados había seguido las banderas de Narvaez, y al mismo tiempo, éste hacía publicar que Cortés y sus partidarios, traídos á su soberano, habían sin orden suya declarado la guerra á los mejicanos, para sujetarlos, y que él, Narvaez, venía á castigar este delito, por lo que era preciso que Motezuma le ayudase al justo castigo de los facinerosos que habían invadido sus estados.

Cortés, viendo que no había más remedio que apelar á las armas, se preparó á una lucha desesperada. Dejó á su teniente Alvarado en Méjico con ochenta hombres, encargándole se condujese con la mayor prudencia con los mejicanos, y tuviese el más profundo respeto á Motezuma, que prometió seguir en el alojamiento de los españoles hasta el regreso de Cortés. Tomadas estas disposiciones, salió éste de Méjico, marchando con su pequeña tropa al encuentro del orgulloso Narvaez.



Reunión de Cortés y Sandoval.—Narvaez, sorprendido en Cempoala, es hecho prisionero.—Sus tropas se incorporan á las de Cortés.—Regreso de Cortés á Méjico.—Rebelión de los mejicanos.—Motezuma se presenta al pueblo para apaciguarle.—Es herido.—Su muerte.—Quetlavaca su hermano le sucede.—Heroico designio de dos jóvenes americanos.—Construcción de un puente volante.—El general español se apresura á salir de Méjico.—Principio de la retirada.—Rotura de un dique.—Combate.—Intrepidez de Cortés.—Exterminio de parte de las tropas españolas.—La noche de la desolación.—Horribles padecimientos.—Batalla de Otumba.—Cortés se apodera del estandarte imperial.—Llegada de refuerzos.—Muerte de Quetlavaca, sucesor de Motezuma.—Guatimocín nuevo Emperador.

Cortés había mandado á Sandoval, gobernador de Veracruz, que viniese á reunirse con los pocos españoles que mandaba. Confió éste la custodia de la colonia á los indios sus aliados, y salió al encuentro de su General, reuniéndose con él á doce millas de Cempoala donde estaba Narvaez. Las tropas reunidas de Sandoval y de Cor-

tés, no formaban más que un batallón de doscientos cincuenta hombres, y sin embargo, el animoso Cortés no persistió menos en atacar á un enemigo que le era tan superior en número.

Hizo una nueva tentativa para amansar el intratable genio de Narvaez, porque estremecido con la idea de una guerra civil, quería que toda la odiosidad de ella recayese en el teniente de Velázquez, pero este contestó á los mensajes de Cortés con injurias y amenazas. Lejos de intimidarse por la jactancia de su adversario, Cortés avanzó hasta Cempoala, y cuando sólo distaba una milla, Narvaez salió de la población para dar la batalla. Una abundante lluvia que cayó en aquel día, y la posición ventajosa que había tomado Cortés al otro lado de un arroyo, impidieron á Narvaez el que le atacase. Ya se quejaban las tropas de este último de las fatigas que habían sufrido á las órdenes de un general que no era muy de su agrado, y al anochecer tuvo que entrarse en la población.

Entonces Cortés concibió un atrevido proyecto, cual fué el aprovecharse de la os-

---

curidad de una noche lluviosa y sorprender al enemigo que no debería estar vigilante. Resuenan de improviso los terribles gritos de guerra que lanzan Cortés y sus intrépidos soldados. Narvaez entonces conoce, aunque tarde, su error, y en el momento en que trata de abrirse paso con espada en mano, cae sin conocimiento herido de un lanzazo que le echó un ojo fuera.

Una circunstancia singular facilitó la sujeción de las tropas de Narvaez. Habían descubierto en la oscuridad de la noche el brillo de una inmensa cantidad de lucecillas, que se les figuraron las mechas encendidas de un cuerpo de arcabuceros que venía en el ejército de Cortés, porque en aquella época todavía no se usaban las piedras de chispa en las armas de fuego, sino unas mechas; pero las luces vistas por los soldados de Narvaez eran producidas por los gusanos de luz, que en América son mayores que los insectos de esta clase que se encuentran en Europa.

Cortés se manifestó después de la victoria humano y aun generoso, porque no sólo trató á los prisioneros con el mayor

---

afecto, sino que les hizo algunos regalos, dejándolos en libertad de alistarse en sus banderas ó volver á Cuba: casi todos eligieron el primer partido. De esta manera el afortunado General vió reforzado su ejército con ochocientos soldados. En cuanto á Narvaez, apenas volvió en sí y se vió cargado de cadenas y en poder de un enemigo al que había tratado con insolente desprecio, estuvo á pique de morir de dolor y de vergüenza. Cortés quiso verle; pero respetando su infortunio con un acto de delicadeza, entró sin darse á conocer, en el aposento en que Narvaez estaba acostado. La actitud respetuosa de los soldados hizo que Narvaez conociese quien era, y volviéndose á Cortés le dijo: «Señor capitán, bien podéis estar contento por la dicha que habéis tenido en hacerme prisionero.» El terco orgullo de Narvaez merecía una severa respuesta. «Buen hombre, le contestó Cortés, todo lo que Dios hace está bien hecho; sin embargo, os juro que mi victoria y vuestra prisión son, en mi concepto, hechos de bien poca importancia para que pueda envanecerme por ellos.» Después de haberle dado

esta justa lección, Cortés mandó que fuese conducido á Veracruz, donde debía quedar arrestado.

Apenas gozaba Cortés algunos instantes de reposo en el teatro de su triunfo, cuando recibió la funesta noticia de la rebelión de los habitantes de Méjico, contra los españoles que había dejado en esta ciudad. Alvarado, que se sostenía con dificultad en su fortaleza, pedía pronto socorro, y el mismo Motezuma enviaba uno de sus correos, suplicando á Cortés que volviese cuanto antes á la capital, donde dominaba la insurrección victoriosa.

No había un momento que perder, por lo que Cortés se dirigió con su ejército á la capital, pasando por Tlascala. Los tlascaltecas, sus ardientes partidarios, pusieron todas sus tropas á su disposición; pero no llevó consigo más que dos mil hombres.

Se temía que le costaría trabajo el entrar; pero encontró los puentes en el mismo estado que los dejó á su salida. Entró, pues, en Méjico con su ejército, disponiendo de fuerzas considerables; y con el doble prestigio de la victoria y el poder, hubiera fá-

cilmente triunfado de la insurrección, si hubiera sabido portarse con aquella moderación que exigía una previsora política; pero la prosperidad le había deslumbrado, y se creyó que ya no le eran indispensables la sagacidad y la prudencia. Se manifestó violento y altivo, alcanzando sus desprecios al mismo Motezuma. Se imaginó que comprimiría fácilmente la rebelión con la fuerza, y la primera providencia que tomó fué enviar á Ordaz, uno de sus mejores oficiales, á la cabeza de cuatrocientos hombres escogidos entre españoles y tlascaltecas, para indagar el estado de la población é informarse de si disponía nuevos ataques. Ordaz salió con su destacamento; pero apenas se hubo internado en una calle, cuando le salió al encuentro una tropa de mejicanos armados. Marchó hacia ellos para coger algunos prisioneros á quienes se pudiese preguntar; pero los mejicanos se replegaron al instante. Esta era una astucia suya para atraer á los españoles á una emboscada, y Ordaz, que se empeñó en perseguirlos, se vió de repente envuelto y atacado por los muchos mejicanos que le

esperaban. Al mismo tiempo le arrojaban desde lo alto de las casas, coronadas de gente, piedras, flechas y venablos. Ordaz no se apuró en tan crítica situación; formó el cuadro con su gente, colocando en sus lados á los que tenían lanzas, y en el centro á los que tenían arcabuces, para que disparasen contra los enemigos que estaban en los terrados y ventanas, mientras que los otros rechazaban á los acometedores con sus lanzas. Dió entonces la orden y el ejemplo de romper por donde más compactas se presentaban las masas de los mejicanos. Tan vigoroso ataque les obligó á retirarse, y Ordaz pudo llegar al alojamiento, no habiendo perdido más que un soldado español y ocho tlascaltecas; pero quedando herido, así como casi todos sus soldados.

Al día siguiente el enemigo dió un nuevo asalto, y aunque rechazado esta vez con una pérdida enorme, no por eso dejó de renovar sus tentativas contra el fuerte en los siguientes días.

En uno de estos encarnizados ataques de los mejicanos, Motezuma quiso evitar la efusión de sangre, presentándose á su pue-

blo con todos los atributos de su poder, con toda la pompa ante la que se humillaba con respeto la servil obediencia de sus vasallos, y creyendo que su voz conservaba aún su antiguo ascendiente para con ellos.

Se reviste apresuradamente con su manto imperial, se pone la diadema en la cabeza, y realzando todavía más el esplendor de su traje con un adorno guarnecido de piedras preciosas que no se usaba más que en los días de gran ceremonia, sale de su habitación acompañado de los principales mejicanos que entonces se hallaban en su compañía. Uno de ellos, subiendo á lo alto de la muralla, anuncia al pueblo sorprendido la llegada de su Emperador, que desea saber el motivo de sus quejas, y ofrece á sus vasallos su paternal mediación entre ellos y los extranjeros, que también son huéspedes suyos.

Al sólo nombre de Motezuma, los mejicanos cesaron de combatir y el silencio sucedió á los alaridos con que atronaban los aires. Entonces el monarca subió á la muralla, y á su vista el pueblo, penetrado de

respeto á su soberano, permaneció silencioso é inmóvil. El Emperador buscó con la vista entre la multitud á los que tenían más influencia sobre ella, los llamó por su nombre, y dirigió un discurso al pueblo que tan resuelto se mostraba, tan fiel á su soberano, y que con tanto valor lidiaba por su libertad.

Cuando acabó de hablar, el silencio duró todavía por algunos minutos; después empezó un ruido sordo causado por violentos murmullos, y que aumentándose sucesivamente terminó en voces sediciosas y vehementes excitaciones á la rebelión.

Motezuma, queriendo responder, hizo seña con la mano para imponer silencio, pero no quisieron escucharle. Los gritos se aumentaban; por último, muchas piedras y flechas fueron arrojadas contra el monarca. Los dos soldados que Cortés había puesto á su lado, quisieron ampararle con sus escudos, pero ya era tarde; le habían alcanzado algunas flechas, y además vino á darle en la cabeza una piedra lanzada con tal furia y violencia, que le hizo caer sin conocimiento al pié de los españoles.

El General español mandó que trasportasen al instante á su habitación al desgraciado príncipe que no daba señales de vida, dando sus órdenes para que le prodigarán todos los cuidados que reclamaba su desesperada situación, y después acudió á vengarle; pero ya no era tiempo. Apenas los mejicanos vieron caer á su Emperador, cuando sorprendidos y aterrados se dispersaron á la vez, como si temiesen que el rayo viniese á castigar su delito cayendo sobre sus cabezas.

Entre tanto el infeliz monarca había recobrado el uso de sus sentidos; pero en un estado que inspiraba compasión. Se enfurecía al recordar de qué modo tan infame le habían tratado sus mismos vasallos. Expiró maldiciéndolos, y hasta su último suspiro se negó á las instancias de los españoles, para que abrazase la religión cristiana.

Los mejicanos eligieron por sucesor de Motezuma á su hermano, llamado Quetzalcoatl, el que hasta entonces había sido cacique de Iztapalapa. El primer acto del nuevo Emperador, fué la continuación de las hostilidades contra los españoles, y su

estreno militar una empresa que les hizo correr mucho peligro. Colocó sus mejores campeones sobre los terrados y sobre la plataforma del templo principal, adonde hizo llevar piedras y maderos para arrojarlos al patio principal del alojamiento de los españoles. Cortés, que ya se ocupaba en los preparativos de su retirada, se vió comprometido á retardarla, hasta desalojar á los enemigos de una posición desde la que podían aplastar con facilidad á sus tropas.

Encargó esta operación á Escobar, uno de sus más intrépidos capitanes, poniendo á sus órdenes un fuerte destacamento compuesto de lo mejor del ejército, y el mismo Cortés se encargó de ahuyentar al enemigo de las calles, cubriendo la retaguardia de los españoles en el momento de atacar el templo. Escobar llegó con facilidad hasta el pié de las gradas y aun subió hasta el medio de ellas; pero fué necesario que Cortés acudiese á socorrerle para que los españoles pudiesen ganar la cumbre de la plataforma.

Entonces fué cuando dos jóvenes ameri-

---

canos se distinguieron con un acto de sublime patriotismo. Habían jurado sacrificarse por la salvación de su patria, y para verificar su generosa resolución se acercaron en actitud de súplica al General español que andaba combatiendo: creyó éste que deseaban rendirse, y no le ocurrió al verlos sospecha ninguna. Apenas estuvieron junto á Cortés, que iba á tenderles la mano, como para ponerlos bajo la salvaguardia de su clemencia, cuando se agarraron á él, y llevándole á la parte más elevada del edificio, hicieron su empuje, y fuertemente asidos á su cuerpo se precipitaron desde el borde de la galería. Esperaban llevarse consigo á Cortés; pero éste, que conoció su intención, se agarró con tal fuerza al borde, que logró desprenderse de los dos mejicanos: bajaron éstos á estrellarse en las losas, víctimas de una resolución que de nada sirvió á su desdichada patria, pero que fué admirada, según dicen, por el mismo Cortés.

Sólo la muerte del último mejicano de cuantos defendían el templo, puso fin á la carnicería: se asegura que perecieron qui-

nientos, todos de las principales familias de Méjico.

Al día siguiente los mejicanos permanecieron tranquilos y como si abandonasen el ataque del alojamiento español. Cortés entonces empezó los preparativos de su marcha; pero las disposiciones del enemigo estaban muy lejos de ser pacíficas. Había jurado exterminar hasta el último de los españoles, y el tiempo de su aparente inacción estaba destinado á combinar un nuevo plan que dejase más segura su venganza. Querían cortar la retirada á los españoles, y cortando los puentes de los diques, sitiárlas por hambre, quitándoles los medios de procurarse víveres.

Pero Cortés, meditando cómo desconcertar el proyecto de los mejicanos, hizo construir con celeridad un puente volante, para irle echando sucesivamente en todas las cortaduras de la calzada y establecer así las comunicaciones. Así que estuvo acabado, fijó la retirada para la noche siguiente, esperando que sería favorecida por la oscuridad y por las creencias supersticiosas del enemigo.

Al acercarse la noche, dividió sus tropas en tres columnas, dando á Sandoval el mando de la primera ó de vanguardia; él quiso mandar la columna del centro, y Velázquez de León, pariente cercano del Gobernador de Cuba, se puso á la cabeza de la tercera que formaba la retaguardia.

A media noche empezó esta retirada con visos de huida, con el mayor silencio para no llamar la atención del enemigo, y la lluvia que estaba cayendo, como que favorecía la salida de las tropas españolas. No encontraron obstáculo ninguno hasta la calzada de Tacuba, hacia donde se dirigían, no figurándose que estuviese cortada, por hallarse en dirección opuesta al camino que habían seguido los españoles para entrar en la ciudad.

Los mejicanos habían tenido buen cuidado de cortar esta calzada, y fué preciso echar el puente volante sobre la cortadura, que se franqueó sin dificultad; pero en el momento en que las tropas llegaban á otra cortadura que se disponían á pasar de la misma manera, se oyeron de improviso los gritos de guerra; el lago se cubrió al ins-

tante de canoas, y una granizada de flechas y de piedras fué el primer anuncio del combate más terrible de que hace mención la historia: combate cuyo horror era aumentado por un conjunto de diversas circunstancias.

Cortés se manifestó heroico, verdaderamente heroico en esta espantosa noche; sólo él conservó su saangre fría y su firmeza; sólo él no desesperó de la salvación del ejército. Reuniendo como unos cien hombres hizo los mayores esfuerzos para abrirse paso hasta la segunda y luego hasta la tercera cortadura de la calzada. Al fin triunfó su valor y llegó á tierra firme, sirviéndole de puente los cadáveres de sus enemigos que llenaron el hueco de las cortaduras.

¿Pero qué le importaba la salvación? El peligro de la mayor parte de sus soldados le llama al teatro de duelo y de matanza: escoge entre los que se han salvado los pocos que no estaban heridos y vuelve con ellos al sitio del peligro. Logra incorporarse con parte de sus compañeros, que seguían por la calzada, el camino que él les

había abierto, mas ¡ah! todavía quedaban muchos desgraciados que salvar. Escuchábanse los lúgubres acentos de los españoles que habían caído vivos en poder de un enemigo feroz, que los llevaba al templo para inmolarlos en los altares de sus divinidades. Cortés quería ir á libertarlos; mas en vano trata de llegar hasta ellos; obstáculos insuperables se le oponen, y le es preciso limitarse á proteger y asegurar la retirada de los pocos soldados que sobreviven á este gran desastre.

Cuando salió la aurora, Cortés pudo conocer la extensión de sus pérdidas, y no pudo reprimir sus lágrimas al ver cuántos valerosos compañeros de armas le faltaban. La mayor parte de sus tropas había perecido á manos del enemigo, ó en las aguas del lago; dos mil tlascaltecas habían sucumbido con más de la mitad de los españoles. Entre los muertos se contaba Velázquez de León y otros muchos intrépidos oficiales, y casi todos los que se habían salvado estaban cubiertos de heridas: nada se había podido salvar de la artillería, municiones y bagajes, y cuantos tesoros se

habían reunido se perdieron también casi en su totalidad.

Un nombre que caracteriza esta espantosa derrota ha perpetuado su recuerdo: la noche tan fatal á los españoles es conocida hoy día en Nueva España con el nombre de *Noche triste*.

En Tamba fué donde los fugitivos españoles hicieron alto por la primera vez desde su salida de Méjico; pero no se detuvieron mucho tiempo en este paraje. No podían contar más que con la hospitalidad de los tlascaltecas, y para llegar á su capital era preciso costear toda la parte septentrional del gran lago mejicano. Como los españoles se hallaban entonces en la parte occidental, tenían que atravesar países desconocidos, en los que no esperaban encontrar los bastimentos que tan necesarios eran á las tropas fatigadas con una larga caminata. A pesar de todo, este era el único partido que Cortés podía tomar para salvar los restos de su ejército, por lo que se dirigió á Tlascala.

La marcha de los españoles al través de inmensas soledades, donde no encontraban

---

para alimentarse más que frutas silvestres, raíces y tallos verdes de maíz, fué una serie de horribles padecimientos.

Hacía ya cinco días que caminaban de esta suerte las tropas españolas; pero todavía no habían llegado al término de sus males. La joven Marina, que lo mismo que Aguilar, pudo salvarse de la catástrofe de la Noche triste, había oído decir muchas veces á los mejicanos en sus repetidos ataques contra los españoles: «Id, malvados, caminad al sitio en que recibiréis el castigo de vuestros delitos.» El sentido de estas palabras encerraba un enigma que no se adivinó hasta que al sexto día llegaron al valle de Otumba. Desde una altura inmediata á este paraje, descubrieron los españoles con espanto, allá á lo lejos, los numerosos batallones indios que cubrían la llanura. Aquellos mismos que hasta entonces habían conservado toda su serenidad, no pudieron menos de estremecerse á vista de tantos y tan nuevos enemigos como se presentaban para combatir. Cortés, á prueba de todos los reveses de fortuna, reanimó el valor de sus soldados, haciéndolos com-

---

prender en una enérgica alocución, que había llegado el momento de vencer ó morir, y vió al instante marchar á sus tropas en busca del enemigo que no esperaba tan impensado acometimiento.

Había inspirado Cortés tal ardor á sus valientes, que rompieron hasta el centro del ejército mejicano, sembrando el camino de muertos y moribundos; pero bien pronto, agobiados de fatiga, apenas podían manejar sus armas, y envueltos y acosados por la muchedumbre de los mejicanos, iban ya á sucumbir todos en lucha tan desigual, cuando una repentina inspiración de su jefe los salvó y les dió la victoria. Divisando á lo lejos al General del ejército enemigo, que llevaba el estandarte del imperio, se acordó de que la pérdida de este estandarte era para los mejicanos la señal de la derrota. Reunió al instante á sus capitanes que tenían caballo, y se precipitó con ellos sobre la tropa que custodiaba el estandarte, la dispersa y de un bote de lanza tiende á sus piés al General mejicano. Uno de los jinetes echa pié á tierra, remata de una estocada al General

y se apodera del estandarte, á cuyo tiempo las demás banderas se rinden á los españoles, y los mejicanos, despavoridos, huyen arrojando sus armas.

Esta victoria, que dejaba á los españoles franco el camino de Tlascala, les proporcionó también un botín considerable; oportuna indemnización de los tesoros que habían tenido que abandonar en Méjico, porque los enemigos, dando por suya la victoria, habían venido adornados con sus más ricas preseas, que fueron despojo de los soldados de Cortés.

Al día siguiente entraron en el territorio de los tlascaltecas, que los recibieron con su acostumbrada benevolencia, y así pudieron disfrutar algún descanso. Hallábase todavía en Tlascala cuando Cortés recibió una noticia que le colmó de alegría, porque iba á recibir un inesperado refuerzo de soldados y municiones de toda especie.

Velázquez, gobernador de Cuba, dudaba tan poco del triunfo de Narvaez, que sin esperar noticias suyas, le envió otros dos navíos cargados de municiones, dando á los comandantes de estos navíos nuevas

---

instrucciones para el General. El gobernador de Veracruz hizo mañosamente que los dos buques entrasen en el puerto, y apoderándose de ellos sin dificultad, determinó á las tripulaciones á que sirviesen á las órdenes de Cortés. Poco tiempo después llegaron á la costa otros tres grandes navíos que formaban parte de una escuadra considerable, equipada por el gobernador de la Jamaica para hacer nuevos descubrimientos; pero los capitanes, habiéndose dirigido hacia las provincias septentrionales de Méjico, habían encontrado pueblos pobres y belicosos que les hicieron mal recibimiento. Después de penosas excursiones y sin útil resultado, habían venido á parar al puerto de Veracruz, é invitados allí á incorporarse á las tropas de Cortés, le procuraron tan considerable refuerzo de armas y municiones de guerra, que el ejército se encontró tan numeroso como en el momento de entrar en Méjico, y se creyó con él capaz de conquistar todo el Imperio. Los tlascaltecas y los otros pueblos indios aliados suyos, le facilitaron un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Otro suceso que concurrió á favorecer sus proyectos contra Méjico, fué la muerte del nuevo emperador Quetlavaca, que mandaba á los mejicanos en la *Noche triste*.

Los mejicanos eligieron por Emperador en lugar de Quetlavaca, á un cercano pariente de Motezuma llamado Guatimocín. Este, que no carecía de valor ni de previsión, apresuró la ejecución de los trabajos empezados por orden de su predecesor, y cuando llegaron á su noticia los nuevos preparativos de los españoles, reunió en su capital gran número de guerreros convocados de todas las provincias del imperio. Guatimocín estaba dispuesto á oponer una desesperada resistencia al enemigo.

Cortés, avisado de lo que pasaba en Méjico, no se arredró por las nuevas dificultades de su empresa, y se puso en camino á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del Imperio.

## V

Marcha de los españoles á Méjico.—Llegada á Tezcucoco.—Perfidia de un cacique.—Preparativos de defensa en Méjico.—Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.—Conspiración contra él.—Plan de los conjurados.—Los trece bergantines.—Ataque de Méjico.—Desastres.—Nuevos aliados.—Los españoles entran en Méjico.—Un desafio.—Guatimocín cae prisionero.—Sumisión de los mejicanos. Guatimocín y su ministro puestos en el tormento.—Reedificación de Méjico.—Muerte de Guatimocín.—Regreso de Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Méjico.—Descubrimiento de la península de la California.—Cortés vuelve á España.—Su muerte.

Había llegado ya el ejército á las cercanías de Tezcucoco, cuando se presentaron embajadores, enviados por el cacique de esta ciudad para convidar á Cortés á que descansase en ella por la noche, ofreciéndole cuanto sus tropas pudiesen necesitar, pero diciendo que los indios auxiliares debían acampar fuera de la población.

Pareció este convite sospechoso á Cortés, que juzgó debía dejar para el día siguien-

te su entrada en Tezcucó. Satisfecho pudo quedar de su previsión, porque al entrar al otro día por la mañana en la ciudad la encontraron desamparada. Cortés se apoderó al instante de las plazas principales, en las que formó sus tropas en batalla. Al fin se atrevieron á llegar algunos habitantes, por los que se supo que el cacique había formado el proyecto de aniquilar á todos los españoles en la noche anterior, y que había huído, creyendo ya descubierto su designio.

Conoció Cortés que le sería imposible apoderarse de Méjico, sin tener á su disposición una flotilla de pequeños buques de guerra para dispersar las canoas mejicanas. No había en todo su ejército más que dos ó tres carpinteros: era preciso cortar las maderas de construcción en los bosques de Tlascala, y todos sus soldados no bastaban para transportar estas maderas hasta Tezcucó; pero el valor de Cortés se aumentaba tanto á vista de las dificultades como de los peligros; ¡necesita una escuadra y la tendrá!

Puso bajo la dirección de sus carpinteros

un gran número de tlascaltecas para que les sirviesen de obreros, y en tanto que se activaban estos trabajos, empezó á tomar sus medidas para rendir por hambre la ciudad. Sometió muchas poblaciones inmediatas, atrayendo otras á sus intereses, haciendo alianza con ellas. Esta inesperada defección afligió á Guatimocín, pero sin desanimarle.

Por este tiempo se vió Cortés expuesto á un gran peligro, y en el momento en que se disponía á destronar á Guatimocín y conquistar sus estados, una conspiración iba á estallar para destruir sus proyectos y tal vez hacerle perder la vida.

Los antiguos soldados de Narvaez, que se habían incorporado en su ejército, le seguían á disgusto, quejándose altamente de que habían sido engañados en sus esperanzas de fortuna por el nuevo General, que les había prometido riquezas inmensas. En vísperas de dar el primer asalto, se asustaban con la perspectiva de los azares de una lucha que debía ser larga y sangrienta. Un simple soldado, por nombre Villaña, que reunía suma resolución á una

---

sagacidad poco común, había permanecido fiel al partido de Velázquez: viendo el descontento general de sus compañeros, supo hábilmente aprovecharse de él para formar el proyecto de asesinar á Cortés y á sus principales capitanes, nombrando después otro general que volviese el ejército á Cuba. Los conjurados deberían sorprender á Cortés en el momento en que estuviese á la mesa con sus oficiales, y cayendo sobre ellos, procurar que el General fuese la primera víctima. Uno de los cómplices sufrió tales remordimientos que fué á presentarse á Cortés para darle parte de la conspiración.

Marchó Cortés en seguida al alojamiento de Villafaña, que turbado á vista del General, confesó su crimen sin intentar disculparse. Cortés le mandó arrestar, y le encontraron un papel que ocultaba con mucho empeño: era la lista de los conjurados, entre los que se contaban muchos que Cortés creía fieles á su causa; pero la prudencia le imponía silencio, y se guardó muy bien de revelar su asombro é indignación al recorrer aquella lista. No se impuso más

castigo que el de horca al jefe de los conjurados.

Al día siguiente por la mañana, reunió sus tropas como para una revista, y al dirigirse á los conjurados cuyos nombres estaban inscritos en la lista, ellos temblaban todos; pero Cortés, aparentando que no advertía su turbación, les refirió las maquinaciones é intrigas de Villafaña, y después de haberles participado el castigo del traidor, los tranquilizó completamente, asegurándoles que habían sido inútiles todas las pesquisas para averiguar los cómplices de su delito.

Los culpables, persuadidos de que no habían sido descubiertos por Cortés, empezaron á respirar y se prometieron ser en lo sucesivo fieles al General.

Entre tanto, se hallaban ya prontos los materiales para la construcción de los trece bergantines; pero faltaba trasladarlos desde el territorio de Tlascala á Tezcucó. Esta marcha tan penosa ofrecía un espectáculo enteramente extraordinario. En el centro iban ocho mil tamenes é indios de carga, llevando las vigas, mástiles, cuerdas, velámenes y herraje. Quince mil tlascaltecas,

---

entre cuyas filas se habían distribuido algunos soldados españoles, para conservar el orden en la marcha, formaban la vanguardia y la retaguardia, marchando también por hileras en los flancos de la columna, tan larga que ocupaba el espacio de más de una legua. Sandoval se puso á la cabeza de la columna, eligiendo para mandar la retaguardia, á un joven tlascalteca, llamado Chechemical, porque Xicotencal, el joven guerrero que tan brillante papel había representado al principio de la invasión española, ya no existía (1).

El joven Chechemical era no menos temerario y orgulloso que Xicotencal: tenía pretensiones muy singulares, y quiso disputar el mando de la vanguardia á Sandoval. Al llegar á Tezcucó, Chechemical pidió que se hiciese alto por unos instantes,

---

(1) La muerte de Xicotencal y la causa que hubo para ella, es uno de los puntos oscuros de la historia de América. Parece lo más seguro que su orgullo y altivo carácter se avenían mal con los españoles, y que estos se dieron prisa á matarle, cuando desamparó el ejército, llevándose sublevadas casi todas las fuerzas de Tlascala.—N. DEL T.

para tener tiempo de acicalarse con sus más bellas plumas y otros adornos guerreros, «porque — decía él — cuando un valiente soldado va á combatir, debe ir tan adornado como si fuese á una revista».

Estas bravatas hicieron sonreir de lástima á Cortés, que desde luego conoció que los servicios de semejante auxiliar le serían de poca utilidad. En efecto, los historiadores españoles no hablan siquiera una palabra de las hazañas de este fanfarrón cuya jactancia divertía mucho al ejército.

Mientras que se trabajaba con ardor en la construcción de los bergantines, recibió Cortés una noticia que le colmó de alegría. Supo la llegada á Veracruz de cuatro navíos enviados desde la isla Española y que le traían un refuerzo considerable.

Resolvió entonces atacar á un tiempo á Méjico por tres distintos parajes, para lo que dividió su tropa en tres columnas. Sandoval obtuvo el mando de la primera, Alvarado el de la segunda y Olid se puso á la cabeza de la tercera.

Desde este momento, no pasó día sin una acción mortífera; los bergantines te-

nían que combatir con las numerosas canoas que cubrían el lago, y las tropas de tierra atacaron á los mejicanos que ocupaban las calzadas. Los españoles, es verdad que dispersaron y echaron á pique las canoas, pero el ataque en las calzadas presentaba las mayores dificultades. Se conseguía desalojar á los mejicanos de las trincheras que habían levantado para proteger las brechas y se echaban puentes sobre las cortaduras; pero como los españoles temían el ver renovados los desastres de la *Noche triste*, se retiraban al anochecer á tierra firme, y los sitiados se aprovechaban de la noche para reparar sus fortificaciones; de modo que las tropas españolas se consumían en inútiles esfuerzos.

Entonces Cortés, el hombre de atrevidas resoluciones, quiso terminar de una vez esta guerra, que si se dilataba más, iba á destruir poco á poco su ejército ya debilitado. Por consiguiente, tomó todas las disposiciones para dar al otro día un asalto general á la ciudad.

Al salir la aurora, cada jefe se puso á la cabeza de su columna, y si los españoles

atacaron con vigor la defensa fué porfiada, y los mejicanos opusieron una resistencia que agotaba las fuerzas de sus enemigos. La columna de Cortés fué la que más avanzó, y destruyendo cuanto encontraba por delante, se apoderó de las trincheras que defendían las calzadas y penetró en la ciudad, persiguiendo al enemigo que huía. Conservando en medio del triunfo toda su presencia de espíritu, se acordó de asegurar la retirada, para el caso en que fuese necesaria. En consecuencia mandó á Julián de Alderete, oficial nuevamente llegado de la Española, que se quedase con suficiente número de soldados para ir cegando las cortaduras de la calzada, mientras que los demás destacamentos seguían combatiendo. Alderete, llevado de un falso punto de honor, se creyó que era menuda suya estar lejos del peligro, en el momento en que sus compañeros se cubrían de gloria lidiando, y desobedeciendo á Cortés, abandonó la calzada para ir á unirse con los combatientes.

Guatimocín, advirtiendo esta imprudencia, dió la señal á la que correspondió el

---

ruido solemne del tambor sagrado del dios de la guerra, que resonaba en lo alto del adoratorio principal. Entonces los mejicanos que huían, volvieron caras, precipitándose furiosos sobre los españoles, que ya fatigados no pudieron resistir tan impetuoso ataque. En vano Cortés emplea, ya las amenazas, ya las súplicas para rehacer sus tropas; se vió apresado de repente por tres capitanes mejicanos que se le llevaban dando gritos de alegría. Dos de sus oficiales (1) vuelan al socorro de su General, atacan á los mejicanos que le sujetan, les dan muerte y caen á su vez traspasados de mil heridas, pero su resolución intrépida, su heroico sacrificio han salvado á Cortés, que ya libre consigue llegar á la tierra firme.

---

(1) Según nuestro historiador Solís, quien salvó la vida á Cortés fué tan solo el capitán Francisco de Guzmán. Viendo á su General herido, solo en medio de los enemigos y con el caballo muerto á flechazos, se apeó del suyo para ofrecérsele, con lo que Cortés salvó la vida, y Guzmán, á pesar de inauditos esfuerzos, fué víctima de su arrojo y lealtad. —NOTA DEL TRADUCTOR.

---

Este sangriento combate costó á Cortés más de sesenta españoles, incluso los prisioneros; mil tlascaltecas perdieron también la vida.

Fué además consecuencia suya la súbita y general deserción de todos los indios; pero Cortés la detuvo por medio de un expediente, que no sólo le restituyó sus antiguos aliados, sino que le proporcionó otros cuyo concurso le fué muy útil, y su cooperación decisiva contra Méjico. Mandó suspender las hostilidades durante ocho días, y fortificándose bien en sus acantonamientos defendidos además por los bergantines, esperó la época fijada por los oráculos mejicanos para el aniquilamiento total del ejército español (1). Los ocho días pasaron

---

(1) Para inteligencia de este pasaje, es preciso advertir que Guatimocín, apurando todos los recursos para sostenerse en su crítica posición, había divulgado la noticia de que Vitziliputli, el dios de la guerra, le había anunciado que los españoles y cuantos habían tomado partido á su favor, habían de perecer antes de ocho días, lo que fué causa de la deserción de los indios auxiliares, entre quienes todavía no habían acabado de perder el crédito los oráculos de sus idolos.—N. DEL T.

y al noveno el ejército existía aún. Entonces se desengañaron los indios, engañados con la astucia de Guatimocín, y volviendo al lado de los españoles, les prometieron su auxilio hasta destruir el poder de un Emperador que se había burlado de su credulidad.

Renováronse entonces las hostilidades, y el General español estableciendo alrededor de la ciudad un estrecho bloqueo, cortó enteramente la introducción de víveres á los habitantes, que muy en breve empezaron á sufrir los horrores del hambre. La peste se declaró también en la ciudad, donde hizo numerosas víctimas.

Antes de dar la señal de un ataque combinado contra los últimos atrincheramientos de Guatimocín, Cortés le hizo por la última vez proposiciones de paz. Al fin el Emperador se presentó como dispuesto á un convenio, y una suspensión de armas durante tres días fué el resultado de estas negociaciones.

Durante esta tregua, un simple foso separaba á españoles y mejicanos que se observaban mutuamente. Algunas veces solía

salir fuera de las trincheras un mejicano para desafiar á los españoles, que despreciaban estas fanfarronadas. No obstante, uno de estos provocadores recibió una lección que quitó á sus compatriotas las ganas de repetir estas insolentes provocaciones. Armado con la espada y rodela de un español sacrificado, vino á plantarse entre los dos ejércitos, usando en su desafío palabras afrentosas para los soldados extranjeros. Algunos españoles pidieron á Cortés el permiso de castigar al audaz provocador; pero el General lo negó, anunciando en voz alta al indio por medio del intérprete «que si traía otros diez soldados mejicanos, permitiría á aquel joven que fuese á cortarles el pescuezo». El intérprete señalaba, al decir estas palabras, un pajecillo de Cortés, que podría tener como unos diez y seis años de edad, y se llamaba Juan Núñez de Mercado. El mejicano, irritado con este desprecio, repitió su desafío con mayor insolencia, y entonces Mercado, saltando de las trincheras, atacó al fanfarrón con tanto vigor, que muy en breve le tendió muerto á sus piés. Todos los españoles palmotearon

cuando el vencedor vino á poner á los piés de su General la espada y el escudo del vencido. Cortés le abrazó y en premio de su valor le ciñó con sus propias manos la espada que había quitado al mejicano.

Guatimocín, que sólo procuraba ganar tiempo, había anunciando que vendría en persona á tratar con Cortés de las condiciones de la paz; pero esta era una astucia para ocultar sus verdaderas intenciones. Quería, aconsejado por sus cortesanos, salir secretamente de Méjico y retirarse á las provincias más distantes del Imperio para reunir nuevo ejército. Se habían adoptado todas las disposiciones para asegurar la fuga del Emperador: los nobles mejicanos, embarcados en las muchísimas canoas que estaban preparadas, atacaron con vigor á los bergantines, mientras que el Emperador escapaba por el lago. Sandoval, que mandaba á la sazón la flotilla española, empezó á dispersar las canoas á cañonazos; pero los que venían en ellas, despreciando el fuego de metralla, no trataban más que de llegar hasta los bergantines.

Advirtió de repente Sandoval, que mu-

---

chas canoas atestadas de gente, cruzaban el lago á fuerza de remo con extraordinaria rapidez. Sospechando que Guatimocín iba en alguna de aquellas canoas, mandó darles caza, y Holguin, cuyo buque era el más velero, fué el primero que las alcanzó. Disponíase á echarlas á pique; más así que fué conocido su intento, los remeros se pararon, y los soldados rindieron las armas pidiendo á gritos que se perdonase la vida al Emperador. Holguin saltó con espada en mano á la canoa y reconoció á Guatimocín en las señales de respeto de los que le rodeaban. El mismo Emperador, adelantándose hacia el capitán español con tanta dignidad como presencia de espíritu, le declaró que era su prisionero, que estaba pronto á seguirle, y que únicamente recomendaba su esposa y las que estaban con ella á la cortesía de los españoles.

Cuando los mejicanos supieron que Guatimocín estaba prisionero, rindieron las armas, y los españoles fueron dueños de toda la ciudad. Los primeros días que siguieron á la conquista de Méjico, se pasaron en estrepitosas demostraciones de re-

gocijo y envanecimientos por el triunfo; pero á estos transportes de alegría sucedieron bien pronto las murmuraciones y las quejas, á vista de la escasa parte de botín que cada soldado iba á recibir por premio de tantas fatigas. Los descontentos acusaban, ya á Guatimocín, ya á Cortés, atribuyéndoles el que habían ocultado para ellos una gran parte de los tesoros del Imperio.

En vano el General trató de apaciguarlos: Alderete, que había sido nombrado tesorero real, se presentó á Cortés á la cabeza de los descontentos, y pidió, en virtud de sus funciones, que se le entregasen Guatimocín y su ministro, para obligarles á declarar el paraje del lago donde se había arrojado el tesoro imperial. Cortés tuvo la debilidad de ceder, y abandonando su prisionero á los verdugos que le reclamaban, Guatimocín y su ministro fueron puestos á cuestión de tormento.

Admirable fué la firmeza del Emperador en medio de los tormentos. Se cuenta que tendieron á las dos víctimas sobre unas parrillas, bajo las cuales había carbones encendidos. El ministro de Guatimocín

sufrió al principio el tormento con valerosa resignación; pero hubo un momento en que su constancia estuvo á punto de sucumbir, y lanzando un grito de dolor, volvió los ojos hacia su señor como si le pidiese permiso para declarar. El Emperador penetró el significado de aquella mirada, y dijo con la mayor sangre fría á su ministro:

—¿Y yo, acaso estoy aquí puesto sobre rosas?

Estas palabras recordaron al ministro su deber, guardó silencio, y sin proferir ni una queja ni un suspiro, murió á vista de su señor. Al fin Cortés acudió para mandar que cesase el suplicio del Emperador y arrancarle medio muerto de mano de sus verdugos.

La conquista de la capital produjo la sumisión de las provincias del Imperio, y todos sus habitantes doblaron la cabeza al yugo de los nuevos conquistadores. Cortés trató de reedificar á Méjico, que no era más que un montón de ruinas; esta ciudad, destinada á ser la primera de las ciudades de América, lo fué efectivamente y ha conservado esta supremacía.

El amor de la libertad, que no podía es-

---

tar comprimido, hizo que estallasen muchas conspiraciones para sacudir el yugo de los españoles. Todas fueron reprimidas y acarrearón una venganza terrible; la sangre corrió á torrentes, y Cortés se deshonró autorizando crueldades, cuyo relato hace estremecer. En la provincia de Panuco, sesenta caciques y cuatrocientos nobles mejicanos fueron quemados en una misma hoguera, haciendo que los hijos y parientes de las víctimas fuesen testigos de aquella horrible escena (1).

---

(1) El suplicio de la hoguera, por horroroso que hoy día nos parezca, es el que estaba más en uso en la época de la conquista; le usaban los mismos indios, y era el que como más aterrador se podía emplear en represalias de los bárbaros sacrificios que hacían aquellos naturales con cuantos españoles caían en sus manos, á quienes rompían el pecho para sacar el corazón palpitante, disputándose luego los demás miembros en un odioso festín. Los sentenciados de la provincia de Panuco, cuyo número hace subir el autor á más del que citan los historiadores más enemigos de Cortés, habían asesinado antes á cerca de seiscientos españoles, muchos de ellos de los ya avecinados pacíficamente en las provincias conquistadas. Tampoco está bien probado que se hiciese asistir al suplicio á los parientes de las víctimas.—N. DEL T.

Guatimocín no sobrevivió mucho tiempo á la destrucción de su imperio; le acusaron de incitar y favorecer la rebelión de sus antiguos vasallos y de que procuraba escaparse de la prisión. Se apoderaron de él, lo mismo que de los caciques de Tezcuco y de Tacuba, y todos tres fueron ahorcados, en medio del día, en una de las principales calles de Méjico (1).

Cortés preparaba una expedición desde Méjico á Honduras, para someter al dominio español aquella inmensa comarca y castigar á Olid, uno de sus tenientes que se le había rebelado; pero un comisario enviado por la corte de España llegó á Méjico. Apenas había llegado, cuando cayó enfermó y murió, por lo que los empleados reales, engañados en su esperanza, renova-

---

(1) Guatimocín y sus cómplices no fueron ahorcados en Méjico, sino en un pueblecillo indio por donde pasaron los españoles en su expedición á Honduras. El antiguo emperador de Méjico acompañaba á Cortés con tropas auxiliares en esta expedición, y su muerte se hizo inevitable desde que se descubrió su designio de aniquilar á todo el ejército español.—N. DEL T.

ron sus quejas y sus denuncias á la corte de España, que nombró una nueva comisión, provista de más amplios poderes para juzgar al gobernador de Méjico y usar de rigor con él.

Cuando Cortés supo esta providencia del Gobierno español, se determinó á presentarse en España para invocar la justicia de Carlos V. No tuvo motivo de arrepentirse de esta resolución, ni de la confianza con que se presentaba á su juez supremo. Estaba él, además, absuelto de antemano con la misma admiración que excitaba en todas partes la presencia de un hombre que se había ilustrado con unos hechos tan maravillosos, y cuya gloria igualaba á la de los héroes de la antigüedad y de los tiempos modernos. Carlos V le recibió con mucha distinción, le concedió el collar de una de las órdenes españolas, le creó conde (1) y le concedió una vasta extensión de territorio en Nueva España.

---

(1) La recompensa que obtuvo Cortés por sus importantes servicios fué el nombramiento de virrey y gobernador de Nueva España, cargo que en 1529

De vuelta en Méjico, Cortés se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad envidiosa de los miembros de la Audiencia. Para distraerse de sus penas y de las contrariedades que experimentaba; para no echar de menos su decaído poder, equipó una escuadra considerable en la costa occidental de Méjico con ánimo de hacer descubrimientos en el gran mar del Sur. El resultado de esta expedición, en la que corrió grandes peligros, fué el descubrimiento de la península de la California, unida á la América septentrional.

Volvió á encontrar en Méjico los enemigos que había dejado, y desesperado de salir con victoria en lucha tan desigual, creyó que podía contar aún con la justicia del monarca y volvió otra vez á España; pero sus ilusiones fueron bien pronto disipadas por el frío recibimiento que le hi-

---

quedó reducido al de capitán general del mismo territorio. No fué el título de conde el concedido á Hernán Cortés, sino el de marqués del Valle de Guaxaca, aunque él no se firmaba más que el marqués del Valle.—N. DEL T.

---

cieron en la corte y por la desdeñosa indiferencia con que escucharon sus quejas.

Las pesadumbres abreviaron sus días, y murió en su patria el 2 de Diciembre de 1547 á los setenta y cinco años de edad (1). Su cuerpo fué transportado, conforme él lo había pedido al morir, á Nueva España, y fué enterrado con gran pompa en la catedral de Méjico; pero sus restos mortales han sido trasladados después á la Habana, como los de Colón, y casi en la misma época.

---

(1) Otros autores señalan la muerte de Cortés á la edad de sesenta y dos á sesenta y tres años, y añaden que sus restos mortales fueron depositados en el hospital de Jesús que él había fundado. — N. DEL T. 

# FRANCISCO PIZARRO

---

## I

Ojeada retrospectiva.—Ojeda y Nicuesa.—Construcción de San Sebastián y de Nombre de Dios.—Nuñez de Balboa.—Descubrimiento del Océano Pacífico.—Pedrarias.—Destitución de Balboa.—Es arrestado.—Su proceso.—Su muerte.—Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luca.—Detalles acerca de Pizarro.—Triunvirato.—Una misa.—Partición de la hostia.—Sacrilégio.—Expedición para la conquista del Perú.—La tierra de Fuego.—Los vientos alisios.

**D**espués de la muerte de Colón, muchos aventureros se lanzaron á seguir sus huellas, lisonjeados con la esperanza de completar en el continente americano los descubrimientos de aquel grande hombre. Hubo dos entre ellos, Ojeda y Nicuesa, que se encaminaron hacia el istmo de Darién, y perpetuaron su nombre con la fundación de dos colonias: el primero

fundó á San Sebastián, y el segundo á Nombre de Dios. En el momento en que Nicuesa desembarcó en este paraje, que halló muy á propósito para establecer una colonia, se volvió hacia sus compañeros exclamando: «Paremos aquí en nombre de Dios», y la colonia conservó este nombre.

Un oficial que Ojeda había enviado á la Isla Española, trajo consigo á un hombre que adquirió después gran celebridad: llamábase Núñez de Balboa y reunía mucho talento á un valor á toda prueba. Acusado en la Española de un crimen que no citan los historiadores, y queriendo librarse de la pena capital en que había incurrido, se escondió dentro de un tonel, y así hizo que le llevasen á bordo del navío enviado por Ojeda. Consiguió burlar la vigilancia del mismo capitán, á quien habían prohibido admitir á bordo ningún criminal. Balboa no salió de su estrecho escondite hasta algunos días después de haberse embarcado, y cuando el buque se hallaba á más de cien leguas de la Isla Española. El capitán le amenazó con que le dejaría en la primera isla desierta que encontrase al paso; pero

las vivas instancias de la tripulación en favor del fugitivo, aplacaron por fin al capitán, y Balboa desembarcó en el Darién.

No tardó en distinguirse por su actividad, su inteligencia y su resolución: él fué quien aconsejó el establecimiento de una colonia á la embocadura del río del Darién, y en un terreno conquistado á las márgenes de este río. Esta colonia fué llamada Santa María la Antigua del Darién, aunque hoy día se designa sólo con el nombre de Santa María. Los compañeros de Balboa, reconociendo su mérito, le eligieron comandante: emprendedor y ambicioso, quiso distinguirse con algunos descubrimientos importantes, y explorando las comarcas vecinas, hizo alianza con muchos caciques, sometiendo á los que opusieron resistencia á sus invasiones.

El paso al través del estrecho istmo de Darién presentaba obstáculos casi insuperables. Una cadena de altas montañas, enlazadas con las cordilleras ó Andes, que se estienden á lo largo de la América, protegen este istmo contra el choque de los dos mares, y estas montañas se hallaban

cubiertas de bosques tan espesos, que parecía imposible abrirse paso. La lluvia, que no cesa de caer durante nueve meses del año, transforma en lagos ó pantanos impenetrables los valles que dividen las montañas; así es, que bajo la influencia de esta humedad que hace tan insalubre aquella morada, se multiplican las serpientes, las víboras, los sapos, los lagartos y muchísimas variedades de insectos.

Estas dificultades no arredraron al temerario jefe de los aventureros españoles. Hacía veinticinco días que disputaban estos su existencia al hambre, á la sed, al frío y calor, siguiendo un camino practicable apenas á los animales feroces, y, sin embargo, no habían andado más terreno del que andaría en seis días un hombre marchando al paso ordinario por un camino real. Ya empezaban á desconfiar de los resultados, cuando llegaron por fin al pié de una alta montaña, desde cuya cumbre se debía descubrir el nuevo Océano, según aseguraba el hijo del cacique Komagre, y este joven indio no les había engañado.

Balboa quiso tener, él sólo, el honor de

---

un descubrimiento tan importante, y fué el primero á trepar por la montaña, mientras que sus compañeros le seguían con sus inquietas miradas: llegó así á la cumbre, donde se hincó repentinamente de rodillas, levantando sus manos al cielo. Al ver esta acción, los españoles que comprendían la causa del éxtasis de Balboa acuden á unirse con él y gozar el magnífico espectáculo que el Océano presenta á sus ojos asombrados. A ejemplo de su jefe se arrodillan también, y dan gracias al cielo por la felicidad y la gloria que acaba de concederles.

El jefe español se apresuró á tomar posesión, en nombre del rey de España, su señor, de aquellas dilatadas comarcas y del mar del Sur que baña sus costas.

Apenas se había alejado de la orilla, cuando un terrible huracán alborotó las olas, y poco faltó para que las canoas fuesen sumergidas. Los indios mismos, aunque familiarizados con aquellos peligros, quedaron atemorizados, pero como el riesgo era urgente, saltaron al agua y ataron las canoas de dos en dos, con lo que se pudo

evitar que se fuesen á pique. Al fin los españoles pudieron llegar á una isla formada de peñascos; pero un nuevo peligro les aguardaba en aquel lugar donde esperaban haber encontrado un asilo seguro; la isla entera quedó inundada en la hora del reflujo. Balboa y sus infelices compañeros tuvieron que pasar la noche con el agua hasta la cintura, y temiendo el quedar todos sumergidos con la elevación de la marea. Así que amaneció quisieron volver á embarcar, pero había algunas canoas enteramente hechas pedazos y otras tan averiadas que no podían sostenerse en el mar. En cuanto á las provisiones y efectos de los españoles, todo se lo había llevado el agua.

Muriéndose de hambre y de frío, y extenuados de cansancio, se veían condenados á perecer sobre aquella roca estéril: felizmente encontraron algunos arbolitos, y arrancándoles la corteza, todavía tierna, la mascararon mezclada con algunas hierbas, sirviéndose de la misma mezcla para tapar las rajas y agujeros de las canoas que habían padecido menos. En semejantes barcas se atrevieron á aventurarse en el mar, y pre-

---

cedidos de los indios que iban nadando delante de ellos, llegaron por fin á la costa. Se refugiaron al territorio de un cacique, que en lugar de proporcionarles víveres, conforme habían prometido los indios, acudió con una tropa de naturales armados para atacarlos.

No esperaron los españoles el ataque, sino que acompañados de los perros, tan hambrientos como ellos, cayeron sobre los indios, matando á muchos, ahuyentando á los demás y dejando mal herido al cacique. Esta victoria de los españoles decidió al enemigo á implorar la paz.

Entre todos los compañeros de Balboa el que se distinguió más por su intrepidez y la energía de su carácter fué FRANCISCO PIZARRO, á quien veremos bien pronto aparecer en la escena, aunque no con un papel subalterno.

Apenas volvió Balboa á Santa María, cuando envió á España un comisionado que anunciase al rey Fernando el descubrimiento del mar del Sur, y le presentase la parte que tocaba á la corona del oro y perlas que se habían recogido en esta expedi-

---

ción. El rey Fernando quedó al principio muy gozoso con tal noticia, pero después desconfió de Balboa y envió para que le reemplazase en Santa María otro gobernador con la comisión de acabar prontamente lo que el primero había comenzado. Este acto de palpable injusticia debía tener las consecuencias más funestas para Balboa.

El nuevo gobernador del Darién se llamaba Pedrarias, pertenecía á una de las familias más nobles de España y tenía los modales propios de su nacimiento; pero era intrigante, hipócrita y envidioso. El Gobierno español puso á su disposición quince navíos y mil doscientos hombres, siendo muchísimos los caballeros que quisieron participar de los peligros y la gloria de la expedición. Este era el armamento más considerable que el rey Fernando había costado.

Así que entró la flota en el estrecho de Darién, Pedrarias envió á tierra un mensajero que anunciase á Balboa su destitución y la llegada del nuevo gobernador. Creíase que indignado aquel por la afrenta con que el Rey pagaba sus servicios, desobedecería

sus órdenes y trataría de mantenerse á fuerza de armas en el puesto que ocupaba. Creíase también que el Gobernador viviría rodeado de fausto y ostentación, ejerciendo sus funciones con la solemnidad que convenía al representante de un poderoso monarca; pero ¡cuál fué la sorpresa del enviado de Pedrarias cuando se encontró un hombre cubierto con un grosero vestido de algodón, con zapatos de esterilla y muy afanado en componer su miserable choza de cañas!

Este hombre era Balboa, el gobernador de Santa María; no titubeó en declarar que estaba pronto á someterse á las órdenes de su Soberano. En vano sus soldados, que pasaban de cuatrocientos hombres, todos aguerridos, hicieron vivas instancias al Gobernador para que se pusiese á su cabeza y defendiese sus derechos con espada en mano; él persistió en su resolución; cuando desembarcó Pedrarias fué á rendirle homenaje, protestando su obediencia y su lealtad.

El primer acto del nuevo Gobernador fué imponer una multa considerable á Bal-

boa para castigarle por haber usurpado estas funciones. Además, queriendo deshacerse á toda costa de un rival peligroso, cuyos talentos excitaban su envidia, le hizo comparecer ante un tribunal cuyos jueces estaban vendidos al Gobernador, y se le declaró complicado y convicto de conspiración contra la persona del Rey y su delegado; y á pesar de las lágrimas y ruegos de toda la colonia, hasta de los mismos jueces, que expiaban ya con sus remordimientos una sentencia tan infame, el implacable Pedrarias hizo decapitar á Balboa en la plaza principal de Santa María.

Entre los españoles que se habían establecido con Pedrarias en Panamá, había tres hombres que iban pronto á hacerse muy célebres. El primero se llamaba Francisco Pizarro; el segundo, Diego de Almagro, y el tercero, Fernando de Luca; este último era un sacerdote que se había enriquecido en Santa María.

Francisco Pizarro había nacido, en el año de 1475, en Trujillo de Extremadura, y era hijo natural de un caballero español y una cortesana. Su niñez se pasó en las

groseras ocupaciones del campo, donde guardaba los ganados. Privado de educación y avergonzándose del género de vida á que condenaba su juventud, sentó plaza de soldado. Este oficio presentaba en Europa poco aliciente á su ambición, y se embarcó para América, animado con el ejemplo de tantos aventureros como allí se habían enriquecido. Acompañó á Balboa en su peligrosa expedición, distinguiéndose de tal modo, que, á pesar de sus escasos conocimientos, obtuvo el grado de oficial. El vigor de su constitución igualaba á su valor y á la energía de su carácter. El primero en el puesto del peligro, vigilante, aplicado, había comprendido la necesidad de suplir los conocimientos que le faltaban, y bien pronto hizo ver que el antiguo guarda de cerdos era muy digno del mando.

Estos tres hombres se asociaron para dirigir una expedición al Perú. Cada uno de ellos se ofreció á contribuir con cuanto tenía para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus asociados, se encargó de dirigir y mandar la expedición;

Almagro prometió llevarle de tiempo en tiempo refuerzos, víveres y municiones de guerra. En cuanto á Fernando de Luca, más astuto é inteligente que sus compañeros, debía quedarse en Panamá para conservar las buenas disposiciones de Pedrarias y velar por los intereses de la asociación.

Cuando Luca consiguió que el Gobernador aprobase la expedición, fué á la iglesia con sus dos compañeros y celebró una misa. Después de haber consagrado la hostia, la partió en tres pedazos, comulgando él con uno y dando los otros dos á los cómplices de aquel sacrilegio, porque bien merece este nombre un acto que tenía por objeto la muerte y la desolación.

Un solo navío y ciento doce hombres de equipaje eran las fuerzas con que Pizarro se proponía conquistar el mayor imperio del mundo. Levó áncoras en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur; pero se hizo á la vela en la estación menos á propósito, y los vientos periódicos le eran contrarios.

Natural era que Pizarro, privado de conocimientos especiales y positivos, hallase

grandes obstáculos; quería dirigirse hacia el Sur, mientras que los vientos soplaban directamente al Norte.

Después de una navegación de setenta días; después de una lucha peligrosa contra las olas y los vientos contrarios, apenas había pasado de la isla de las Perlas, situada en el centro del gran golfo de Panamá.



## II

Apuros de Pizarro y de sus compañeros.—Desembarco en las costas de Quito.—Huracanes y temblores de tierra.—Rebelión de Pizarro.—Sus catorce compañeros.—La isla Gorgona.—Llegada de un navío.—Desembarco en Túmbez.—Los peruanos.—El *guana-co*.—Pizarro en Madrid.—Vuelve al Perú.—IncurSIONES de los españoles.—El río de las Esmeraldas.—Los Incas.—Religión de los peruanos.—Las vírgenes del Sol.—Legislación peruana.—Usos y costumbres.—El noviciado de los soberanos.—Huaina Capac.—Sus dos hijos.

Los diversos parajes donde abordó Pizarro debían inspirar un profundo desaliento á este jefe y sus compañeros; no encontraban por todas partes más que intrincadas selvas sin un solo árbol frutal, ó lagunas fangosas, cuyas aguas estancadas exhalaban mefíticos vapores, y por todas partes también acudían los pueblos salvajes para combatir y exterminar á los extranjeros. En lugar del oro que buscaban en aquellas costas, los españoles no habían

encontrado más que hambre, viéndose precisados, para sostener su miserable existencia, á comerse los tiernos retoños de los árboles, y viéndose además acometidos de enfermedades, á las que sucumbió la mayor parte de los compañeros de Pizarro. Viendo éste su tropa tan debilitada, comprendió que debía volverse atrás en busca del refuerzo que Almagro había prometido traerle. Se decidió á hacerse á la vela para Chuchama, situada en frente de la isla de las Perlas.

Almagro, fiel á su promesa, había reclutado setenta hombres, y se los traía á Pizarro, á quien suponía ya en el rico país cuya conquista habían proyectado. Dirigiéndose hacia este paraje, había encontrado el mismo obstáculo que su compañero en los vientos contrarios; lo mismo que éste había tenido que combatir con los habitantes de las costas, y aun había perdido un ojo en un encuentro muy vivo con los salvajes. En la isla de las Perlas supo dónde se había refugiado Pizarro, y fué al instante á reunirse con él en Chuchama.

Esta reunión hizo olvidar á los dos aven-

tureros los males que habían sufrido, y lejos de sentirse desanimados con tan tristes preludios, resolvieron hacerse al instante á la vela. Esta vez fueron más felices y llegaron, aunque no sin dificultades, á la bahía de San Mateo en las costas de Quito. Desembarcaron en Tucamas, cerca de la embocadura del río de las Esmeraldas. Quedaron agradablemente sorprendidos con la fertilidad de una provincia, que era la más vasta y más bella del imperio del Perú, porque á pesar de que este país se halla bajo el fuego del Ecuador, el aire es tan templado, que ofrece la suavidad de una eterna primavera.

Pero este hermoso país se halla expuesto á tempestades y temblores de tierra tan frecuentes, que alejan de él á los europeos. La capital del Perú fué víctima cuatro veces de estos temblores de tierra; enteramente destruida por la quinta catástrofe, hace más de un siglo, fué reedificada; pero los habitantes, avisados al fin por una triste experiencia, se guardaron muy bien de construir casas muy altas, que no convienen á un país cuyo suelo se halla ex-

puesto á tan frecuentes conmociones. Las edificaron de solo un piso para que pudiesen resistir mejor á los temblores de tierra; conformándose en este particular á la antigua costumbre de los indígenas.

Pizarro y Almagro opinaron que sería una temeridad el intentar una conquista que podía presentar grandes dificultades, con una tropa debilitada con las fatigas de un largo viaje y las enfermedades, y se decidió que Almagro volviese á Panamá para buscar nuevos refuerzos, mientras que Pizarro iría á esperarlos con los soldados que le quedaban en la isleta del Gallo, situada á poca distancia de tierra firme. A consecuencia de esta resolución, Almagro se separó de su compañero y partió á Panamá.

Pizarro abandonó bien pronto la isla de Gallo, que le ofrecía poca seguridad, y pasó á otra isla á la que dió el nombre de Gorgona, á causa de los sombríos y espesos bosques de que estaba cubierta, y de las escarpadas montañas que la erizaban. Hacía ya cinco meses que estaba en ella, y todavía no había llegado ningún navío con las provisiones y los refuerzos que espera-

ba. Trató entonces de salir de una posición tan horrible y llegar á tierra firme. Comenzó á trabajar, con ayuda de sus compañeros, en la construcción de una balsa, único recurso que se presentaba en medio de su desesperación; pero en el momento en que trabajaban con más ardor en esta obra difícil, vieron venir un navío á toda vela hacia la isla.

Pronto llegó, y su arribo excitó transportes de alegría, porque venía enviado desde Panamá por los asociados de Pizarro, que habían conseguido al fin el permiso, del nuevo Gobernador. Pizarro y sus catorce compañeros se embarcaron en este navío, haciéndose á la vela al Sur-Este hacia las costas del Perú.

Después de veintiún días de navegación, entraron en la bahía de Túmbez, ciudad peruana. Apenas habían anclado los españoles, cuando acudieron muchos peruanos, manifestando la sorpresa que les causaba la vista del navío y de hombres blancos y con barbas. Después se acercaron diez ó doce canoas llenas de peruanos, que traían á los españoles bastimentos de toda especie

en vasos de oro y de plata: todo esto lo enviaba el cacique, invitándoles al mismo tiempo á desembarcar. Todos querían bajar á tierra, pero Pizarro no concedió este permiso más que á uno de sus españoles, acompañado de un negro. El diferente color de aquellos dos extranjeros asombró á los peruanos, que todos són de color de cobre, é hicieron un experimento singular con el negro, lavándole la cara á ver si se volvía blanco; la inutilidad de sus esfuerzo no hizo más que redoblar su asombro y su admiración.

Los dos enviados de Pizarro fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, festejando su llegada y ofreciéndoles en todas partes víveres y la hospitalidad más generosa. Pudieron de paso juzgar de la riqueza del país por el oro y la plata que brillaban en las habitaciones.

La lana que los peruanos empleaban en sus vestidos no era producto de verdaderas ovejas, sino de otros animales lanudos, á los que llamaban indistintamente llamas, carneros del Perú y guanacos.

Convencido Pizarro por la relación de los

---

dos enviados, de que sería una locura tratar de someter con tan escasa tropa un pueblo tan numeroso, dilató la ejecución de su empresa y resolvió limitarse á explorar las costas de aquel hermoso país, y adquirir noticias exactas acerca de sus fuerzas, y el régimen de gobierno de la nación peruana. Con esta intención se apresuró á dirigirse hacia el Sur.

De vuelta en Panamá, se creyó Pizarro que el gobernador, viendo las pruebas de la riqueza de las comarcas visitadas por los españoles, le facilitaría su apoyo para preparar otra expedición. En vano presentó á Pedro de los Ríos los magníficos vasos de oro y de plata; en vano ostentó á su vista las telas de lana y de algodón que había traído; en vano le enseñaba muchos jóvenes peruanos que había embarcado para que le sirviesen de intérpretes; el gobernador permaneció indiferente y frío: llegando su prudencia á equivocarse con la cobardía, temió debilitar la colonia de Panamá permitiendo á Pizarro que reclutase nuevos soldados. Rehusó, por consiguiente, toda especie de socorro á los tres asociados, á

quienes esta negativa puso en el mayor compromiso, porque estaban completamente arruinados y sin crédito para procurarse nuevos recursos.

Resolvieron dirigirse directamente á la corte de España, y Pizarro fué elegido para desempeñar esta difícil comisión. Los tres compañeros lograron reunir los fondos necesarios para el viaje, y Pizarro partió. Presentóse á Carlos V, que entonces reinaba en España, y todos los que conocían al jefe de los aventureros quedaron asombrados de la dignidad y nobleza con que se presentó en la corte. La relación que hizo al Emperador y á sus ministros de los trabajos y peligros de la primera expedición, el cuadro que trazó de los vastos dominios que había descubierto, y el acento de verdad de sus palabras maravillaron á la corte imperial. Se apresuraron á concederle la autorización que solicitaba, obteniendo además el Gobierno de todos los países que conquistase y la dignidad de juez supremo; sin embargo de que se había comprometido á pedir esta dignidad para su amigo Almagro. Fernando de Luca, el tercer aso-

---

ciado, como que era eclesiástico, no inspiraba recelos á la ambición de Pizarro, y así no tuvo queja de infidelidad, porque á petición de Pizarro, le concedieron la dignidad de arzobispo de todos los países que fuesen conquistados.

Así que Pizarro entró en el golfo de Méjico, se dirigió hacia Nombre de Dios, desembarcó con sus compañeros, y siguió á lo largo del istmo hasta Panamá. Almagro se llenó de júbilo al saber el feliz resultado de las negociaciones de Pizarro en Madrid; pero cuando supo la deslealtad con que se había portado respecto de él, se llenó de indignación y declaró que no quería tener más relaciones con un hombre que le había engañado tan indignamente. Al fin Fernando de Luca consiguió reconciliarle con Pizarro, que ofreció cederle la dignidad de juez supremo. Entonces los tres asociados se ocuparon con la mayor actividad en los preparativos de la expedición.

No se componía más que de tres navíos pequeños y de ciento ochenta soldados, entre los que se contaban treinta y seis jine- Se hizo á la vela á principios del año de

1531. Pizarro quería desembarcar en Túmbez, pero fué alejado por los vientos y las tempestades, y tuvo que entrar en la bahía de San Mateo, desde donde resolvió ir por tierra á Túmbez, aunque era preciso atravesar un país cubierto de lagunas intran-sitables y cruzar grandes ríos cerca de su desembocadero. Durante esta penosa marcha, los españoles hubieran podido hallar algunos auxilios en los indígenas; pero estos huían al acercarse unos extranjeros cuyos pasos iban señalados con las violencias y rapiñas. Faltos de víveres y en vísperas de morir de hambre, llegaron á Conca, ciudad situada cerca del mar y casi debajo de la línea. Se arrojaron, cual lobos hambrientos que invaden un rebaño, sobre la desgraciada ciudad, ahuyentando á los habitantes para saquearla. Se apoderaron, no sólo de los víveres de los indios, sino también de muchos vasos de oro y plata y de esmeraldas. Estas piedras preciosas se hallan con tal abundancia en este país, que han hecho dar al río que le baña el nombre de Río de las Esmeraldas.

Después de haber permanecido algún

tiempo en la isla de Puna, que está situada en el golfo de Guayaquil, salió Pizarro de esta isla para volver al continente. Se dirigió á marchas forzadas hacia Túmbez; pero había llegado allí la noticia de las rapiñas de su tropa, y en lugar de hallar en los habitantes la hospitalidad y afecto que tanto había tenido que alabar, no encontró más que disposiciones hostiles. Habían tomado las armas, y con el cacique á la cabeza se resistieron á todas las tentativas de Pizarro para que hiciesen alianza con los españoles.

¡Era forzoso combatir! Pizarro concibió el proyecto de sorprender al cacique con un brusco acometimiento. Parte acompañado de sus dos hermanos y de cincuenta jinetes, atraviesa por la noche un río, y superando los obstáculos de un terreno intran-sitable, se presenta al romper el día delante del campo del cacique. A vista de un enemigo que creían tan distante y de los caballos, de aquellos monstruos que con el jinete que los montaba tenían por un mismo animal, todos los peruanos huyeron poseídos de espanto. Pizarro y sus caballe-

ros los persiguen y los dispersan dando muerte á algunos de ellos.

Reconociendo su debilidad y el irresistible poder de tan formidable enemigo, el cacique envió regalos al vencedor, pidiéndole la paz con vivas súplicas. Este cacique no era soberano de todo el país, sino únicamente gobernador de todo el territorio de Tumbes: mandaba en nombre del rey, de quien era á un tiempo el teniente y el vasallo.

Pero antes de comenzar la narración de las operaciones militares de Pizarro, debemos de tomar de los escritores españoles, á pesar de que han mezclado algunas fábulas con la historia del Perú, los necesarios detalles acerca del imperio de los Incas, que va á ser bien pronto el trofeo de un aventurero afortunado.

Según estos historiadores, el imperio de los Incas ó del Perú se hallaba floreciente hacía ya cerca de cuatrocientos años. Fué fundado por Manco-Capaz y su mujer Mama-Ozello. A la voz de Manco-Capaz, los habitantes de este país montañoso se reunieron para escuchar sus lecciones y

poner en práctica su enseñanza. Así fué cómo aprendieron á cultivar la tierra, á formarse vestidos y construir cabañas. Mama-Ozello, por su parte, enseñó á las mujeres de estos salvajes, el arte de hilar y de tejer, habituándoles á las demás ocupaciones de la vida doméstica. Así empezó para estos pueblos groseros una educación que suavizó sus costumbres y concluyó por darles las formas de una nación casi civilizada.

Estos legisladores sustituyeron al antiguo culto de los salvajes, que sacrificaban á sus ídolos víctimas humanas, una religión que no reconocía más que un Ser supremo: éste era el Sol.

Se erigieron templos al Sol como al dios de los peruanos. Los Incas, como descendientes del Sol, eran los únicos sacerdotes en los templos; las mujeres solteras de esta familia, á quienes se llamaba vírgenes del Sol, estaban consagradas á su culto, como las vestales entre los romanos, y aunque podían tomar esposo, había de ser en la familia de los Incas.

Entre los peruanos, la Luna era también

considerada como una divinidad, aunque de orden inferior, y creían que podía morir. Su opinión acerca de los eclipses era muy singular: cuando se verificaba alguno de ellos, creían que la luna estaba enferma, temiendo que se muriese, porque entonces, cayendo del cielo, haría pedazos la tierra.

Para conjurar esta catástrofe daban grandes alaridos y redobles de tambor, con cuyo estrépito se mezclaba el discordante sonido de sus pífanos: también castigaban á los perros para hacerles aullar, porque creían que la luna tenía mucho cariño á estos animales.

El día en que los peruanos concurrían á la reunión general con los príncipes de la familia de los Incas, era un día de fiesta que empezaban y concluían con la música y el baile. Se cultivaban primeramente las tierras del Sol; después las de los pobres y los guerreros, en seguida las de los Incas y por último la parte concedida al pueblo.

Gracias á esta comunidad de trabajos y placeres, los corazones de los peruanos se hallaban unidos con los lazos de un mutuo cariño. Queriendo á los Incas como si fue-

---

sen sus padres, obediéndolos como súbditos siempre dóciles, respetuosos, se conformaban á sus órdenes, que miraban como sagradas: eran, en su concepto, órdenes emanadas del mismo Sol, del que los Incas eran intérpretes y medianeros. Cuando un peruano había contravenido á las leyes, venía á acusarse de aquella infracción, se denunciaba á sí mismo y pedía el castigo de la falta cometida.

Los peruanos nada podían poseer en propiedad; al fin de cada año se verificaba nueva repartición de los campos asignados á cada familia. En la ejecución de esta medida se tomaba en consideración el aumento ó disminución de la familia, y de este modo se hacía imposible el dominio perpetuo.

Las pruebas á que tenían que sujetarse los jóvenes Incas, antes de ser declarados hijos del Sol, exigían tanta constancia, firmeza y valor, como fuerza, sutileza y agilidad. Así es que debían hacer con su propia mano un arco y una flecha, una maza, un venablo, una honda, un escudo y un par de zapatos, ó más bien suelas de correa atadas con cordones de lana.

Estas pruebas duraban un mes, y mientras que los jóvenes estaban sujetos á ellas, eran visitados continuamente por sus inspectores y sus maestros, que los exhortaban á mostrarse dignos de su estirpe, cuya gloria recordaban.

Once reyes habían ocupado sucesivamente el trono de las Incas desde la muerte de Manco-Capaz. El duodécimo de los reyes del Perú, Huayna-Capaz, dejó dos hijos: uno, llamado Huascar, había nacido de una mujer de la familia de las Incas, y el otro, llamado Atahualpa, de la hija del Rey á quien el último soberano había quitado la provincia de Quito. Había éste mandado que después de su muerte los dos hermanos dividiesen el reino entre sí, reinando Huascar en el antiguo dominio de sus padres y Atahualpa en la provincia de Quito. El pueblo se pronunció con energía contra una disposición que violaba la ley fundamental, la que prevenía que la primera condición para ser soberano, era el provenir por línea paterna y materna de la familia de los Incas. Huascar quiso aprovecharse de esta manifestación pública que le era tan favo-

---

nable, y hacer valer el derecho que le daba la ley fundamental. Por consiguiente, resolvió obligar á su hermano á que le cediese la provincia de Quito, pero Atahualpa le opuso una viva resistencia; la guerra civil estalló, y Huascar, vencido, cayó en manos de su hermano. Abusó éste cruelmente de su victoria, y creyendo consolidar su poder, mandó matar á todos los hijos del Sol de que pudo apoderarse por fuerza ó por astucia. Sólo exceptuó á su hermano Huascar, prisionero, para no acabar de exasperar á sus vasallos irritados con su barbarie.

Tal era la situación política del imperio del Perú, cuando Pizarro formó el proyecto de conquistarle.



### III

Perfidia de Pizarro. —Horrible matanza de los peruanos.—Las patatas y la quina.—Cautiverio de Atahualpa.—Proposiciones que hace á los españoles.—El aposento lleno de oro.—Asesinato de Huascar.—El templo del Sol.—Atahualpa es juzgado y sentenciado á muerte.—Ejecución de la sentencia.—Entrada de los españoles en Cuzco.—Tesoros que encuentran.—Desprecio que hacen del oro.—Algunos españoles asesinados por los peruanos.—Expedición de Belalcázar.—Se apodera de Quito.—Llegada de Alvarado, teniente de Cortés, cerca de esta ciudad.

Entre tanto Pizarro, después de haber salido de Tumbes, avanzaba siempre con dirección al Sur, hasta llegar á la embocadura del río llamado Piura. Esta comarca le pareció conveniente para establecer una colonia, que fué la primera que fundaron los españoles en el Perú y á la que dieron el nombre de San Miguel. Resolvió dejar en ella una parte de sus tropas para que activasen los trabajos del nuevo establecimiento, mientras que él, con un corto número de soldados, penetraba en lo interior del país.

---

Apenas había salido de San Miguel, cuando recibió casi al mismo tiempo diputaciones de Huascar y de su hermano Atahualpa. Como éste le pedía una entrevista, salió al encuentro del Inca; pero mientras que Atahualpa, confiando en la lealtad del jefe español, no pensaba más que en desplegar toda la pompa y magnificencia de la soberanía en su marcha solemne, Pizarro adoptó algunas medidas que revelaban sus disposiciones hostiles: parecía que iba á un combate más bien que á una cita amistosa.

Al acercarse adonde estaban los españoles, notó Atahualpa su actitud hostil, y sus amigos le participaron sus sospechas y temores, que á la verdad no eran infundados.

«Estos extranjeros—contestó el Inca para tranquilizarlos—son unos enviados de la divinidad; guardaos mucho de irritarlos con vuestras ofensas; nuestro deber es conciliarnos su afecto con nuestras atenciones y nuestra presteza en ejecutar cuanto pueda serles agradable.»

Mientras que dirigía estas palabras á los que le rodeaban, el capellán ó misionero

que llevaban los españoles, Vicente Valverde, se adelantó, llevando la cruz en una mano y la biblia en la otra, y colocándose cerca del palanquín del Emperador, le dirigió un largo discurso para explicarle los principales dogmas de la religión cristiana.

El Inca escuchó con una paciencia admirable este discurso, limitándose á responder á Valverde con gran moderación.

«Que él no deseaba otra cosa más que hacerse aliado y amigo del rey de España, aunque no estaba dispuesto á reconocerle por señor. Que todo lo restante del discurso era ininteligible para él, pero que tendría un placer en saber de qué medio se había valido para que llegasen á su noticia todas las cosas que le había contado.

«Por este libro.»

Esta fué la única respuesta de Valverde, que le enseñaba su biblia. El Inca coge el libro, le examina, le da una y más vueltas en todos sentidos, se le acerca á la oreja, y al fin, arrojándole, dijo con burlona sonrisa:

«Nada me habla.»

Al escuchar estas palabras, que á los españoles importaba considerar como insultos á la religión y audaces profanaciones, resuenan gritos de venganza y de muerte.

« ¡Matemos á estos perros, que desprecian las palabras de Dios y pisotean el libro de sus santas leyes! »

Pizarro, como si esperase esta señal, dió la orden de disparar contra los peruanos; la infantería empieza la batalla al son de los instrumentos bélicos; la caballería sale de su emboscada, y Pizarro, al frente de sus mejores soldados, se precipita sobre la muchedumbre, que defiende al Emperador. Sorprendidos, asustados con tan imprevisto ataque los infelices peruanos, huyen de la muerte que los arcabuces les envían, y la caballería sigue su alcance á cuchilladas. Los principales de la nación permanecían firmes junto á su Rey, muriendo por defenderle; pero el intrépido Pizarro es el primero que rompe hasta Atahualpa, le coge por un brazo y le hace prisionero. La noche sola puso fin á la batalla.

Cuatro mil peruanos, entre los que se

---

contaban algunas mujeres, niños y ancianos, perecieron en esta horrible jornada: de los vencedores ninguno quedó herido, excepto Pizarro, contuso en una mano en el momento de rendir á Atahualpa.

Después de haber recogido los despojos en el campo de batalla, celebraron los españoles, á su manera, su terrible victoria. Al día siguiente se apoderaron del campamento del Inca, donde encontraron inmensas riquezas en oro, plata, muebles y telas de gran valor: bien pudieron saciar su avaricia, porque estos tesoros de todas clases sobrepujaban á sus esperanzas.

Así empezaron los españoles la serie de sus conquistas, dejando recuerdo de su entrada en el Perú, en este vasto y hermoso país, al que el antiguo mundo debe dos producciones preciosísimas, cuyo descubrimiento fué un verdadero beneficio para la humanidad: estas producciones fueron la patata y la quina. El Perú, y principalmente la fértil provincia de Quito, es en cierto modo, la patria de la patata; de allí es desde donde ha sido transportada á otras localidades de América, y por último á Eu-

ropa. Todo el mundo conoce y aprecia la utilidad de este tubérculo, que constituye hoy día el principal alimento del pobre, que no es despreciado en la mesa del rico, y que se recomienda á la vez por sus cualidades nutritivas y su baratura. No tenemos necesidad de hacer el elogio de la quina: es la corteza de un árbol que sólo se cría en el Perú y produce unas hojas y flores parecidas á los jacintos de Europa. Ha habido época en que la libra de quina costaba cien escudos.

Atahualpa, prisionero de los españoles, no se manifestaba abatido por la desgracia de que había sido víctima. Encerrado en una sala que tenía veintidós piés de largo por diez y seis de ancho, ofreció á Pizarro que la llenaría de oro hasta la altura á que pudiese alcanzar con la mano, puesto de pié derecho, si quería darle la libertad. Pizarro, contentísimo de una oferta tan seductora, trató de aprovecharla haciendo una señal en la pared á la altura convenida. Al instante Atahualpa envió á Cuzco, á Quito y á otras ciudades, sus agentes, con orden de proporcionar el tributo estipulado. Los pe-

---

ruanos se apresuraron á obedecer, trayendo oro de todas partes; pero la pieza nunca se llenaba, á lo menos tan prontamente como deseaban los españoles, y Pizarro murmuraba de esta lentitud, que el Inca atribuía á la distancia de los parajes desde donde debía traerse el oro. En efecto, Cuzco está cien leguas de Caxamarca, y las comunicaciones eran muy dificultosas entre estas dos ciudades. Para calmar la impaciencia de Pizarro, el Inca le propuso que enviase dos de los suyos á Cuzco para que se cerciorasen por su testimonio de que el pacto estipulado por el monarca podía ser cumplido, y que no había contado en vano con el amor de sus vasallos.

Soto (1) se presentó para desempeñar esta expuesta comisión, acompañado de un solo español llamado Barco. Atahualpa les invitó á que subiesen en una de sus literas, á

---

(1) Este Soto, que ya era entonces la segunda persona del ejército, y fué después gran favorecedor del Inca, es el mismo Hernando de Soto, conquistador de la Florida y émulo en este país de las glorias de Cortés y de Pizarro. —N. DEL T.

fin de que los peruanos les tuviesen más respeto.

Llegados al paraje en que habían de cumplir su comisión, se quedaron pasmados á vista del oro y plata que contenían los palacios de Atahualpa y los templos del Sol; pero el espectáculo de tantas riquezas inflamó de tal modo su codicia, que exigieron que se despojasen también los edificios sagrados. Esta petición hizo estremecer á los peruanos, y en vano representaron á los dos españoles que no era necesario cometer un sacrilegio para proporcionar el rescate del monarca. Soto y Barco se pusieron á arrancar con sus propias manos las láminas de oro que cubrían las paredes de los templos; y era tal el terror que inspiraba el nombre español, que los peruanos permanecieron inmóviles á vista de la expoliación que ejecutaban con el mayor descaro aquellos dos hombres solos en medio de un numeroso pueblo, cuya piadosa indignación parece que desafiaban.

Mientras que los dos enviados de Pizarro desempeñaban de esta manera su comisión, se recibió en el cuartel general la noticia

---

del regreso de Almagro, que traía un poderoso refuerzo y había fondeado en San Miguel. Entonces, con el temor de que los recién venidos reclamasen una parte del botín, se decidió que se hiciese la distribución, aunque la totalidad del oro, que debía ser el rescate de Atahualpa, estaba muy lejos de estar completa.

Se reservó el valor de cien mil piastras para Almagro; después Pizarro, sus hermanos y los demás capitanes recibieron la parte que les correspondía, según sus grados. Tocaron además ocho mil piastras á cada jinete, y cuatro mil á cada soldado de infantería. La piastra equivale á veinte reales de nuestra moneda; pero en aquella época, diez escudos valían más que ciento en el día. Así, es fácil figurarse el enajenamiento de aquellos hombres, reclutados la mayor parte entre las clases bajas de España, cuando se vieron poseedores de tan grandes riquezas.

Hubo entre ellos muchos que manifestaron á Pizarro el deseo de volver á España para disfrutar pacíficamente el caudal que habían adquirido en el Perú. Pizarro no

creyó que debía detenerlos, juzgando, con razón, que ya no podía contar con unos hombres cuya codicia estaba satisfecha.

Almagro llegó á Caxamarca con el esperado refuerzo; pero así que llegó se suscitaron contestaciones enojosas entre él y Pizarro: Almagro se quejaba de la desigualdad con que se había distribuido el botín, y aunque estaba reservada para él y sus compañeros una suma muy considerable, reconvino á Pizarro porque se había adjudicado la parte mayor. Pizarro consiguió con regalos y promesas calmar el resentimiento de su asociado, y la reconciliación de estos dos hombres pareció sincera.

Entre tanto, Atahualpa había aprontado la cantidad de oro estipulada por su rescate, y todavía estaba prisionero. Lejos de ponerle en libertad, los españoles ni aun tenían con él las consideraciones que se debe á la desgracia; harto de humillaciones, respondían á sus quejas con nuevos ultrajes.

Todos los españoles, tanto los de Almagro como los de Pizarro, deseaban verse libres de aquel prisionero: se temían que

---

mientras viviese, el oro que se continuaba recogiendo bajo el risible nombre de rescate, llegase á ser presa exclusiva de Pizarro y de los suyos. Pizarro, por su parte, tenía además que vengar una ofensa personal que se imaginaba haber recibido del Inca, y no tardó en presentársele una ocasión favorable á su designio.

Había un miserable, llamado Felipillo, que había desempeñado de un modo ridículo las funciones de intérprete en las negociaciones entre españoles é indios, y que gozaba mucha privanza con Pizarro. Esta privanza le hizo tan insolente, que se atrevió á pretender la mano de una de las mujeres del Inca, hija del Sol; pero conoció que no podía verificarse este enlace mientras viviese el monarca prisionero: era, por lo tanto, preciso que muriese.

El infame denunció una conspiración imaginaria, cuyo jefe decía ser el Inca, y supuso reuniones de peruanos, que á una señal de Atahualpa debían pasar á cuchillo á todos los españoles. Los hombres que deseaban desembarazarse á toda costa del Inca, acogieron al instante esta acusación

tan grave. Se formó un tribunal, que pronunció su sentencia, siendo Pizarro el encargado de anunciársela.

Al escuchar Atahualpa esta noticia empezó á llorar, y postrándose á los piés de Pizarro, puso á Dios por testigo de su inocencia, quejándose de la deslealtad de los hombres barbudos, que después de haberle hecho pagar el importe de su rescate, querían todavía darle muerte. Por último suplicó á Pizarro que si dudaba de su veracidad, le enviase á España, comprometiéndose á llevar en persona al Emperador una gran cantidad de aquel metal á que los españoles daban tanta importancia.

Las lágrimas, las súplicas, las promesas, todo fué inútil. El inflexible Pizarro contestó fríamente al Inca, que ya no estaba en su poder el impedir ó suspender la ejecución de la sentencia. Hizo después una seña á muchos negros que estaban esperando, para llevarse al infeliz monarca, al que pocos momentos después ya le habían dado garrote. La sentencia era de quemarlo vivo, pero se mitigó su suplicio porque había consentido en recibir el bautismo.

Ciertamente que fué muy cruel la conducta de Pizarro; pero la suerte que tuvo Atahualpa ¿no se puede considerar como una especie de expiación con que la justicia divina quería castigar su crueldad con su hermano Huascar, al que había mandado asesinar poco antes del regreso de Almagro, y con toda la familia de los Incas que había inmolado á su ambición sanguinaria?

Dejaba muchos hijos y dos hermanos: Pizarro quería que le sucediese uno de sus hijos en el trono de los Incas, para valerse de este fantasma de rey en sus proyectos de conquista. Este niño, con todos sus hermanos y hermanas, se hallaba entonces en Quito, donde Atahualpa los tenía confiados á la custodia de un general peruano llamado Ruminagui. Antes de morir, el Inca le había enviado uno de sus ministros, recomendán-doselos de nuevo á su vigilancia y lealtad: después le enviaron también su cadáver, para que dispusiera se le hiciesen unos funerales dignos del rango que había ocupado.

Pero el general peruano, ingrato y feroz á un mismo tiempo, hizo que dieran muer-

te, no sólo á los hijos del desgraciado príncipe, sino á todos los personajes que habían concurrido á Quito para asistir á sus funerales.

Mientras que Ruminagui se bañaba en Quito en la sangre de Atahualpa y sus más fieles servidores, otro general, no menos ambicioso que él, hacía proclamar Inca en el Cuzco, aunque sólo por la forma, á uno de los hermanos de Huascar, llamado Pauli. Este general se llamaba Quizquiz. En las demás provincias del Imperio, otros jefes trataban de aprovecharse de aquellas turbaciones, para apoderarse del poder: en todas partes reinaban el desorden y anarquía.

Semejante estado de cosas era en extremo favorable á los designios de Pizarro. Púsose en camino inmediatamente para el Cuzco, llevando en su compañía al joven Inca; pero se le murió en el viaje. Esta circunstancia no le detuvo, porque había recibido poderosos refuerzos de Panamá y otras colonias españolas, y además no podía contar con una seria resistencia por parte de los peruanos divididos. Quizquiz

---

es verdad que había reunido tropas numerosas, tratando de oponerse á la marcha de los españoles; pero, siempre vencido, ni aun pudo defender las avenidas de la capital. Pizarro entró en ella después de varios encuentros, en que apenas tuvo cinco ó seis hombres ligeramente heridos.

El tesoro que Atahualpa había entregado por su rescate, era poca cosa en comparación del botín inmenso que hallaron los españoles en Cuzco, á pesar de que los habitantes de esta capital habían huido con sus efectos más preciosos. Pero desde este momento, el oro que los españoles encontraban en tanta abundancia, empezó á no tener valor á sus ojos. Los simples soldados rasos eran tan pródigos de él, que jugaban entre sí unas sumas que ningún soberano se hubiera atrevido á aventurar. Un par de calzones, lo mismo que un par de botas se pagaba en treinta piastras; un caballo costaba quinientos ó seiscientos ducados, y aun mucho tiempo después de la época de que se trata, estos precios se mantenían tan subidos, subsistiendo el poco valor del oro.

Ocurrió por entonces un suceso terrible

que vino á turbar toda la alegría de Pizarro: un buen destacamento de sus tropas, marchando con ciega seguridad, fué sorprendido en una emboscada por los peruanos, y muchos soldados españoles cayeron vivos en su poder. Fueron llevados delante de un hermano de Atahualpa, llamado Titu-Autaché, para que dispusiese acerca de ellos. Se reconocieron algunos que habían tenido parte en la muerte de Atahualpa, y otros que habían hecho los mayores esfuerzos para salvarle. Titu-Autaché hizo que diesen garrote á los primeros, á quienes ataron al mismo poste que había servido para el suplicio de Atahualpa, y puso en libertad á los segundos, á quienes despidió colmados de magníficos regalos.

En este intervalo, un suceso de otra naturaleza, pero cuyas consecuencias debían ser mucho más graves para los españoles, fué en cierto modo la señal de un trastorno general.

Pizarro había dejado á su teniente Belalcázar en San Miguel con un corto número de soldados: cuando aquel tuvo noticia de la toma de Cuzco y supo el rico botín que

---

había tocado á los soldados de Pizarro, quiso también tener su parte de riquezas y de gloria y formó el proyecto de apoderarse de Quito, capital de la vasta comarca de este nombre, destronando á Ruminagui que se había constituido soberano. Reforzado con algunas tropas que llegaron á San Miguel, dejó en este punto un corto destacamento y marchó resueltamente contra Quito. Triunfó á fuerza de valor y de constancia, de las dificultades de un camino muy penoso al través de impetuosos torrentes, de selvas casi impenetrables y de profundas lagunas. La esperanza de una rica y abundante presa, sostenía y animaba á Belalcázar y sus intrépidos compañeros. Después de haber superado todos estos obstáculos, de haber vencido y hecho huir á Ruminagui que había tratado de impedir su marcha, entraron por fin en Quito. Pero un cruel desengaño les esperaba en esta capital, donde creían encontrar el resto de los tesoros de Atahualpa. La ciudad había sido abandonada por los habitantes, que se habían llevado todos los objetos que pudieran ser de algún valor.

Apenas se habían instalado en su estéril conquista, cuando apareció en las cercanías de Quito un cuerpo de tropas españolas al mando de Alvarado, el antiguo capitán de Cortés.

Nombrado por el conquistador de Méjico gobernador de la provincia de Guatemala, situada en las costas del mar del Sur, más allá de Tabasco, supo los triunfos de Pizarro en el Perú, y formó el proyecto de concurrir él también, porque el descanso á que le condenaba su gobierno de Guatemala no convenía de modo ninguno á su carácter aventurero y á su actividad infatigable. A su voz acuden numerosos soldados que se reputaban felices en seguir la bandera de tan famoso capitán, y bien pronto se encontró á la cabeza de quinientos hombres, entre los cuales había doscientos bastante ricos para comprar un caballo.

Desembarcó en Puerto-Viejo, situado un poco al Sur, más allá de la línea, y desde allí se dirigió hacia Quito. ¡Pero qué fatigas, qué padecimientos van á poner á prueba la intrepidez del jefe y de los sol-

dados! El hambre les hizo matar los caballos y no encontraban alivio del tormento de la sed más que en las gotas de rocío recogidas en la concavidad de las hojas de algunas plantas. Tan pronto les faltaba el aliento con los ardores sofocantes de un sol abrasador, tan pronto el frío cruel que reina en las montañas hiela sus miembros y los deja entorpecidos. Los cadáveres de sesenta compañeros quedaron en el camino. Unas veces tenían que sufrir la nieve, otras veces una lluvia de cenizas ardientes que despiden los volcanes inmediatos á Quito, las que, llevadas por el viento, los envuelven en una nube de fuego que no les deja respirar.

No había obstáculo, sin embargo, capaz de detener á Alvarado y sus campeones, y llega por fin con ellos á vista de Quito.



#### IV

Reunión de Belalcázar y Almagro en Quito.—Preparativos de combate.—Convenio.—Manco, nuevo Inca del Perú.—Se presenta á Pizarro.—Alvarado vuelve á Guatemala.—Pizarro pone la primera piedra de Lima.—Llegada de Hernando Pizarro á España.—Premia el rey á Francisco Pizarro y Almagro.—Querellas. Preparativos de Almagro para su expedición á Chile.—Padecimientos de los españoles.—Frió excesivo.—Llegada á Chile.—Rebelión de los peruanos.—Quieren apoderarse de Lima y de Cuzco.—Son rechazados.—Guerra civil entre los españoles.—Almagro entra en Cuzco por sorpresa.—Los hermanos de Francisco Pizarro son hechos prisioneros.—Generosidad de Almagro.

La aproximación de un cuerpo de tropas españolas causó la mayor inquietud á Belalcázar, á quien Pizarro se había incorporado con su pequeño ejército. ¿Era un aliado ó un enemigo el que se presentaba? Para salir de la duda, los dos jefes reunidos enviaron siete jinetes á la descubierta; pero cayeron en poder de los soldados de Alvarado, quienes los llevaron prisioneros á la presencia de su General. Hízoles éste

---

muchas preguntas acerca de la situación y la fuerza del ejército, y después de haberlos tratado con el mayor miramiento, los despachó á Quito sin darles recado ninguno para Belalcázar y Almagro: semejante conducta les inspiró desconfianza y se prepararon á combatir.

En esta circunstancia, el infame Felipillo, aquel intérprete que tan odioso papel representó en la historia de la conquista del Perú, se hizo culpable de otra traición de que esperaba grandes ventajas. Salió clandestinamente de Lima, y presentándose á Alvarado, le ofreció que, no sólo le entregaría á Almagro, sino que le haría dueño de toda la provincia de Quito. Alvarado rechazó con desprecio esta proposición.

Entre tanto los dos ejércitos avanzaban, y cuando llegaron uno enfrente de otro, se detuvieron esperando cada partido que el otro diese la señal de combate, ó fuese el primero á proponer una reconciliación. Por ambas partes el punto de honra de los jefes hacía imposible la iniciativa, y sin duda la sangre hubiera corrido, si un hombre prudente y animado de un sincero pa-

---

triotismo, no hubiese servido de mediador entre los dos ejércitos prontos á degollarse y no hubiese determinado á los jefes á convenir en una tregua de veinticuatro horas para arreglar las condiciones de la paz. Gracias á este mediador, cuyo nombre no merecía el ingrato olvido de la historia, los jefes lograron entenderse y firmaron recíproco convenio. Belalcázar y Almagro se obligaron á pagar á Alvarado cien mil piastras para indemnizarle de los gastos de su expedición, y por su parte, el antiguo teniente de Cortés prometió que, mediante esta indemnización, se volvería á su gobierno de Guatemala, renunciando á todos sus proyectos contra el Perú: demasiado generoso con el traidor Felipillo, pidió y obtuvo su perdón.

Casi por este tiempo fué cuando murió Titu-Autache, aquel hermano de Atahualpa que debía sucederle en el trono, y transmitió todos sus derechos á su hermano llamado Manco. Este resolvió ir á Cuzco á solicitar la protección de Apu (tal era el título que los peruanos daban en su lenguaje al gobernador Pizarro). Los amigos

---

del joven príncipe quisieron en vano distraerle de este propósito, induciéndole á que sostuviese sus derechos con la fuerza de las armas: en vano trataron de asustarle, recordándole la conducta que habían usado los españoles con su hermano Atahualpa, que al fin había sido víctima. Manco se presentó en el Cuzco, y no quedó arrepentido de su confianza. Pizarro recibió al Inca con todos los honores debidos á su rango y nacimiento, y entregándole la banda roja, señal distintiva de la soberanía, le reconoció por legítimo emperador del Perú.

Entre tanto Alvarado no quería volverse á Méjico antes de haber visto á Pizarro. Marchando á Quito los tres jefes reunidos, fueron atacados repetidas veces por Quizquiz, perdiendo en estos encuentros hasta catorce soldados muertos y cincuenta heridos; pero sin dejar de perseguir al general indio hasta la ciudad en que se había refugiado con los restos de su ejército. La situación de Quizquiz era desesperada, y algunos de sus oficiales le aconsejaban que pidiese la paz; pero él estaba tan enfureci-

---

do contra los españoles, que amenazó con la muerte al primero que volviese á darle semejante consejo: otros le proponían el dar la batalla á los enemigos, pero Quizquiz no se atrevió á tomar tan enérgica resolución; entonces uno de sus capitanes, indignado de tanta cobardía, le mató de una lanzada. Su muerte fué la señal de la dispersión de las tropas peruanas, y los españoles entraron en la ciudad sin hallar resistencia.

Cuando Pizarro supo la llegada de Alvarado y el convenio celebrado con él, salió al encuentro de un rival que pudiera ser muy temible, si llegaba á ver el rico botín recogido en Cuzco. Cuando se avistaron le recordó su promesa de volver á Guatemala, y para obligarle á que se volviese cuanto antes, añadió á las cien mil piastras que Belalcázar y Almagro se habían comprometido á darle un regalo de igual valor, acompañado de muchos vasos magníficos y pedrerías. Alvarado, satisfecho, partió para volverse á Guatemala y dejó á Pizarro casi todos los soldados que le habían acompañado en su expedición.

Libre ya de un concurrente cuyos talentos temía, trató Pizarro de llevar á cabo el proyecto que hacía tiempo tenía formado, de edificar una ciudad que fuese el centro de sus conquistas y la capital de su gobierno. Al tiempo de dirigirse hacia la costa, envió á Cuzco á su asociado Almagro, recomendándole que tratase con la mayor dulzura al Inca y á todos los peruanos que había dejado en aquella ciudad. Este cambio de conducta era debido á la sagaz política del jefe español.

El paraje que Pizarro escogió para echar los cimientos de la nueva ciudad, era un valle agradable y fértil, no lejos de la orilla del mar y á la embocadura de un río, llamado primero Kimac y después Lima, á los 13° de latitud Sur. Puso la primera piedra de esta ciudad el día de Reyes, y por esta coincidencia la llamó ciudad de los Reyes; aunque hoy sólo es conocida con el nombre de Lima. Los trabajos se continuaron con tal actividad, que la población parecía salir de la tierra á la voz de Pizarro. Hizo edificar un palacio magnífico que debía servir para residencia del Gobernador, y á

ejemplo suyo, todos sus capitanes se apresuraron á construir, á sus expensas y según su caudal, un gran número de casas.

En este intervalo, Hernando Pizarro partió con la enorme cantidad de oro y de plata que formaba la parte del Emperador; estas inmensas riquezas deslumbraron los ojos del monarca, y la nación participó de su sorpresa y su regocijo. En todas partes se prodigaron los agasajos y las demostraciones de la más alta estimación al hermano del conquistador del Perú, y fué admitido caballero de la Orden de Santiago. Su hermano Francisco y Almagro no quedaron olvidados en la distribución de las recompensas y favores, y se les concedió el título de Marqués. No sólo el Emperador confirmó á Pizarro en su empleo y funciones de gobernador, sino que aumentó los límites de su gobierno con setenta leguas marinas á lo largo de las costas del Sur. En la patente de gobernador que le fué extendida se daba á estas vastas comarcas el nombre de Nueva Castilla. Almagro, además del título de adelantado que Pizarro le había prometido, obtuvo un gobierno

---

independiente, que confinaba con el de Pizarro y tenía más de doscientas leguas de extensión al Sur. El país de que se nombraba á Almagro gobernador, á pesar de que los españoles todavía no habían penetrado en él, era Chile, que en el nombramiento del Emperador se designaba con el nombre de la Nueva Toledo.

La noticia de estos diversos nombramientos llegó al Perú antes que volviese Hernando Pizarro, y suscitó al instante vivas disputas entre Pizarro y Almagro. Este pretendía que Cuzco, residencia de los Incas, se hallaba comprendido en el gobierno que le concedía la corte de España, y esta absurda pretensión no podía ser admitida por Pizarro. Mediaron entre los dos jefes amargas reconvenções, palabras irritantes, y estuvo en poco que los españoles diesen á los peruanos el espectáculo de una guerra civil.

Al fin Almagro aventuró algunas proposiciones amistosas, á las que Pizarro, con su natural franqueza, correspondió con disposiciones pacíficas. Pizarro prometía ceder á su antagonista una parte del Perú, si el

país que Almagro iba á conquistar no era tan extenso y tan rico como se esperaba: éste, que tenía derecho á dudar de la buena fe y lealtad de su asociado, no titubeó, sin embargo, en aceptar su proposición, y una ceremonia religiosa concurrió también, como en la época de su primera asociación, á consagrar el nuevo tratado concluido por aquéllas dos ambiciones rivales.

Almagro, satisfecho, no se ocupaba más que de los preparativos de su expedición á Chile. Reunió un ejército de cerca de seiscientos europeos y un cuerpo auxiliar de quince mil peruanos que Manco le proporcionó. Había dos caminos para ir desde Cuzco á Chile: el uno atravesaba por unas llanuras que se extendían á lo largo de las costas del mar, y si se tomaba el otro camino, mucho más corto, pero sólo practicable en el verano, era preciso escalar altas montañas escarpadas, y por lo regular cubiertas de nieve, por lo que reina en ellas un frío excesivo. Los peruanos inducían á los españoles á que siguiesen el camino más largo porque era el más seguro y el más fácil, pero la altivez castellana des-

preciaba este consejo. Almagro y sus compañeros querían probar á los peruanos que no había obstáculo capaz de intimidarles y que nada se resistía á sus esfuerzos.

Pero cuando se internaron en aquel horrible país, bien pronto se arrepintieron de su temeraria audacia: el frío era tan horroroso, que para no quedarse helados tenían que estar en continuo movimiento. ¡Desgraciado del que se paraba para disfrutar un momento de reposo y quedaba rendido de sueño; no se despertaba jamás! El hambre, que les obligó á matar sus caballos, vino también á aumentar sus apuros, y en medio de tan angustiosa situación todavía tenían que rechazar los ataques de los salvajes que, excelentes flecheros, dejaban tendidos muchos españoles y peruanos.

El ejército de Almagro iba debilitándose y disminuyendo de día en día. Muchos españoles, y peruanos todavía más, se quedaron helados de pié derecho, asaltados y heridos de muerte por el frío. La inmóvil rigidez de sus cadáveres, arrimados á un árbol ó una peña, y conservando la misma postura en que se hallaban al exhalar el último

---

suspiro, les hacía parecer unas estatuas. Si se ha de creer á algunos historiadores, cuando cinco meses después este ejército pasó por el mismo camino volviendo del Perú, se encontraron muchos de estos hombres helados en la misma actitud, y teniendo asidas con la mano las bridas de los caballos tan helados como ellos; los españoles, hambrientos, comían con ansia la carne de aquellos animales, tan fresca como si los acabaran de matar.

Al fin el ejército, diezmado con tantas plagas conjuradas contra él, llegó á las hermosas llanuras de Chile. Los españoles quedaron gustosamente sorprendidos con el risueño aspecto, la temperatura deliciosa y la fertilidad extraordinaria de la parte menos elevada, que se extiende á lo largo de las costas del mar de Este á Sur. La situación de este país tan inmediato al Ecuador pudiera hacer creer que se experimentan en él grandes calores; pero debe la suave temperatura de la primavera á la cercanía de las altas Cordilleras ó Andes y al Océano del Sur. El terreno es favorable al cultivo de todas las plantas, aun las de

---

Europa. Los caballos y el ganado vacuno que se han llevado sobrepujan en alzada y en robustez á las mejores castas de España, de donde proviene. En fin, este dichoso clima reúne todas las ventajas de la provincia de Quito, sin tener sus inconvenientes, porque no hay que temer los huracanes y los temblores de tierra como en esta provincia.

Antiguamente el comercio considerable que se hacía entre el Perú y Chile, se verificaba por mar desde Lima á Santiago, porque estas dos ciudades se hallan á la orilla de dos ríos y á poca distancia del sitio en que desembocan en el Océano Pacífico ó mar del Sur. Se han edificado á la embocadura de estos dos ríos dos pequeñas ciudades: una, llamada Callao, está situada como á dos leguas de Lima, y la otra, á la que se ha dado el nombre de Valparaíso, está á veinte leguas de Santiago. Durante un siglo entero, los navegantes que salían del Callao ó de Valparaíso, temiendo perderse en el gran mar del Sur, no se atrevían á separarse de las costas, que dan un grande rodeo. Se gastaba casi un año en ir

desde el Callao á Valparaíso, porque nadie ignora que la navegación, siguiendo las costas, es mucho más difícil y peligrosa que en alta mar.

Al fin un piloto audaz encontró nuevo camino: se atrevió á aventurarse en alta mar, donde favorecido de los vientos alisios, navegó con tanta celeridad, que no tardó más que un mes en la travesía. En aquellos tiempos de ignorancia, un descubrimiento nuevo exponía algunas veces á su autor á grandes peligros, y el genio tenía á veces que sufrir el que su obra fuese mirada como un crimen. El intrépido piloto que tantos derechos tenía á la pública gratitud, fué encerrado en una cárcel, pretendiendo sus acusadores que era un hechicero. Tal vez le hubieran quemado vivo si no hubiera llevado un diario exacto de su viaje, el que presentado á sus jueces, sirvió para que estos no se atreviesen á condenarle: fué al fin absuelto de haber prestado un eminente servicio al comercio y á la navegación.

Almagro, en tanto, hallaba en la ejecución de sus proyectos de conquista obs-

táculos inesperados. Los españoles no tenían ya que habérselas con enemigos débiles, divididos y poco guerreros, como eran los peruanos; los indígenas de Chile eran audaces, valientes y robustos. Sorprendiéronles al principio las armas de fuego; pero familiarizados bien pronto con los efectos de aquellas detonaciones que tanto les habían asustado, llegaron á las manos con los españoles. Aunque derrotados en todos los encuentros, volvían sin cesar á la carga, y este tesón desconcertaba los proyectos de Almagro. Una conspiración contra sus días, urdida por Felipillo, contribuyó á que se retardase una conquista que cada vez se hacía más difícil.

Así que esta conspiración (sobre la cual no dan detalles suficientes los historiadores españoles) fué descubierta, Felipillo trató de escaparse; pero fué perseguido, juzgado y sentenciado á que le descuartizasen. Antes de recibir el justo castigo de todos sus crímenes, declaró ese traidor (1)

---

(1) Este Felipillo, de triste recuerdo en la historia de la conquista, era uno de aquellos muchachos

---

que sus calumnias habían sido causa de la muerte de Atahualpa.

Cuando Almagro se disponía ya á volver á Cuzco, las noticias que recibió del Perú le hicieron acelerar más su regreso. Después de su partida habían prendido al Inca y cargado de cadenas le tenían en la cárcel como á un malhechor. Al salir para Lima el gobernador Pizarro, con un destacamento de tropa, había confiado el mando á sus dos hermanos Juan y Gonzalo, pero teniendo la imprudencia de permitir á los españoles que dejaba en Cuzco el que hiciesen incursiones en las provincias que no estaban completamente sometidas. Quedaban pocos soldados en la ciudad, y á favor de estas circunstancias, el Inca prisionero logró que llegase á noticia de algunos jefes de la nación indígena el mal trato que le hacían sufrir.

---

indios que Pizarro recogió para que le sirviesen de intérpretes en su primera expedición al Perú. Fué efectivamente causa de la muerte de Atahualpa, porque al interpretar las declaraciones de los testigos, las falseaba en contra del desgraciado monarca, —  
N. DEL T.

---

Mientras que ellos se concertaban para libertar á su soberano y organizar una insurrección general contra los opresores de su país, Hernando Pizarro volvió de España y se reunió á sus dos hermanos Juan y Gonzalo, que mandaban en Cuzco. Hernando, que tan humano se había mostrado con Atahualpa, no pudo ser indiferente á la triste situación de Manco, y éste, confiando en la bondad generosa de Hernando, no temió solicitar el permiso de asistir á una fiesta solemne que los peruanos celebraban todos los años á poca distancia de la capital. Hernando consintió, y el Inca, libre por fin, salió para presentarse en la fiesta, donde su presencia debía ser la señal de una revolución.

Los principales de la nación acuden al instante á esta cita del odio y de la venganza; todos anhelan ponerse bajo la bandera de su soberano para libertar á su patria del dominio español y lavar su propia afrenta en la sangre de aquel puñado de tiranos, cuya codicia y rapiñas se avergonzaban de haber sufrido por tanto tiempo. Se enarbola el estandarte de la guerra; los

---

peruanos acuden á las armas por todas partes; sorprenden y pasan á cuchillo á los destacamentos españoles que andan aislados por las provincias recogiendo tributos. Bien pronto Manco se halla en estado de marchar al frente de un ejército, que los historiadores españoles hacen subir á doscientos mil hombres, contra Cuzco, mientras que otro ejército casi de igual fuerza su dirige hacia Lima.

La ciudad del Cuzco no tardó en ser atacada; los tres Pizarros que defendían este punto, no tenían á sus órdenes más que ciento setenta españoles. En el primer choque, Juan, uno de los tres hermanos, y el que, según se dice, era tan compasivo como valiente, fué muerto de una pedrada.

El ataque de las dos capitales se verificó casi al mismo tiempo, lo que impedía el que los pequeños destacamentos españoles diseminados pudiesen comunicar entre sí. Apenas se habían comenzado las hostilidades, cuando ya habían perecido seiscientos españoles á manos de los peruanos, que se apoderaban de sus caballos, de sus armas,

aprendiendo de sus mismos enemigos á manejarlas. Hasta se asegura que se atrevieron á disparar armas de fuego. Manco y otros jefes marchaban á la cabeza de sus tropas, montados en caballos que habían caído en poder de los peruanos.

La situación de los españoles se iba haciendo cada vez más crítica. El Inca, habiéndose apoderado de una parte de la ciudad de Cuzco, bloqueó á los dos Pizarros en el barrio á que se habían retirado con los pocos soldados que les quedaban. No podían esperar sostenerse allí por mucho tiempo; toda comunicación entre Cuzco y Lima era imposible, y los caminos entre las dos capitales se hallaban tan perfectamente interceptados por el enemigo, que ya habían sido inútiles todas las tentativas de los tres hermanos para comunicarse recíprocamente las noticias. El gobernador Pizarro no sufría menos que sus dos hermanos Gonzalo y Hernando con tan cruel incertidumbre, aunque su posición era mucho más tolerable que la de sus hermanos. Hallaba en la proximidad del mar los recursos que le faltaban, recibiendo de

tiempo en tiempo refuerzos de Panamá que le permitían reparar sus pérdidas.

Tomó entonces una resolución enérgica para obligar á sus soldados á vencer ó morir. Despachó sus navíos á Panamá, y á medida que le iban viniendo reclutas, enviaba pequeños destacamentos mandados por capitanes, cuyo valor y talento tenía bien conocido, para que fuesen á socorrer á los españoles bloqueados en Cuzco. Mas ¡cuál hubiera sido su dolor si hubiera llegado á saber la suerte de estos diversos destacamentos! Setenta caballeros mandados por su primo D. Diego Pizarro, fueron sorprendidos, atacados y muertos por los peruanos en un estrecho desfiladero. González de Tapia, otro oficial que salió también de Lima con ochenta hombres, pereció de la misma manera, é igual suerte tuvieron los dos comandantes Mogrovejo y Gayeta, que con los soldados que conducían cayeron en manos del enemigo. Más de trescientos españoles sucumbieron de este modo sin que lo supiese Pizarro.

En fin, gracias á un refuerzo considerable que le trajo Alfonso de Alvarado, her-

mano del comandante de este nombre, se halló en estado de tomar la ofensiva. Hizo una vigorosa salida y derrotó el innumerable ejército que sitiaba á Lima, persiguiendo á los peruanos hasta las montañas. Un imperioso deber le llamaba á Cuzco, y hubiera querido volar en persona al socorro de sus hermanos, cuya suerte ignoraba; ¿mas cómo había de abandonar á Lima, la ciudad que él había fundado, el centro de su recurso y su único refugio en caso de un revés? Se quedó, por consiguiente, en esta ciudad, confiando á Alvarado, que con su venida le acababa de salvar, la expedición destinada á libertar á sus hermanos.

Alvarado salió para Cuzco con un destacamento de trescientos hombres, que pronto fué reforzado con otros doscientos más. Los peruanos, que tan felices habían sido hasta entonces en sus ataques contra las diversas tropas que iban á Cuzco, creían también dar buena cuenta de las que mandaba Alvarado; pero tenían que habérselas con un capitán hábil y experimentado, que los escarmentó en todos los encuentros. A pesar de todo, antes que llegase á Cuzco,

---

una nueva peripecia, que debemos dar á conocer, había cambiado la escena y hecho que se presentasen nuevos actores en aquel móvil teatro de la discordia y de la guerra.

Almagro había salido de Chile y se dirigía hacia Cuzco, cuando recibió el diploma que trajo Hernando Pizarro, en el que el Emperador le nombraba gobernador independiente de los países situados al Sur, más allá de los límites del gobierno de Pizarro. El examen de este título le confirmó en su opinión de que el Emperador había querido comprender á Cuzco en su gobierno y no en el de su asociado. Resuelto á hacer valer sus pretendidos derechos, marchó contra Cuzco para apoderarse de esta ciudad. Cuando estuvo en sus inmediaciones, supo con asombro que una tercera parte de aquella población, que miraba ya casi como una propiedad suya, había sido consumida por las llamas; que la otra tercera parte estaba en poder de Manco, y que la última tercera parte aún estaba ocupada por los Pizarros, pero en vísperas de ser expulsados por los peruanos. En tanto

que adquiría los datos necesarios acerca de la serie de sucesos que habían producido una situación tan deplorable, marchó con la lentitud que le aconsejaba la prudencia.

No tardaron en presentársele comisionados de los dos partidos solicitando su amistad y su auxilio. El Inca apreciaba las ventajas de una alianza con un guerrero tan temible, tan poderoso como Almagro: los Pizarros, por su parte, no ignoraban que su alianza con el Inca les sería fatal, y que serían bien pronto aniquilados con la reunión de las dos fuerzas. Pero Almagro imponía como primera condición de la alianza la cesión de Cuzco, y no estando el Inca de parecer de cederle su capital, y siendo inútiles las instancias de Almagro para que consintiese en este sacrificio, el General español rompió las negociaciones, atacó á los peruanos y les hizo levantar el sitio de Cuzco.

Desembarazado ya de este enemigo, Almagro intimó á los Pizarros que le entregasen la ciudad; pero ellos se negaron á verificarlo. Entonces Almagro avanzó hasta las puertas de la ciudad, y no tardaron

en unírsele varios soldados de la guarnición: su franqueza, su buena fe y su generosidad le habían granjeado partido entre los españoles, que iban aborreciendo á los Pizarros por su dureza y su perfidia. Este refuerzo facilitó á Almagro el que una noche se apoderase de Cuzco por sorpresa, siendo dirigido el ataque con tal prontitud y destreza, que cuando el General y su tropa llegaban á la casa de los Pizarros, todavía ignoraban éstos que la ciudad había sido tomada. Intimóseles la rendición; pero ellos se encerraron, y fortificándose en su casa se defendieron con tesón, hasta que agotados todos los medios de defensa, tuvieron que sujetarse á la ley del vencedor, y hechos prisioneros sin capitulación, fueron cargados de cadenas.

Entonces fué cuando Alvarado se presentó con su pequeño ejército delante de la capital, sin tener más que un río que atravesar para llegar á ella. ¡Júzguese su sorpresa cuando vió á la orilla opuesta soldados españoles cuya actitud era enteramente hostil! Como ignoraba completamente cuanto había pasado en Cuzco, no podía

comprender el motivo de semejantes disposiciones amenazadoras en unos hombres que vestían el uniforme español. Al fin Almagro vino en persona á instruirle de la situación de las cosas, y trató con regalos y promesas de inclinarle á su partido, haciéndole abandonar el de los Pizarros; pero todos los esfuerzos de Almagro se estrellaron en la incorruptible fidelidad de Alvarado.

Había, sin embargo, en el ejército del teniente de Pizarro, y entre sus oficiales, un traidor que consiguió seducir á una parte de sus camaradas. Concertó tan bien su plan con Almagro, que una noche el ejército de éste cayó en medio del campamento de Alvarado, antes que en él se advirtiesen los movimientos del enemigo. Fué hecho prisionero sin que pudiera defenderse, porque los conjurados habían tenido la precaución de quitar sus armas, así como las de sus más íntimos amigos, para privarles de todos los medios de resistencia. Como la mayor parte de las tropas de Alvarado entraba en la conspiración, los pocos soldados que se mantuvieron fieles tuvieron que

ceder al número y rendir las armas, siendo conducidos á Cuzco con buena escolta.

Ya tenía Almagro en su poder á tres enemigos peligrosos, á tres rivales temibles: consultó á sus amigos lo que debía hacer con sus prisioneros, y casi todos opinaron que el suplicio de los Pizarros, de Alvarado y de todos los partidarios del gobernador, aseguraría la preponderancia de Almagro sobre su rival, y su pacífico dominio en el vasto imperio del Perú. Después de haberlos escuchado atentamente y convenido en la exactitud de sus razones, Almagro les declaró que no podía seguir su consejo. Fué más generoso todavía, porque le hubiera sido fácil, marchando inmediatamente contra Lima, el exterminar á Pizarro y su partido, y quiso más bien mantenerse á la defensiva, dejando á su rival la responsabilidad de dar principio á la guerra civil. Volvióse, por consiguiente, á Cuzco, á fin de preparar sus medios de defensa, esperando la determinación de Pizarro.



**Crítica situación de Pizarro.—Su firmeza.—Negociaciones.—Deserción en las tropas de Almagro.—Mala fe de Pizarro.—Combate de Cuzco.—Derrota del ejército de Almagro.—Muerte de Orgóñez.—Almagro cae vivo en manos de los soldados de Pizarro.—Es juzgado y sentenciado á muerte.—Le dan garrote y después le cortan la cabeza.—Alvarado se presenta en España á pedir justicia contra Pizarro.—Prisión de Hernando Pizarro en Madrid.—Un nuevo comisario en el Perú.—Expedición de Gonzalo Pizarro.—Audaz incursión de Orellana.—Sus mentiras.—El país de las Amazonas y el Dorado.—Conspiración contra Pizarro.—Es asesinado.—Su retrato.—Anécdotas.—Conclusión.**

Al fin pudo Pizarro rasgar el misterioso velo que cubría los sucesos de Cuzco y conocer la extensión de sus pérdidas y lo grave de su situación, recibiendo una tras otra las más siniestras noticias. Supo casi al mismo tiempo la muerte de su hermano Juan, el regreso de Almagro, el cautiverio de sus otros dos hermanos y la derrota de su teniente Alvarado; pero la energía

de su alma y la firmeza de su carácter no se abatían con tan repetidas desgracias. Conociendo la buena fe de Almagro, resolvió armarle un lazo, y en el resultado de una nueva perfidia fundó toda su esperanza de triunfar definitivamente de un rival que debía ser víctima aún de su lealtad y confianza.

Pizarro esperaba de un momento á otro un considerable refuerzo que le habían de enviar desde Panamá: le interesaba mucho, por esta razón, el ganar tiempo y reducir á Almagro á la inacción, haciéndole proposiciones pacíficas y entablando negociaciones que intentaba fuesen muy despacio. Mientras que Almagro, engañado con las demostraciones de Pizarro, se abstenía de todo movimiento hostil, no se estaba éste con los brazos cruzados: trabajaba en fortificarse, en reclutar su ejército, y en procurarse considerables refuerzos de hombres y municiones. Ya estaba en víspera de revelar sus proyectos, cuando le llegaron su hermano Gonzalo y Alvarado, que logrando escaparse de la prisión, le presentaron sesenta jinetes que habían atraído de los de

Almagro. Este inesperado socorro colmó de alegría á Pizarro, que se sintió desde entonces con fuerzas suficientes para ir en busca de sus enemigos. Pero Hernando Pizarro se hallaba aún prisionero, y el Gobernador, antes de declararse como enemigo y cortar las negociaciones, quería privar á Almagro de tan preciosa garantía.

Aparentó entonces que deseaba con más empeño una sincera reconciliación, y propuso á Almagro que sometiesen su pleito al arbitrio del Emperador. Almagro aceptó al instante la propuesta, y Pizarro, creyendo que todavía podría obtener algo más de la crédula confianza de su generoso competidor, le pidió pusiese en libertad á su hermano, para enviarle á España como plenipotenciario cerca del Emperador. Almagro abrió á Hernando las puertas de la prisión; mas apenas estuvo libre, cuando Pizarro declaró á su rival que sólo la guerra podía decidir entre ellos y juzgar su querrela. Su ejército había sido reforzado con numerosos reclutas, y se contaban en él dos compañías de arcabuceros, cosa muy extraordinaria, porque en aquella época el

uso de las armas de fuego no estaba generalizado ni aun en Europa. Confió el mando de la mayor parte de sus tropas á sus hermanos, que ansiosos de vengarse de Almagro, al instante se pusieron en camino. Fácil le hubiera sido á Almagro, apostándose en los desfiladeros de los Andes ó cordilleras que el enemigo tenía que atravesar, aniquilarle en ellos y terminar la guerra con un golpe decisivo, porque se asegura que los viajeros al pasar de las ardientes llanuras de Quito á los Andes, siempre cubiertos de nieve, se ven atacados de aquella enfermedad á que pagan doloroso tributo casi todos los marinos en su primer viaje, y que por esta circunstancia se llama el mareo.

Almagro quiso mejor esperar á su enemigo en las llanuras de Cuzco: lo primero porque no quería que recayese en él la odiosa responsabilidad de la agresión en una guerra civil, y lo segundo porque necesitaba terreno para desplegar su caballería, que era superior á la de los Pizarros. Fortificó á Cuzco lo mejor que pudo y formó su ejército en batalla en una posición que

---

creyó serle ventajosa; pero debilitado por la edad, las fatigas y las heridas, apenas podía sostenerse. No pudiendo ponerse á la cabeza de las tropas, confió su mando á su teniente general Rodrigo Orgóñez, un capitán valiente y leal á su jefe, pero que nunca era para los soldados el viejo Almagro, que por el afecto y respeto que había sabido inspirarles, tenía sobre ellos el mayor ascendiente.

Entre tanto los Pizarros habían pasado las cordilleras y avanzaban por las llanuras de Cuzco. Los dos ejércitos no tardaron mucho en avistarse y se prepararon al combate; veíase flotar por ambas partes el estandarte imperial, y las alturas inmediatas estaban coronadas por una inmensa multitud de indios que habían acudido á recrearse en el espectáculo de una lucha sangrienta entre sus opresores, que se encargaban así de vengarlos. Almagro, enfermo, se hizo transportar á una colina, desde la que podía contemplar el campo de batalla y animar desde lejos á sus tropas á que cumpliesen con su deber.

Dada la señal, los españoles se lanzaron

con furor unos contra otros y empezó la matanza. Rotas las primeras líneas de Orgóñez por la impetuosidad del enemigo, el desorden se introduce en las filas, y los soldados flaquean y ceden, sin que las voces y ruego de los jefes sean suficientes para volverlos al combate. En este trance, Orgóñez, desesperado, grita mandando un nuevo ataque: « ¡Por Dios poderoso, que he de cumplir con mi deber, aunque me cueste la vida! Sígame el que quiera. » Resuelto á no sobrevivir á su desgracia y á la de Almagro, se arroja en medio de las tropas que mandan Gonzalo, Hernando y Alvarado, y aunque herido en la cabeza, porque su celada había sido rota por una bala, continúa combatiendo. Da muerte á dos guerreros con su propia mano, y engañado por el brillante uniforme de uno de los criados de Hernando Pizarro, cree que es su amo y le mete la lanza por la boca. Al fin este intrépido guerrero sucumbe al número, y desarmado, cae prisionero: en el momento que se le llevan los soldados, acude un español que tenía que vengar una ofensa personal, y le derriba la cabeza de un sablazo.

---

Este acto de barbarie no fué el único con que los vencedores se mancillaron en esta jornada del 6 de Abril de 1538, á pesar de los esfuerzos de Hernando Pizarro y sus principales capitanes, para recordar á sus soldados que los vencidos eran también españoles. Rui-Díaz, oficial del partido de Pizarro, había tenido la dicha de salvar á un amigo suyo que iba á ser asesinado. Para preservarle de otras violencias, le había hecho que montase á las ancas de su caballo; pero un soldado furioso le pasó con la lanza y le hizo caer muerto á vista de Rui-Díaz. En cuanto á Almagro, testigo de la derrota de su tropa, y sin medios de rehacerla, buscó también su salvación en la huida, pero perseguido vivamente por el enemigo, cayó en su poder, y cargado de cadenas fué llevado á Cuzco, que se rindió sin resistencia á los vencedores.

Su muerte, podía únicamente saciar el odio y la venganza de los Pizarros: ya estaba resuelta de antemano; pero la prudencia exigía algunas precauciones, y era preciso alejar á todos los que, fieles á Almagro en su desgracia, podían hacer eficaces

---

tentativas para salvarle. Se les alejó, encargándoles diversas expediciones á las provincias más remotas del Perú y aún no sometidas al dominio español. Aquellos hombres aprovecharon con afán la ocasión de salir de una ciudad en que ya no podían ser útiles á la causa de Almagro.

Entonces los Pizarros se quitaron la máscara; pero queriendo dar la apariencia de justicia á la ejecución de un sanguinario proyecto, formaron un tribunal, ante el cual compareció el desdichado anciano. Acusábanle del crimen de alta traición, de rebelde á las órdenes del Emperador y de usurpación de los derechos y funciones del Gobernador: acusación absurda, puesto que se refería á una época en que el Emperador todavía no había dado á conocer su decisión, ni fijado los límites del gobierno de Pizarro. En vano Almagro protestó que jamás había tenido intención de perjudicar á su antiguo asociado, que siempre había respetado sus derechos, y que si se había apoderado de Cuzco, era creyendo estar autorizado para ello, en virtud del examen y de la interpretación dada á los títulos enviados por el

---

Emperador. El tribunal, compuesto de jueces á favor de Pizarro, sentenció á muerte al anciano.

Cuando Almagro supo la sentencia que se acababa de pronunciar, aquel mismo hombre que tantas veces había despreciado la muerte en sus aventuradas expediciones, y que había dado tantas pruebas de valor y de energía, cayó en un profundo abatimiento, y débil hasta la cobardía, trató de enternecer á sus vencedores, de excitar la compasión de sus verdugos con sus súplicas y sus lágrimas. Invocó los recuerdos de la antigua amistad que Francisco Pizarro y él se habían jurado al pié de los altares, y la humanidad con que él había tratado á sus enemigos cuando eran sus prisioneros: les conjuró para que evitasen á sus canas y á su memoria el oprobio del suplicio reservado á los malhechores, y para que le permitiesen consagrar los últimos instantes de su existencia al arrepentimiento y á la expiación de sus faltas.

Estos ruegos de un anciano que había sido uno de los más intrépidos guerreros de la España; este abatimiento en la desgra-

cia; estas lágrimas del ilustre sentenciado que luchaba en cierto modo con la muerte, conmovieron á la mayor parte de los soldados, á pesar de lo familiarizados que estaban con sensaciones de este género. Pidieron el perdón de Almagro, pero el corazón de los Pizarros estaba cerrado á la piedad, y no sólo se mantuvieron inflexibles, sino que osaron burlarse de las mismas súplicas de su acobardado enemigo. Su ironía cruel le prodigó los más amargos sarcasmos, diciéndole que era indigno de un alma grande el mendigar la vida, y que marchando á la muerte debía acordarse de que era cristiano y caballero.

En fin, cuando Almagro se convenció de que nada tenía que esperar del odio implacable de los Pizarros, se acordó de lo que había sido en otro tiempo, y volvió á recobrar su antiguo valor: dirigió á sus encarnizados enemigos estas palabras, que pronunció con acento de noble resignación: «¡Libradme, pues, de esta vida, y que vuestra crueldad se sacie con mi sangre!» Después hizo testamento, dejando á su hijo único y al Emperador por sus herederos.

---

Cuando hubo terminado este acto postrero de su existencia, le dieron garrote en la prisión, cortándole después la cabeza en la plaza pública de Cuzco. Almagro, en el momento de su muerte, tenía setenta y siete años.

Así pereció este hombre notable, bajo más de un concepto, y que sin duda merecía otra suerte; aunque la historia le acusa con justicia por su complicidad en la muerte de Atahualpa.

Entre los españoles, á quienes indignó la crueldad de Pizarro, había uno que juró vengar la muerte de Almagro. Llamábase Diego de Alvarado, y era un oficial de distinción, que padeció tanto más con el fin desastroso de su amigo, cuanto que sufría sus remordimientos por haber contribuido á él en cierto modo, aconsejándole que diese libertad á Hernando Pizarro. Poseído de la idea de obtener venganza de los Pizarros, supo eludir su vigilancia, y aprovechando una ocasión para volver á España, se presentó al instante en la corte. Admitido á la audiencia del Emperador le pintó con tan vivos colores el orgullo, la ambición y la

crueldad de los tres hombres que reinaban como déspotas en el Perú, que excitó á la vez su horror y su indignación. Pero su animosidad buscaba otro medio de satisfacci3n; y pidió el permiso de sostener en campo cerrado la justicia de sus acusaciones, desafiando en combate personal, segun la costumbre de la época, á Francisco Pizarro, que denunciaba á la vindicta pública como el único autor de todos los crímenes y de todas las desgracias, cuyo enérgico cuadro acababa de trazar.

Cuando el intrépido Alvarado esperaba la respuesta favorable que le habían dado motivo á esperar, murió tan repentinamente, que la opinión general no dejó de atribuir su muerte á los amigos de Pizarro, que habían tratado de librarse por medio del veneno de un enemigo tan temible.

A pesar de todo, había sobrevivido á Alvarado la impresión producida por su relato; pero el Emperador y sus ministros dudaban al adoptar una providencia seria contra los Pizarros, temiendo su influencia y poder en las comarcas conquistadas por ellos. Mientras que se deliberaba en la cor-

---

te acerca de las medidas que reclamaba semejante estado de cosas, Hernando Pizarro resolvió pasar á España para dar cuenta al Gobierno de su conducta y de la de sus hermanos. En vano sus amigos trataron de disuadirle de este proyecto, suplicándole que á lo menos dilatase su ejecución, hasta que supiese el efecto que había producido en la corte la noticia del suplicio de Almagro. Hernando, confiado en la bondad de su causa y en el crédito que creía gozaba su hermano con el monarca y sus ministros, insistió en su resolución. Sin embargo, al despedirse del Gobernador, le aconsejó que desconfiase de los partidarios de Almagro, que celase su conducta y que nunca les permitiera reunirse en número que no pasase de siete, porque tratarían de concertarse para quitarle la vida; pero Pizarro, ciego con su prosperidad, no quiso creer el peligro que le amenazaba y despreció los avisos de su hermano.

Hernando partió, y llegado á España, se presentó en la corte con una ostentación que excitó envidiosas murmuraciones: esta pompa, que casi eclipsaba la de la sobera-

---

nía, causó la sorpresa de un escándalo, y la opinión pública vió con indignación al orgulloso aventurero ostentar con descaro los despojos de los infelices peruanos. Esta conducta no era la más á propósito para disipar la prevención terrible que había contra los tiranos del Perú, así es que en vano trató Hernando de justificar los actos de Francisco Pizarro y de sus demás hermanos, y de probar que habiendo sido Almagro el agresor, había recibido con justicia el castigo de su rebeldía. Aunque la corte carecía de datos seguros para decidir esta cuestión, no pudo menos de conocer que los Pizarros habían abusado de su poder en todas ocasiones y que su conducta tiránica merecía la severidad del Gobierno. Sin embargo, antes de tomar una resolución vigorosa contra el gobernador del Perú, se creyó conveniente asegurar la persona de Hernando, que fué arrestado y puesto en prisión. Se dice que permaneció en ella cerca de veinte años, y algunos historiadores aseguran que en ella acabó sus días.

Decidióse después enviar al Perú un comisario encargado de examinar escrupulo-

---

samente cuanto había sucedido, y de recibir las declaraciones acerca de los sucesos anteriores y posteriores á la muerte de Almagro. Este comisario iba además investido de una autoridad que aniquilaba, en cierto modo, el poder de Pizarro, puesto que podía mudar en nombre del Emperador, si lo juzgaba conveniente, el Gobierno y la administración del Perú.

Para desempeñar dignamente una comisión tan importante, era preciso unir la probidad al talento. Vaca de Castro, á quien fué confiada, era un caballero pundonoroso é incapaz de transigir con sus deberes: el conocimiento de los hombres y de los asuntos se amalgamaba felizmente en él á una gran firmeza de carácter, por lo que difícil hubiera sido hacer mejor elección.

Tiempo era ya de que la corte de España pusiese un término al insolente despotismo de Pizarro en el Perú: distribuía á su arbitrio las dignidades y los terrenos, y nombraba ó destituía á los funcionarios según su capricho. Distribuyéndose entre él, sus hermanos y sus favoritos las tierras más fértiles y más ventajosamente situadas, deja-

ba las estériles y de poco valor á los oficiales que habían merecido recompensas por sus servicios y su valentía. ¡Desgraciados de los que habían servido á las órdenes de Almagro, porque se veían condenados á la más horrorosa penuria! Parecía como que se complacía en hacerles expiar su lealtad y cariño á su antiguo jefe. Los historiadores refieren un hecho que basta para dar una idea de los apuros de aquellos infelices. Doce de los más comprometidos oficiales de las tropas de Almagro habitaban en una misma casa, y eran tan pobres que entre todos ellos no tenían más que un sólo vestido decente: cuando alguno tenía precisión de salir se servía de él y los otros once tenían que estarse en casa. Era tal el temor que inspiraba el Gobernador, que nadie se atrevía á recibirlos en su casa, ni aun á dirigirles la palabra. Así, ¡cuán violento era el odio que animaba á estos hombres contra Pizarro, y con qué impaciencia esperaban el momento de vengarse del cruel dictador del Perú!

Sordo á cuanto se murmuraba contra él, insensible á las quejas de las víctimas de

---

su despotismo, contaba con la impunidad, y así despreciaba el peligro como las amenazas del odio. No temió quitar el gobierno de Quito á Belalcázar, aquel intrépido oficial que había conquistado esta provincia, para dárselo á su hermano Gonzalo, á quien poco después confió el mando de una expedición importante.

Los peruanos aseguraban á los españoles que más allá de las cordilleras, y al Este, había una comarca en que se encontraban la canela y otras especierías con abundancia. Esto fué lo que determinó la expedición confiada á Gonzalo, que partió de Quito con un ejército de trescientos cuarenta soldados europeos, la mayor parte de á caballo, y de cuatro mil peruanos.

Empezó su caminata hacia el Sureste, siguiendo la orilla del río Napo, y después torció hacia el Sur. El Napo desemboca en el gran Marañón ó río de las Amazonas, uno de los más caudalosos del mundo, y que atravesando de Este á Oeste casi toda la América meridional, desemboca, después de numerosas revueltas, en el gran Océano Atlántico. Antes de llegar á las cordilleras

---

donde ya se suponía que habría que sufrir horribles padecimientos por el excesivo frío, ya encontró Gonzalo otros obstáculos casi insuperables, cual si la naturaleza misma quisiera oponerse á la marcha de los españoles. Un temblor de tierra, precedido ó más bien anunciado por un espantoso huracán acompañado, de truenos y rayos, se tragó á su vista casas y bosques enteros en los abismos que se abrieron de improviso: un río á cuya orilla habían acampado, salió de madre con tal impetuosidad, que apenas les dió tiempo de refugiarse á un collado inmediato, para no ser sumergidos por los torrentes de agua que inundaron repentinamente la campiña. Cuando llegaron después á lo alto de las montañas cubiertas de nieve, se creyeron transportados á la zona glacial, más allá de los círculos polares, y muchos peruanos con algunos españoles allí quedaron sin vida. Llegando, por fin, á las llanuras del otro lado de las montañas, les asaltaron otras plagas de las cuales la más cruel fué el hambre: aquellas vastas llanuras no presentaban más que un inmenso desierto, y apenas se encontraban

algunos salvajes, que no podían proporcionar los víveres necesarios. Ya tenían que atravesar algún pantano, ya tenían que abrirse un estrecho paso á fuerza de hachazos, por alguna selva impenetrable, y para colmo de las desgracias y privaciones de Gonzalo y sus compañeros, llovió sin cesar durante dos meses, en términos que ni una vez sola pudieron ver enjutos sus vestidos.

Llegaron, por fin, á las orillas del río Napo, y Gonzalo se ocupó de la construcción de una barca para pasarle en caso de necesidad, y para que también sirviese para llevar los bagajes y los víveres. Careciendo los españoles de los materiales necesarios, y sobre todo, de hierro, para ejecutar este trabajo, tuvieron que arrancar las herraduras á los caballos, y con ellas hicieron clavos y abrazaderas, supliendo la brea y la pez con resina que recogieron en árboles de diversas especies. Cuando la barca estuvo acabada, Gonzalo hizo que se embarcase en ella un oficial llamado Orellana, con cincuenta hombres, encargándole que bajase por el río para buscar víve-

res, y designándole el paraje en que le había de esperar con el resto de las tropas.

Apenas Orellana los perdió de vista, cuando burlando la confianza de su comandante, resolvió sustraerse á su autoridad; ambicioso y vano, creyó haber hallado la ocasión de asociar á su nombre, todavía oscuro, la gloria de una acción atrevida y de una arriesgada empresa. En vez de esperar á Gonzalo en el sitio que éste le había designado, quiso seguir el curso del río hasta llegar al Océano; proyecto temerario que este orgulloso oficial se hubiera guardado de acometer, si hubiera sabido los peligros á que se exponía tratando de ejecutarlo, si hubiera sabido que el río en que se aventuraba sobre una barca tan mezquina y sin provisiones, corre cerca de dos mil leguas marinas antes de salir al mar.

De todos modos, Orellana no dió parte de su intención á los cincuenta hombres que le acompañaban hasta que llegaron al paraje en que el Napo desemboca en el Marañón ó río de las Amazonas. Allí era donde debía esperar á Gonzalo, y allí fué también donde comunicó su proyecto á sus compa-

---

ñeros, que, lejos de intimidarse por su audacia, declararon que estaban prontos á seguirlo. Uno tan sólo hubo entre ellos fiel á Gonzalo y capaz de protestar contra la perfidia de Orellana; pero éste le hizo desembarcar, y le dejó abandonado en un país desierto, donde debía perecer; después prosiguió la ejecución de su proyecto.

Entonces empezó á conocer cuán peligrosa era su empresa, y á qué terribles pruebas iba á verse sometida su constancia. Tan pronto atravesaba comarcas estériles y solitarias, tan pronto tenía que combatir contra belicosos indígenas, si se había de proporcionar algunos víveres, y muchas veces también tenía que rechazar los ataques de un gran número de canoas llenas de salvajes armados. Continuó, sin embargo, bajando por el río, y después de haber luchado durante siete meses contra privaciones, fatigas y peligros de toda especie, llegó al desembocadero del Marañón. Entonces más que nunca necesitaba de todo su valor y de toda su energía, porque era forzoso abandonarse con tan frágil embarcación en medio del grande Océano hasta

llegar á una colonia española. En fin, después de haber andado algunos centenares de leguas, llegó á Cubaña, situada no lejos de la costa de Tierra Firme.

Desde allí se apresuró á volver á España, donde obtuvo el resultado que se había prometido de su páfida conducta con Gonzalo. La relación de sus aventuras excitó una sorpresa general; pero valiéndose de esta feliz disposición de los ánimos á dar crédito á sus palabras, recurrió á la mentira y añadió lo maravilloso á lo verdadero. Todos los cuentos que imaginó en el interés de su vanidad, gozaron por mucho tiempo de un gran crédito, y sólo en nuestros días es cuando los ha desvanecido la ciencia.

Orellana aseguraba que en las comarcas que había atravesado, el oro y pedrería eran tan abundantes como los guijarros en nuestros campos; que otros países estaban sólo habitados por mujeres guerreras, cuya fuerza igualaba á su valor, lo que hizo dar al país regado por el Marañón el nombre de *Pais de las Amazonas*, y al mismo río el de *Río de las Amazonas*, nombres que han conservado. Una de estas comarcas, que

---

no se designa, fué tenida por el país del oro, y se llamó *El Dorado*. Los primeros viajeros que probaron la falsedad de los asertos de Orellana, han sido La Condamine, sabio francés que recorrió por entero el país de las Amazonas, y después de él, madama Godin, á la que determinó á emprender su viaje el afecto que profesaba á su marido.

Llegó entre tanto Gonzalo á la confluencia del Napo y del Marañón, donde esperaba encontrar á Orellana con los cincuenta hombres que mandaba y una provisión de víveres; ¡pero cuál fué su doloroso asombro cuando no vió barca ni hombres! Lejos de concebir sospechas por la ausencia de Orellana, se figuró que algún accidente le habría obligado á descender todavía más abajo, y resolvió seguir marchando por la orilla del río, hasta que encontró al español que Orellana había hecho poner en tierra. La noticia de la traición del pérfido comandante puso á Gonzalo y á sus compañeros en una cruel perplejidad. Casi desesperados por la traición de Orellana, que se había llevado hasta sus bagajes que iban en la barca, extenuados de hambre y de fatiga

en medio de una comarca desierta y estéril, los soldados pidieron á voces que los volvieresen á Quito, y Gonzalo no tuvo más remedio que consentir, dando la vuelta hacia el Perú.

Había cuatrocientas leguas desde allí á Quito, y era probable que volvieresen á ver esta ciudad muy pocos de cuantos habían resistido hasta entonces los padecimientos y fatigas de una marcha tan larga y penosa. Sin embargo, se reanimó su valor creyendo que no sufrirían tantos obstáculos, tomando diferente camino del que habían traído; pero esta esperanza fué también cruelmente burlada. El país en que se internaron era todavía más estéril que el que antes habían atravesado. El hambre les obligó á matar sus caballos y sus perros, y cuando se acabaron estos recursos mascararon hojas de árboles, comieron algunos insectos y hasta royeron las correas de las sillas y de los cinturones. Sus vestidos se caían á pedazos, sus cuerpos estaban cubiertos de llagas y de úlceras, producidas por las picaduras de los insectos, las espinas y el poco aseo. Doscientos españo-

les y casi todos los peruanos habían perecido cuando los restos del pequeño ejército de Gonzalo llegaron á cincuenta leguas de Quito.

Los últimos soldados de Gonzalo y su mismo jefe hubieran sucumbido si no hubiera salido á buscarlos un destacamento con víveres, vestidos y algunos caballos. A vista de este inesperado socorro experimentaron tan grande alegría, que se arrojaron á tierra para besarla; pero sin la prudencia de su jefe, que por algunos días redujo el alimento de cada soldado á una muy corta ración, el ansia de aquellos hombres hambrientos les hubiera sido funesta. Como no había bastantes caballos para toda la tropa, Gonzalo y sus oficiales quisieron dejárselos á los soldados más débiles, continuando su camino desnudos y á pié hasta llegar á Quito. Allí sus más íntimos amigos apenas los conocían; tan profundas eran las huellas que los padecimientos habían dejado en sus semblantes.

Durante la ausencia de Gonzalo había ocurrido en Lima un suceso extraordinario, cuya noticia fué un golpe terrible para él.

El lector no habrá olvidado, sin duda, que Almagro dejó un hijo, á quien designó para que le sucediese. Educado con el mayor esmero por un oficial hábil é instruído llamado Juan de Rada, el joven se manifestaba ya, por sus bellas cualidades, digno del papel que estaba llamado á representar en la escena en que tanto se había distinguido su padre, á quien se parecía mucho en la intrepidez y firmeza de carácter. Pizarro, que le temía, le tuvo preso por algún tiempo juntamente con su ayo, y al fin le puso en libertad, bajo condición de que no había de salir de Lima. Creyó que sujetando la conducta del joven Almagro á una activa vigilancia, nunca le daría tiempo para que hiciese valer sus derechos y dispusiese un levantamiento á su favor; pero Pizarro no advirtió las frecuentes reuniones que se verificaban en casa de Almagro. Allí era la cita de todos los antiguos amigos y partidarios de su padre, y allí formaron una conspiración para matar á Pizarro y sus allegados. Juzgaron que la ausencia de los dos hermanos del Gobernador era muy favorable á la ejecución

de sus designios y se prepararon á ejecutarlos.

Pero estos conciliábulos habían llamado la atención de los amigos de Pizarro, que no pudieron menos de comunicarle sus sospechas y sus temores. «No tengáis cuidado por mi vida—respondió el Gobernador;—el poder que tengo para cortar la cabeza á los demás garantiza la seguridad de la mía.» Los conjurados, queriendo penetrar sus disposiciones y aumentar su seguridad, confiaron á Rada esta delicada comisión. Pidió éste permiso para hablar al Gobernador y le encontró paseándose en su jardín y cogiendo limones. Recibió á Rada con mucha cortesía, y aun le ofreció uno de los limones que tenía en la mano, diciéndole eran los primeros que se cogían en Lima.

Rada, aparentando una viva inquietud, respondió á Pizarro, cuando le preguntó el motivo de ella, que había oído hablar de un siniestro proyecto atribuido al Gobernador, que se trataba nada menos que de la muerte del joven Almagro y de sus infelices amigos, condenados á morir para disipar una injusta desconfianza provocada con odiosas

---

calumnias. Rada representó su papel con tal destreza, que Pizarro se afanó en tranquilizarle, jurándole que jamás había pensado semejante cosa, á pesar de que continuamente estaba recibiendo avisos de conspiraciones tramadas contra él. Rada fingió indignarse por estas denuncias, y suplicó á Pizarro que le permitiera alejarse con el joven Almagro, de Lima, donde su presencia parece que autorizaba tan odiosas suposiciones, quitando así todo pretexto al odio y la desconfianza. Pizarro, ¿suscribió á esta petición? Los historiadores no han dado á conocer la determinación del Gobernador, y dicen únicamente que aseguró á Rada que ya dispondría le diesen cuanto le hiciese falta. Rada, al despedirse de Pizarro, le besó la mano y corrió á participar á los conjurados el resultado de su entrevista, quedando aplazada la ejecución del proyecto para el próximo domingo 26 de Junio de 1541.

El viernes, uno de los conspiradores, acosado por los remordimientos, descubrió el proyecto á un sacerdote que se apresuró á ir á informar al Gobernador; pero éste,

---

cuya confianza y seguridad no podían ser alteradas por ningún aviso, respondió que no podía creer existiese una conspiración contra sus días, y que la visita reciente de Rada y sus sinceras protestas le autorizaban para considerar este aviso de una conspiración imaginaria, como cálculo de alguno que, teniendo que pedirle algún favor, quería valerse de aquel pretendido descubrimiento como de un título á su gratitud. Después de haber despedido con buenos modos al eclesiástico, fué á tenderse en el lecho.

Sin embargo, al día siguiente se levantó con menos confianza y creyó que debía tomar algunas precauciones. Hacía ya mucho tiempo que sus amigos le aconsejaban formase una guardia para seguridad de su persona; pero él se temía que, cuando se estaba esperando de un momento á otro la llegada de un comisario español, aquella providencia se interpretase como una garantía contra el poder del nuevo enviado de la corte de España, y esta consideración le impidió el tener cerca de su persona un destacamento de soldados.

Como el aviso que había recibido decía que el domingo había de estallar la conspiración, no quiso en este día salir de su casa, y en lugar de ir, según su costumbre, á la iglesia para oír misa, hizo que se la dijese en su aposento. Al mediodía fueron llegando sus principales oficiales, á quienes había convidado á comer; esta era la hora fijada por los conjurados para atacar al Gobernador, porque en aquellos países donde reinan grandes calores el centro del día suele destinarse al sueño.

De improviso Rada sale de casa de Almagro y se precipita á la calle al frente de diez y ocho conjurados armados de piés á cabeza, y gritando con las espadas desenvainadas: «¡Viva el Rey! ¡muera el tirano!» A esta señal que estaba convenida, los demás conjurados, dispersos por la ciudad, acuden todos al palacio del Gobernador. Acababa éste de levantarse de la mesa y continuaba conversando con sus amigos, mientras que la mayor parte de su servidumbre se había retirado á descansar. Los conjurados, favorecidos por esta circunstancia, que les permitió penetrar sin ser

vistos en lo interior del palacio, ya eran en cierto modo dueños de él, antes que Pizarro supiese su llegada. Rada había tenido la precaución de dejar un conjurado á la puerta, encargándole que gritase á los que fuesen llegando: « ¡ El tirano ha muerto ! » Así es que todos los amigos del Gobernador, que acudían á socorrerle, engañados con este grito, se volvieron creyendo que habían llegado demasiado tarde.

Llegaban ya los conjurados á la escalera del aposento de Pizarro, cuando fueron vistos por uno de sus pajes que se precipitó en el aposento anunciando su llegada. Pizarro, intrépido como en un día de batalla, se levantó y mandó á uno de sus oficiales que echase el cerrojo á la puerta para tener tiempo de armarse; pero aquel hombre estaba aturdido, y sin obedecer la orden de Pizarro, salió hasta la escalera para preguntar á los conjurados cuáles eran sus intenciones: ellos le dieron por toda respuesta un sablazo que le tendió sin vida en el pavimento y en seguida entraron en la sala.

No encontraron al Gobernador, que ha-

---

bía entrado en la pieza inmediata para armarse: estaba acompañado de Alcántara su hermano, (1) dos amigos y dos pajes ya mancebos. Todos los demás saltaron por una ventana, viendo entrar á los conjurados que se precipitaron en el aposento donde estaba Pizarro. Sin acabar de ajustarse la coraza, cogió su sable y su escudo y salió al encuentro de los conjurados, gritando á los pocos amigos que le eran fieles: «¡Valor, camaradas! ¡Todavía somos bastantes para castigar la temeridad de estos traidores!» Armóse entonces una lucha terrible entre adversarios animados de igual furor; pero esta lucha era muy desigual para que pudiese durar mucho tiempo. Los conjurados, armados de piés á cabeza, tenían demasiada ventaja sobre sus contrarios, expuestos casi sin defensa á sus golpes. Al-

---

(1) La diferencia del apellido consiste en que era sólo hermano por parte de madre. Los Pizarros eran cinco hermanos: legítimo solo Hernando, y los otros dos Juan y Gonzalo, bastardos como el Gobernador. El otro hermano por parte de madre, que es el que ahora se cita, se llamaba Francisco Martín Alcántara.—N. DEL T.

cántara fué el primero que cayó al lado de su hermano; algunos otros tuvieron la misma suerte, y en cuanto á Pizarro, teniendo que hacer frente á numerosos acometedores y evitar los repetidos golpes que le dirigían, se le fueron acabando las fuerzas poco á poco, teniendo tan cansado el brazo, que apenas podía manejar la espada: recibió entonces una estocada en la garganta que le hizo caer muerto á los piés de los conjurados.

Acto contínuo salieron estos del palacio y recorrieron toda la ciudad, blandiendo sus espadas desnudas y ensangrentadas, para anunciar la muerte del tirano. Doscientos cómplices se agregan á ellos y pasean por todas las calles de Lima al joven Almagro, montado á caballo, publicando que es el único y legítimo gobernador del Perú. El palacio de Pizarro y las casas de sus principales partidarios son abandonados al saqueo.

Los criados de Pizarro llevaron su cuerpo á la iglesia de Lima, pero nadie se atrevió á darle sepultura. Al fin un antiguo criado, llamado Bárbara, pidió licencia al

---

nuevo Gobernador para tributar los honores fúnebres á su antiguo amo. Almagro se la concedió, y el fiel servidor, ayudado de su esposa, enterró á Pizarro antes que los conjurados le cortasen la cabeza para exponerla en medio de la calle.

Así terminó la existencia de un hombre que reunía eminentes cualidades y talentos que infunden admiración, á vicios y defectos que le hacían odioso y despreciable. Valiente hasta la temeridad, firme, sufrido, hábil para proporcionarse recursos en la adversidad, dotado de una maravillosa penetración para conocer á los hombres y hacerlos servir á la ejecución de sus designios, había adivinado el secreto de ejecutar cosas grandes con muy escasos recursos; pero también era falso, disimulado, pronto á sacrificarlo todo á su ambición y á sus resentimientos, y muchas veces cruel. Su muerte pareció el justo castigo de su conducta con Atahualpa, con Almagro su asociado y amigo, y otros muchos que hizo perecer. «Era—dicen los historiadores contemporáneos—de una constitución robusta: en él la energía de carácter y la constan-

cia se equilibraban con el extraordinario vigor de su cuerpo. Así que se encontraba armado se creía invencible, y le sucedió muchas veces precipitarse en medio de los enemigos, sin esperar á sus tropas, á quienes costaba trabajo alcanzarle: tan grande era la confianza que tenía en su valor y en la fuerza de su brazo.»

Privado de toda clase de instrucción, porque ni aun sabía firmar, la suplía con su inteligencia natural, ayudada de la atención, la paciencia, la reflexión y la actividad. Cada vez que su firma era necesaria, se limitaba á trazar dos rasgos de pluma, entre las que su secretario escribía las palabras: *Francisco Pizarro*. Había en él el germen de un grande hombre, pero faltó la educación para desarrollar aquella tosca obra de la naturaleza. Meditando sin cesar empresas grandiosas, los obstáculos y las dificultades nunca parecían insuperables á su tesón: su alma no era extraña á los nobles sentimientos, á los ímpetus de la generosidad; pero casi siempre eran comprimidos por la ambición, por la sed de mando y por el orgullo. He aquí dos rasgos de

---

su vida que forman singular contraste con las crueldades que le atribuye la historia.

Habiendo sabido cierto día que uno de sus oficiales, que no estaba rico, había perdido el caballo, ocultó bajo su ropa un tejo de oro de diez libras, con ánimo de regalársele para que comprase otro caballo, y se dirigió á un juego de pelota, donde solía concurrir aquel oficial. Cuando llegó no estaba allí, y entonces resolvió esperar que viniese. Invitado por algunos amigos á entrar en la partida, aceptó la invitación; pero queriendo que se ignorase el motivo que allí le traía, no se quitó la ropa y permaneció tres horas largas cargado con un peso tan incómodo, sobre todo para un jugador. Al fin se presentó el oficial, y Pizarro, llamándole aparte, le entregó el tejo de oro, diciéndole que de buena gana le hubiera dado tres veces más, con tal que hubiera venido cuanto antes á quitarle aquel incómodo peso durante el juego. En general se ha observado que se complacía en ocultar sus beneficios, y la discreción de su generosidad, siempre acompañada de deli-

cadeza, revela el instinto natural de un noble corazón.

Al pasar un río en una de sus expediciones, cayó al agua uno de sus criados indios, que le tenía dadas repetidas pruebas de cariño y lealtad. Aquel infeliz, arrebatado por la rápida corriente, iba á perecer, cuando Pizarro, visto el peligro que corría, se arroja á nado, ase al indio por los cabellos y consigue sacarle á la orilla. Sus amigos, que habían temblado por su vida, viéndole exponerse á una muerte casi segura por salvar á un miserable indio, no pudieron menos de reconvenirle. « Bien se conoce—contestó él—que no sabéis cuanto vale un buen criado. » Palabras admirables que nunca estaría demás repetir á la opulencia egoista é ingrata que cree pagar con algunas monedas la lealtad de un buen servidor.

Pizarro era extremadamente sencillo en su modo de vestir: llevaba diariamente una ropa negra que le bajaba hasta los tobillos, zapatos blancos y sombrero gris. Algunas veces, por complacer á sus amigos, que temían que la demasiada sencillez del traje perjudicase á la autoridad del Gobernador,

---

se ponía un vestido de etiqueta guarnecido de martas, que era regalo de su amigo Hernan Cortés; pero así que volvía de la iglesia se le quitaba y se quedaba vestido á la ligera, con un pañuelo alrededor de cuello para enjugarse el sudor de su frente y de su rostro. En tiempo de paz, pasaba todos sus momentos de ocio en jugar á los bolos y á la pelota, juegos á que tenía grande afición. Jugaba con el primero que llegase, sin reparar en su estado y condición: afable hasta la familiaridad, miraba á todos los jugadores como iguales suyos, y exigía que durante la partida no mirasen en él al Gobernador del Perú. Así es que no permitía que le alcanzasen la bola ó la pelota, ni que le evitasen ninguna de las fatigas y molestias del juego.

Daba á sus compañeros el ejemplo de una adhesión y escrupulosa fidelidad al Emperador. Cuando se apartaba en cada presa el quinto de la corona, solía levantarse de su asiento para recoger las partículas de oro que se caían de la balanza y las añadía á la parte correspondiente al Emperador. Como algunos circunstantes se sonriesen

al verle ejecutar esta acción: «Si no tuviera manos—les dijo—recogería estos pedacitos con la boca.» Esta éscrupulosidad la miraba él como uno de sus principales deberes.

---

Repetidas veces se ha preguntado cuáles eran las ventajas del descubrimiento del Nuevo Mundo. Ha contribuido, es preciso confesarlo, á los progresos de diversos conocimientos, como la navegación, la geografía, la astronomía, la medicina y la historia natural; pero la humanidad, justamente indignada con los crímenes que manchan la historia de los conquistadores, ¿no tiene derecho á decir que estas ventajas han costado demasiado caras?

En cuanto á España, se ha observado que su decadencia data precisamente de la época en que los tesoros de América parece que debieran enriquecerla (1) y haber

---

(1) Es indudable que la decadencia de nuestro país data desde que se trajo á él con tanta abundancia el oro de las Américas. Estos raudales de oro no paraban

---

asegurado su preponderancia sobre las demás naciones. El oro de Méjico y del Perú no pudieron evitar el que Felipe II hiciese bancarrota. «A la España, —según ha dicho exactamente Montesquieu—le ha sucedido lo que á aquel rey insensato, que pidió á los dioses se convirtiera en oro cuanto tocasen sus manos, y que después tuvo que acudir á ellos para pedirles pusiesen término á su miseria.»

---

en España, ni se empleaban en beneficio del país, sino que iban á desaguar al extranjero, de quien nos hacíamos tributarios. Los españoles abandonaban las riquezas naturales y positivas, por las ficticias que proporcionaba el oro de América, sirviéndose de él, no para fomentar su industria, sino para comprar los productos de las de otras naciones. España es tal vez el único país que puede subsistir con los productos de su fecundo suelo, y sin embargo, ha tenido que recurrir á otras naciones hasta para la adquisición de las cosas más frívolas. Esta es la causa por la que mientras empobrecimos nosotros, se enriquecieron los extranjeros con el oro que tantos peligros nos costaba adquirir: causa á la verdad más que suficiente para que no nos echasen en cara nuestra decadencia.—  
N. DEL T.

# ÍNDICE

---

## HERNÁN-CORTÉS

Págs.

- I.—Expedición de Hernández de Córdoba.—La bahía de Campeche.—Dos bautismos: Julián y Melchor.—Combate.—Hernández queda herido.—Su muerte.—Grijalva.—La Nueva España.—Discurso de un cacique.—Un templo indio.—La isla de los Sacrificios.—Hernán Cortés.—Su retrato.—Preparativos de la expedición que debe mandar.—Se hace á la vela para Méjico.—Encuentro de un naufrago español.—Relación de sus aventuras.—Una batalla.—Derrota de los mejicanos.—Una embajada.—La hija de un cacique.—Los embajadores de Motezuma.—Situación crítica de Cortés.—Su destreza.—Un tribunal.—Dimisión de Cortés.—Su discurso.—Es de nuevo elegido comandante..... 5
- II.—Fundación de la Villa-Rica de la Veracruz.—El cacique de Cempoala.—Obesidad extraordinaria de este cacique.—Llegada de los españoles á Quiabislán.—Alianza de muchos caciques con Cortés.—Destrucción de los ídolos indios.—Transformación de un templo mejicano en ige-

	<u>Págs.</u>
sia cristiana. — Una conspiración descubierta. — Cortés destruye sus naves. — Una embajada. — Discurso del embajador. — Batalla. — Xicotencal. — Sabias exhortaciones de un sacerdote católico. — Cortés avanza sobre Cholula. — Entrevista de Cortés y Motezuma. — Entrada de los españoles en Méjico.....	63
III. — Visita de Motezuma á Cortés. — Sacrificios humanos. — Muerte de Escalante, gobernador de Veracruz. — Motezuma es llevado prisionero al cuartel de los españoles. — Suplicio de Qualpopoca y de sus hijos. — Tentativa de Cortés contra los ídolos. — Proyectos de rebelión contra los españoles. — Situación crítica de Cortés. — Narvaez viene contra él. — Cortés sale de Méjico y marcha en busca de su enemigo.....	117
IV. — Reunión de Cortés y Sandoval. — Narvaez, sorprendido en Cempoala, es hecho prisionero. — Sus tropas se incorporan á las de Cortés. — Regreso de Cortés á Méjico. — Rebelión de los mejicanos. — Motezuma se presenta al pueblo para apaciguarle. — Es herido. — Su muerte. — Quetzlavaca su hermano le sucede. — Heroico designio de dos jóvenes americanos. — Construcción de un puente volante. — El general español se apresura á salir de Méjico. — Principio de la retirada. — Rotura de un dique. — Combate. — Intrepidez de Cortés. — Exterminio de parte de las tropas españolas. — La noche de la desolación. — Horribles padecimientos. — Batalla de Otumba. — Cortés se apodera del estandarte imperial. — Llegada de refuerzos. — Muerte de Quetzlavaca, sucesor de Motezuma. — Guatimocín nuevo Emperador.....	133

Págs.

- V.—Marcha de los españoles á Méjico. — Llegada á Tezcucó.—Perfidia de un cacique.—Preparativos de defensa en Méjico.—Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.—Conspiración contra él.—Plan de los conjurados.—Los trece bergantines.—Ataque de Méjico.—Desastres.—Nuevos aliados.—Los españoles entran en Méjico.—Un desafío.—Guatimocín cae prisionero.—Sumisión de los mejicanos.—Guatimocín y su ministro puestos en el tormento.—Reedificación de Méjico.—Muerte de Guatimocín.—Regreso de Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Méjico.—Descubrimiento de la península de la California.—Cortés vuelve á España.—Su muerte..... 155

## FRANCISCO PIZARRO

- I.—Ojeada retrospectiva.—Ojeda y Nicuesa.—Construcción de San Sebastián y de Nombre de Dios.—Núñez de Balboa.—Descubrimiento del Océano Pacífico.—Pedrarias.—Destitución de Balboa.—Es arrestado.—Su proceso.—Su muerte.—Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luca.—Detalles acerca de Pizarro.—Triunvirato.—Una misa.—Partición de la hostia.—Sacrilegio.—Expedición para la conquista del Perú.—La tierra de Fuego.—Los vientos alisios..... 177
- II.—Apuros de Pizarro y de sus compañeros.—Desembarco en las costas de Quito.—Huracanes y temblores de tierra.—Rebelión de Pizarro.—Sus catorce compañeros.—La isla Gorgona.—Llegada de un navío.—Desembarco en Túmbez.—

	Págs.
Los peruanos.—El guanaco.—Pizarro en Madrid.—Vuelve al Perú.—IncurSIONES de los españoles.—El río de las Esmeraldas.—Los Incas.—Religión de los peruanos.—Las vírgenes del Sol.—Legislación peruana.—Usos y costumbres.—El noviciado de los soberanos.—Huaina Capac.—Sus dos hijos.....	191
III.—Perfidia de Pizarro.—Horrible matanza de los peruanos.—Las patatas y la quina.—Cautiverio de Atahualpa.—Proposiciones que hace á los españoles.—El aposento lleno de oro.—Asesinato de Huascar.—El templo del Sol.—Atahualpa es juzgado y sentenciado á muerte.—Ejecución de la sentencia.—Entrada de los españoles en Cuzco.—Tesoros que encuentran.—Desprecio que hacen del oro.—Algunos españoles asesinados por los peruanos.—Expedición de Belalcázar.—Se apodera de Quito.—Llegada de Alvarado, teniente de Cortés, cerca de esta ciudad.....	209
IV.—Reunión de Belalcázar y Almagro en Quito.—Preparativos de combate.—Convenio.—Manco, nuevo Inca del Perú.—Se presenta á Pizarro.—Alvarado vuelve á Guatemala.—Pizarro pone la primera piedra de Lima.—Llegada de Hernando Pizarro á España.—Premia el rey á Francisco Pizarro y Almagro.—Querellas.—Preparativos de Almagro para su expedición á Chile.—Padecimientos de los españoles.—Frio excesivo.—Llegada á Chile.—Rebelión de los peruanos.—Quieren apoderarse de Lima y de Cuzco.—Son rechazados.—Guerra civil entre los españoles.—Almagro entra en Cuzco por sor-	